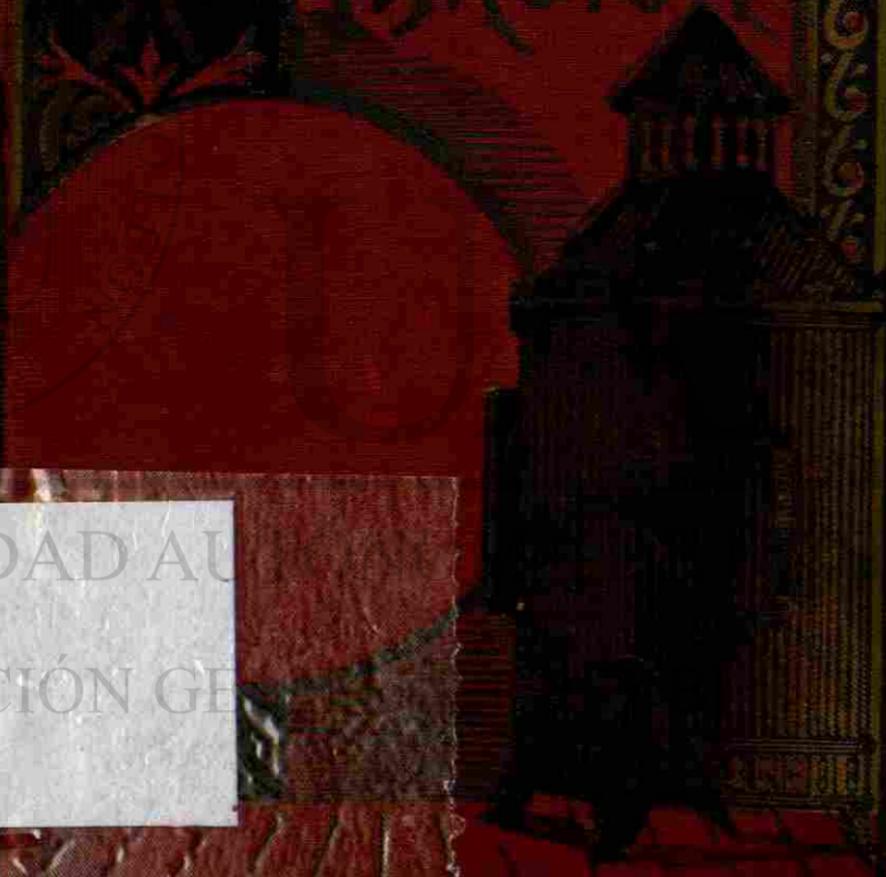


LA 17
LINTERNA
MÁGICA



97
IDAD AU
OCIÓN GE

PUNTO
FACUNDO

17

PQ729

C77

1889

AV.17

T.2

C.1



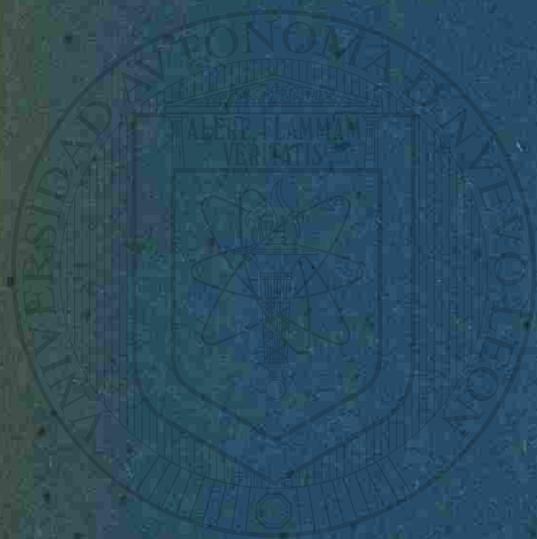
1080046426



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



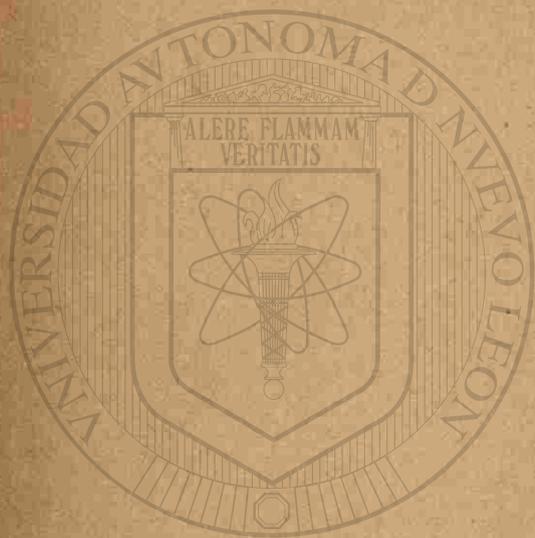
LA
LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO XVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



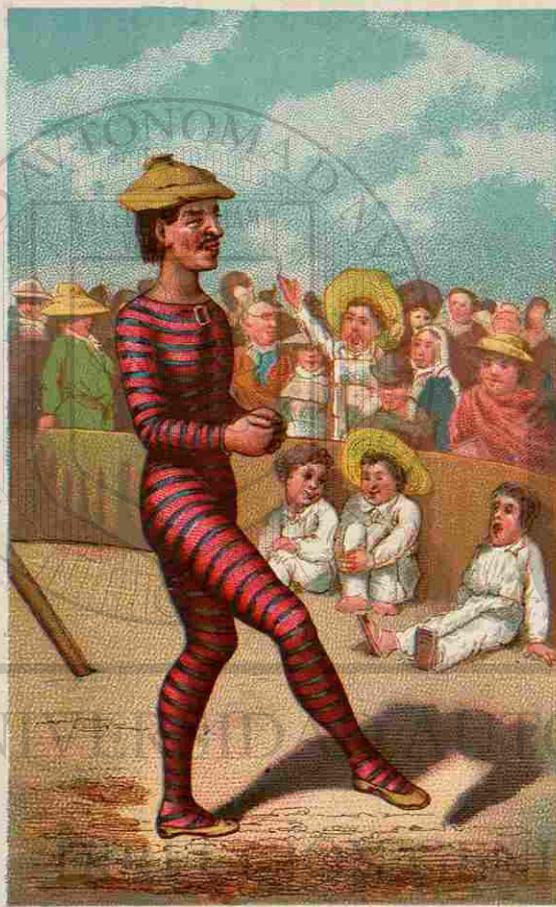
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

081

86-3:39

UANL

®



Imp. L. Blanchard - Santander

Lit. de M. Garcia y C. - Ojón y Habana.

Melquiades.

LA LINTERNA MÁGICA

COLECCIÓN DE NOVELAS

DE

COSTUMBRES MEXICANAS, ARTÍCULOS Y POESÍAS

DE

FACUNDO

(JOSÉ T. DE CUELLAR)

ilustrada con grabados y cromolitografías.

TOMO XVII.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

SANTANDER.

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

vol. 1875 MONTESQUEY HERRERA

55144

36220

Núm. Clas. 081

Núm. Autor @ 965 L/v. 16/19

Núm. Adg. 36220

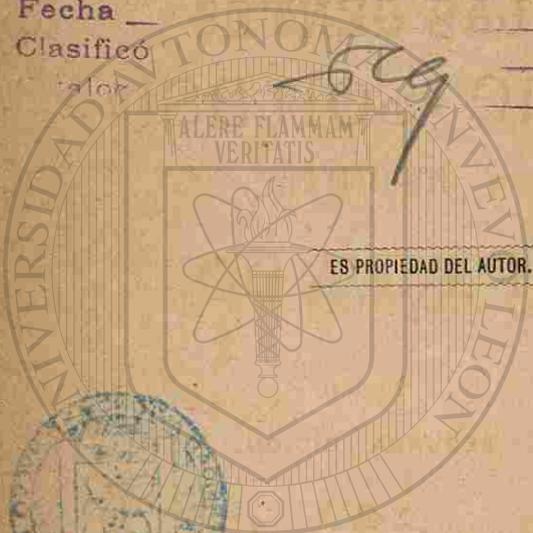
Procedencia _____

Precio _____

Fecha _____

Clasificación _____

Valor _____



ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO BEYES"
v. 16/19

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

LAS GENTES que «son así»

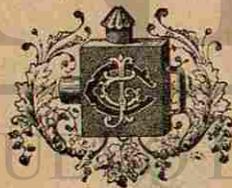
(PERFILES DE HOY)

POR

FACUNDO

TOMO II.

SEGUNDA EDICIÓN.



SANTANDER.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO BEYES"

v. 16/19

36220

1007297

677

1889

V-12

E-2



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

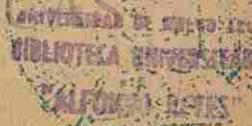


CAPÍTULO I.

LA PARTIDA.

Al fin, en la mañana del día aquel fijado por Cárlos para emprender la marcha, había á la puerta de la casa, ocupando la mayor parte de la acera, un tren compuesto de cinco carruajes de muelles y dos carros de dos ruedas.

En el patio habia cabalgaduras hasta para diez jinetes, y en toda la casa, removida de arriba abajo, se notaba grande animación y movimiento.



ACERCA AL EST. UNIV. DE NUEVO LEÓN
MOT. CIVIL... 1900

Chona estaba vestida con un elegante vestido de holanda plomo con adornos blancos, y tenía ya puesto un lindo sombrerito negro con velo de gasa.

Salvador llevaba un flux gris, que le sentaba perfectamente.

En la sala estaban ya la mayor parte de las personas convidadas; los criados iban y venían en un incesante trajin, conduciendo bultos y acomodándolos en los carros; cada una de las señoras tenía cien encargos que hacer á cada criado, y convidados y sirvientes se movían en todas direcciones para acomodar equipajes y cajas y bultos de todas dimensiones.

—¿Quién falta? dijo muy recio una señora voluminosa que ocupaba el primer lugar en el salón.

—El padre González; contestó un joven que parecía estar al tanto de lo que pasaba en todas partes.

La señora que había hablado tan recio, era muy rica, causa que, bien mirada, tenía no poca parte en lo alto de su diapason.

Esta señora acostumbraba hablar muy alto y poseía ese tono de suficiencia y de superioridad propios de una matrona respetada por sus riquezas.

Para la señora Doña Refugio, que así se llamaba la exhuberante señora, no había contrariedad posible, y generalmente, cuando esta señora hablaba, callaban los demás.

Doña Refugio discurría mal, pero gritaba bien; y como tenía dinero, estaba en la sociedad segura de sí misma; y aunque solía hacer algunas barbaridades y sostener ciertos absurdos, los demás callaban y no la contradecían sin más que una razón:

Doña Refugio «era así.»

Otras de las personas que «son así» era el joven que le había contestado á doña Refugio.

Este joven se llamaba Castaños.

Castaños no era ni rico ni joven, pero parecía las dos cosas.

Castaños se vestía bien y conocía y trataba á toda la aristocracia de México; era inofensivo, servicial y frívolo; les decía *hija*

á todas sus amigas. Castaños estaba en todas las fiestas, así en el Casino Español como en los títeres; y así comía en el Tívoli como en una fonda de la Alcaicería.

Castaños iba al teatro siempre á palco, al paseo siempre en coche; comía en Iturbide, y sabía jugar al tresillo con los viejos, y á juegos de prendas con las muchachas.

Era profundamente inteligente en crónica escandalosa, y era de los que mantienen una conversación no sólo de horas, sinó de varios días hablando de los asuntos de los demás; era el primero en llevar la noticia de un casamiento ó de un enfermo, de una quiebra ó de un pleito.

Castaños siempre tenía noticias. Con Castaños hablaba complacido el banquero y honrado el pollo; todas las señoras lo trataban con confianza, todas le decían Castaños, ninguna señor Castaños.

Castaños «era así.»

En un círculo de tontos, Castaños se lucía, aunque era mas afecto á hablar con las señoras, con quienes siempre tenía algo pendiente.

Hablaba de todo, tenía muy buena memoria, y se sabía reir con una ingenuidad envidiable.

Castaños nunca estaba de mal humor. Si hablaba con niñas les contaba cuentos, y las niñas se morían por Castaños; si hablaba con señoras grandes, les daba las señas del padre, de la epístola y del evangelio en la función de iglesia de tal día; á cada una le llevaba noticia ó de su confesor, ó de algunos de sus mejores amigos; tomaba una parte activa en los negocios de los demás; y no se olvidaba de preguntar á uno, á quien no había visto en un año, cómo le fué la noche de San Agustín aquella en que bailaron en la casa de N.

En una palabra, Castaños era lo que se llama un hombre sociable y comunicativo; era nimio y escrupuloso en el cumplimiento de las etiquetas sociales: nunca se quedaba sin dar los días, pésames ó felicitaciones; cargaba un calendario de santos en la bolsa. ®

La concurrencia aquélla era hasta cierto punto disímbola, porque no todos se cono-

cían mutuamente; pero Castaños los conocía á todos y todos conocían á Castaños.

No había tenido nunca un disgusto, y estaba tan bien conservado, que disimulaba su edad perfectamente; bien es que en esta longevidad tenía no poca parte la agua eléctrica con que se teñía un par de patillas que tenía Castaños que le daban toda su acentuación.

Era bajo de cuerpo, tenía las manos muy suaves, las uñas muy largas y la camisa muy limpia.

A Castaños le habían encargado las señoras, una su cajita, la otra su bolsa de camino, aquella su llave, y la otra un secreto; por lo que Castaños tenía que hacer con todas.

—¿Quién ha de creer, decía una señora con aspecto de tía, quién ha de creer que voy tranquila porque va Castaños?

—Y yo también, contestó en voz alta doña Refugio.

—Mil gracias, Pachita; mil gracias, Cuca, dijo Castaños sin vacilar.

—Efectivamente, volvió á decir doña Refugio, Castaños es un hombre útil; apuesto á que sabe tirar la pistola.

—¡Vaya! contestó un señor, Castaños es de los que tiran mejor en México.

—No, no tanto, dijo Castaños, procurando alargar con su modestia el capítulo de los elogios.

—¡Cómo no! insistió su panejirista. Castaños parte balas en un cuchillo.

—Pero rara vez.

—No; de diez tiros, ocho.

—¡Es posible! dijo doña Refugio. ¿Y cómo se hace eso? á mí me ha parecido eso siempre una exajeración.

—Pues no hay nada mas cierto, dijo el señor; se pone un cuchillo de filo, y Castaños, á quince pasos, le dá en el filo, partiendo la bala en dos exactamente.

—¡Eso es admirable! exclamó doña Refugio, hablando de manera que no se la perdía una sílaba á pesar del ruido que había en toda la casa; pues con un tirador de esta especie estamos suficientemente ga-

rantizadas las señoras; porque en el caso, que no será remoto, de que nos salgan los ladrones no quedará uno parado ante Castaños.

—¡Ah que bueno! dijo una polla, que hasta entonces preocupada con el temor de los ladrones, se figuró verlos caer uno por uno como barajas, si Castaños les tiraba.

Esto acabó de corroborar, entre la concurrencia, la idea de que Castaños era el hombre indispensable.

Así era Castaños.

En este momento se presentó el padre González.

Todos los circunstantes hicieron un movimiento.

El presbítero se dirigió en derechura á saludar á doña Refugio.

—Creo, dijo ésta, que sólo á usted esperábamos.

—Estoy muy mortificado, dijo el padre, pero los negocios de la Iglesia me han demorado; yo suplico á ustedes muy encarecidamente que me disimulen.

Salvador hablaba en un grupo de jóvenes elegantes, entre los cuales Castaños tuvo no pocas veces que hacer rectificaciones, porque cualquiera que fuese el asunto que se versara en los grupos, era indispensable oír esta muletilla.

—Que lo diga Castaños.

—¿No es verdad, Castaños, que los abrigos de la Sorpresa son á treinta y cinco pesos? dijo una polla.

—Exactamente, Carolina, contestó Castaños. Las muchachas Cevallos compraron dos ayer; por señas que no queda más que uno, pero como es verde nadie lo quiere; á menos que venga alguna paya y cargue con él.

—¿Pues qué no le gusta á usted el verde, Castaños?

—Sólo cierto verde, y eso desde que le ví á usted su vestido.

—¿Cuál?

—El que está adornado con flecos.

—¡Ah, sí! ¿Le gusta á usted?

—En usted sí, porque es usted muy blan-

ca y algo rubia; pero no me dé usted prieta vestida de verde.

—¡Ah qué horror! dijo Carolina.

Efectivamente, las gentes de color oscuro están detestables con lo verde, gritó doña Refugio.

—¿No les parece á ustedes que se va haciendo tarde? dijo de repente Castaños.

—Que vaya Castaños á traer noticias, dijo uno.

—Eso iba á proponer. Ya vuelvo.

Y Castaños salió de la sala.

—Todas las cosas de la capilla, dijo Chona al padre, están en el segundo carro, padre González; tenga usted la bondad de entenderse con Castaños para que se las entregue.

—Está muy bien, señora.

—Cuando ustedes gusten, dijo Castaños en la puerta de la sala.

Todos se levantaron, y los caballeros, dando el brazo á las señoras, fueron saliendo del salón.

En estos momentos creció la animación

entre la servidumbre, y la colocación en los coches fué asunto que ofreció grandes dificultades.

Algunos opinaron que las señoras deberían ir aparte en ciertos carruajes; otros que debían ir uno ó dos hombres en unión de las señoras por lo que pudiera ofrecerse; y finalmente se dispuso que doña Refugio ordenara la colocación de las personas en los carruajes; y la señora, con el aplomo y seguridad que la caracterizaba, dispuso las cosas de la manera que le pareció conveniente, dejando para sí, para Chona, Salvador y Carlos el coche mas cómodo.

—Yo voy donde vaya Castaños, decía una señora, porque es muy divertido.

—Ya se ve, le contestaba otra, junto á Castaños no puede haber tristeza.

De todas las personas presentes había una que rebosaba mas satisfacción y contento: ésta era el lacayo; mientras que la mas atribulada de todas era el viejo Santos, quien parado en el quicio del zaguan contemplaba toda aquella animación con mirada sombría y concentrada.

—Quiera Dios, decía en su interior, que no sobrevenga una desgracia!... yo tengo mis ideas.

Al cabo de media hora todas las personas estuvieron colocadas en sus carruajes no sin que todo aquello hubiese ya llamado la atención de los transeuntes, al grado de formar grandes grupos frente á los coches.

Por fin, partieron haciendo un gran ruido aquellos cinco carruajes, todos tirados por cuatro ó seis animales cada uno y con el respectivo acompañamiento de jinetes armados.

Al desaparecer de la calle el último carro, todavía Santos estaba inmóvil en la puerta, acompañado por su entenada que seguía haciendo el duelo.

Ambos fijaban la vista en una cosa negra que estaba tirada en medio de la calle.

Era el gato negro muerto la víspera por el lacayo, quien habiendo recibido la propina ofrecida y no contento con haber presentado el gato bien muerto, lo había tirado en la calle de manera que todos los carruajes lo aplastaran á su paso.



EL LACAYO Y EL GATO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

— 1625 — MEXICO, D.F.

Efectivamente, quedaba un resto informe del gato de Santos, que era como un borrón.

—¡Qué crueldad! murmuraba Santos, quiera Dios que no les vaya mal á los amos, porque esta acción, por más que se trate de un animal, es muy cruel.

—Y lo que es peor, decía la entenada, esto no es tan sencillo como parece.

—Ya se vá que no.

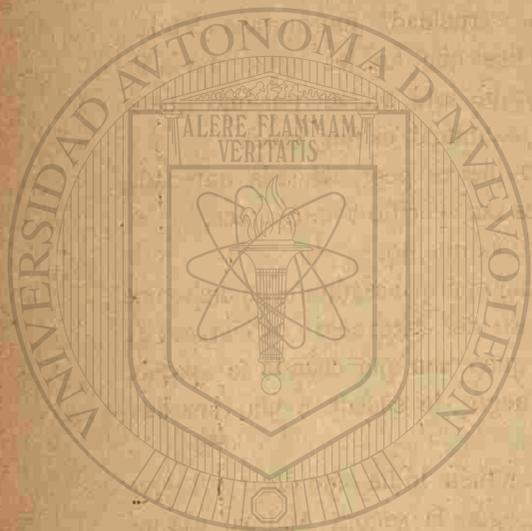
—Lo digo porque según me ha dicho una señora, eso del gato negro es cierto: hay personas que creen que cuando se aparece un gato negro, le sucede á uno una desgracia.

—Yo también lo he oído decir y lo que es ahora, según la señora Andrea, esa fué la causa del encarnizamiento contra el pobre animal.

—Por eso digo que la cosa no es tan sencilla, pues según me han dicho, cuando se mata el gato, es cuando sucede la desgracia. ®

—¿Eso dicen?

—Sí, porque no es todo que se aparezca,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sino que despues de aparecido se piense en la desgracia y se mande matar el gato por librarse de ella.

—Y yo creo que debe ser así porque desde anoche estoy pensando que algo les va á suceder á los amos en esta expedición.

—Eso es seguro, ya sabe usted que Dios no se queda con nada; *no de envalde* he derramado tantas lágrimas; pero estoy segura de que el pícaro del lacayo es el primero que va á pagar.

—En fin, dijo Santos retirándose de la puerta, que se haga en todo la voluntad de Dios, aunque no por eso he de cejar de rogar á su Divina Magestad que libre á los amos de una desgracia.

Y diciendo esto cerró el zaguán y se metió á su cuarto, en donde reinaba ya, como en toda la casa, el más pavoroso silencio.



CAPÍTULO II.

LA PRIMERA JORNADA.

CAMINABAN los carruajes velozmente con el primer arranque de los vigorosos animales que los tiraban, y los viajeros veían sucederse unos á otros los mil rótulos de las calles del Coliseo, Vergara y San Andrés, con una rapidez extraordinaria.

—¡Adios, México! decía Castaños que era hombre á quien Dios no había llamado á los caminos, pues sólo en expediciones del género de aquella se le veía. ®

El primer cuento que contó aplicándo-

sino que despues de aparecido se piense en la desgracia y se mande matar el gato por librarse de ella.

—Y yo creo que debe ser así porque desde anoche estoy pensando que algo les va á suceder á los amos en esta expedición.

—Eso es seguro, ya sabe usted que Dios no se queda con nada; *no de envalde* he derramado tantas lágrimas; pero estoy segura de que el pícaro del lacayo es el primero que va á pagar.

—En fin, dijo Santos retirándose de la puerta, que se haga en todo la voluntad de Dios, aunque no por eso he de cejar de rogar á su Divina Magestad que libre á los amos de una desgracia.

Y diciendo esto cerró el zaguán y se metió á su cuarto, en donde reinaba ya, como en toda la casa, el más pavoroso silencio.



CAPÍTULO II.

LA PRIMERA JORNADA.

CAMINABAN los carruajes velozmente con el primer arranque de los vigorosos animales que los tiraban, y los viajeros veían sucederse unos á otros los mil rótulos de las calles del Coliseo, Vergara y San Andrés, con una rapidez extraordinaria.

—¡Adios, México! decía Castaños que era hombre á quien Dios no había llamado á los caminos, pues sólo en expediciones del género de aquella se le veía. ®

El primer cuento que contó aplicándo-

selo á sí mismo, fué aquél bien sabido de un señor Ormaechea que al llegar á Cuautitlán exclamó: ¡qué grande es la República!

Castaños conocía todos los alrededores de México, pero nunca había hecho un viaje de más de seis leguas.

En el mismo predicamento se encontraban las señoras que iban en el coche con Castaños. La una era una señora tía, doncella de edad madura, rezadora y comodina, llena de amistades y circunstancias; la otra joven la Carolina, desgraciada en amores y pronta á casarse hasta con Castaños, cosa que (aunque Castaños no era enteramente despreciable) sólo á ella le había ocurrido.

Cuando los coches entraron en la calzada rodando sobre tierra y el ruido fué menos molesto, se pudo entablar una conversación más reposada.

—¿No ha notado usted, Luisita, dijo entonces Castaños á la tía, que Carlos está muy preocupado?

—Ese es su carácter, yo creo que los

hombres que han vivido como él en medio de los placeres y las comodidades en Europa, acaban por saciarse.

—No obstante, yo lo encuentro más abstraído que de ordinario.

—¿Lo dice usted por lo del gato negro?

—Sí, entre otras cosas: ¿no le parece á usted muy raro que una persona tan ilustrada abrigue semejantes preocupaciones?

—Qué quiere usted, hija, todos los tenemos; yo, por ejemplo, nunca me siento á una mesa en donde hay trece personas.

—Pero eso es una preocupación extranjera y usted á lo que creo no ha vivido en Europa.

—No, hija mía; pero la he adquirido, es la cosa más fácil hacerse uno partidario de esas extravagancias.

—Sea de ello lo que fuere, el señor don Carlos está muy triste.

—¿Usted qué dice, padre González?

El padre González estaba á la derecha de Castaños.

—Yo veo poco al señor don Carlos, dijo

gravemente el padre, después de haberse tragado de golpe el resto de una oración de su Oficio divino.

—Ya interrumpió usted al padre en sus oraciones, dijo Luisita á Castaños.

—Usted me disimule, padre, fué una inadvertencia.

Después de caminar más de tres horas sin ninguna interrupción, la comitiva paró en una hacienda donde debía tomarse el almuerzo.

Bajaron las señoras de los coches y aquella respetable caravana fué recibida por el dueño de la finca, con las mayores muestras de atención.

Estaba ya servido un suculento almuerzo y los viajeros no tuvieron tiempo sino de sentarse á la mesa.

—¡Jesús qué polvo! decía una señora.

—El velo de Chona parece aplomado.

—Y las patillas de Castaños parecen nidos de golondrinas, dijo uno.

—A almorzar, señores, á almorzar porque tenemos todavía algunas leguas por delante para llegar á la primera jornada.

Aquel almuerzo fué de lo más animado que puede darse.

La señora doña Refugio hablaba de vez en cuando haciendo resonar su buena voz entre todas, las que juntas levantaban sólo un murmullo.

Salvador había procurado no sentarse junto á Chona, pero sus miradas lo vendían, y Castaños, para quien no había secretos, pues su misión en el mundo era averiguar lo que hacen los demás, le dijo á su vecino, que era un joven filarmónico:

—¿Ha notado usted?

—¿Qué?

—Lo que pasa con Salvador.

—¡Vaya!

—Observe usted con disimulo, que yo haré por mi parte otro tanto y en seguida nos comunicaremos nuestras respectivas noticias.

—Así lo haré.

También Luisita, que en su modo de vivir se parecía mucho á Castaños, había comunicado sus observaciones á su vecina y

ya la curiosidad femenil estaba hincando el agudo diente en los asuntos de Salvador, que empezaba á ser una succulenta golosina para la crónica.

A pesar de lo respetable que era la comitiva no dejó de tocarse en la mesa la con-sabida conversación acerca de los ladrones pasando de los cuentos á las suposiciones y de éstas á la indagación formal sobre el estado del camino.

El dueño de la hacienda no vaciló en asegurar que todo estaba por allí seguro.

Terminado el almuerzo la comitiva no tardó en estar de nuevo instalada en los coches, que partieron uno tras otro escoltados siempre por el numeroso acompañamiento de jinetes.

Salvador, sentado frente á Chona, tenía ocasión para llamar la atención de su amada cada vez que los accidentes del terreno ó las hermosas perspectivas del camino valieran la pena de que Chona interrumpiera la grave conversación que sostenía con doña Refugio, quien en su calidad de mujer de

buena sociedad tenía siempre abundante materia para la conversación.

Sólo Carlos permanecía callado sin promover por su parte la conversación, y sólo contestaba con laconismo, aunque con atención, á las repetidas preguntas de doña Refugio.

Nada notable ocurrió durante la tarde, y á eso de las seis había logrado aquella caravana llegar al lugar en que se debía pasar la noche.

La cena fué tan animada como el almuerzo; y hasta allí no había ocurrido el menor contratiempo.

—El día ha sido feliz, dijo Castaños.

—Completamente feliz, contestó doña Refugio; no ha habido una sola jaqueca, al menos que yo sepa.

Después de la cena, y mientras se preparaban los respectivos departamentos para dormir, se introdujo cierto desorden en la reunión, pues algunas señoras quisieron disfrutar de la hermosura de la noche sentadas en las banquetas del patio de la casa;

algunas pasaron desde luego á las habitaciones, y otras, en fin, se paseaban á lo largo de un corredor.

Cerca de la puerta del patio de la casa, estaba doña Refugio hablando con dos señoras y dos caballeros, que de pié y frente á ellas, formaban un grupo.

Manténían una tranquila y agradable conversación, cuando notaron que en la puerta inmediata sonaban voces como de un altercado.

—¿Han notado ustedes? dijo doña Refugio.

—Sí, contestó uno de los caballeros, parece que riñen.

—Serán los criados, dijo una de las señoras.

Pero como las voces seguían, uno de los caballeros se adelantó hacia el zaguán para averiguar lo que pasaba.

Las cuatro personas del grupo quedaron pendientes y esperando alguna noticia; pero como ésta tardaba y el murmullo de voces continuaba, se levantaron también de sus asientos y se acercaron al zaguán.

—Es imposible, decía un hombre entreabriendo la puerta, esta noche hay huéspedes en la casa y no queda un solo rincón para nadie.

Una voz plañidera y triste resonaba por la parte de afuera implorando un albergue.

—Ya se ha dicho que no, dijo brusca-mente el portero.

—¿Quién es? preguntó con voz penetrante doña Refugio.

—Es una mujer que quiere entrar, contestó el portero.

—¿Y bien, dijo doña Refugio; ¿y por qué no se le permite?

El portero no contestó.

—¿Viene sola?

—Sí, señorita, dijo el portero, dice que viene cansada y que tiene miedo de dormir fuera.

—Abra usted, dijo doña Refugio.

El portero dejó caer la cadena y la puerta se abrió lo suficiente para que pudiera penetrar una persona.

—¡Mil gracias! dijo una voz, cuyo timbre

hirió de una manera particular los oídos de las personas que allí estaban.

—Esa voz, dijo muy bajo doña Refugio, no es la de una persona vulgar, y la manera de decir mil gracias revela que no es una mujer ordinaria.

—Efectivamente, dijo una de las señoras, no sé por qué, pero esa voz me ha conmovido.

—A mí también, dijo la otra.

—Acérquese usted, buena mujer, dijo doña Refugio.

Y avanzó hacia ella una especie de sombra, que cuando estuvo herida por la luz de la luna, que alumbraba todo el patio, le dió un nuevo realce y un nuevo interés.

Era una mujer profundamente pálida, de frente despejada y blanca; sus ojos, de un brillo particular, estaban hundidos en sus órbitas y en las líneas de la boca de aquella mujer había esa contracción especial de las personas que han sufrido por largo tiempo.

Fué tal la impresión que produjo aquella mujer en los circunstantes que guarda-

ron silencio por largo tiempo; nadie se atrevía á dirigirle la palabra y sólo la contemplaban de hito en hito, forjando cada cual para sí las mas extrañas leyendas.

Doña Refugio fué por fin quien rompió el silencio.

—¿Tiene usted necesidad de algo, señora? preguntó doña Refugio á la desconocida, no atreviéndose á llamarle por segunda vez *buena mujer*.

—De todo, murmuró la mujer con acento de tristeza, todo me falta, excepto Dios.

—Voy á mandar que le sirvan á usted.

—No, señora; mil gracias; sólo quiero un rincón donde descansar, y mañana continuaré mi camino.

—¿Va usted muy lejos?

—A la hacienda grande.

—Allá vamos todos y tal vez se proporcione que haga usted su viaje con mas comodidad. ¿Camina usted sola?

—¡Sola!... soy sola en el mundo.

—¡Pobre mujer! dijo una de las señoras muy quedo.

—¡Estoy dispuesta, dijo doña Refugio, á hacer por usted lo que pueda, si es que necesita usted de mis servicios.

—¡Señora, doy á usted un millón de gracias! ¡es usted muy buena! exclamó la mujer con acento de profunda gratitud embargado por las lágrimas.

Doña Refugio procuró atentamente que las personas que la acompañaban la dejaran sola con aquella mujer, quien por sus maneras y su modo de hablar, revelaba no ser una persona vulgar.

—Deben ustedes comprender, decía doña Refugio bajando la voz contra su costumbre, que al encontrarse esta mujer delante de cinco personas desconocidas, debe tener embarazo en confesar sus desgracias, pues según lo que parece se trata aquí de una persona muy desgraciada.

—¡Y usted es tan buena, señora doña Refugio, que estamos seguras, dijo una de las señoras, que va usted á...

—A hacer lo que pueda.

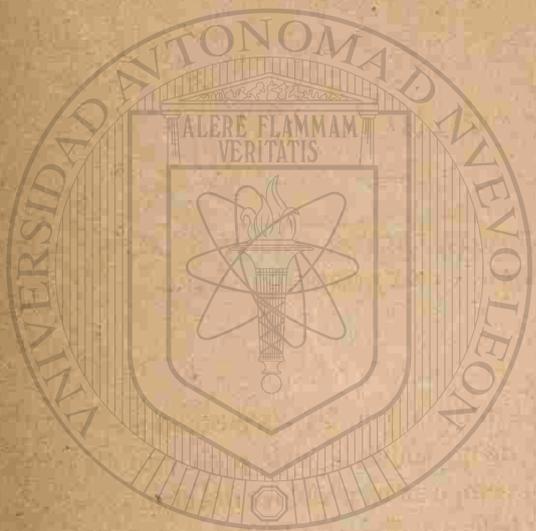
—En todo caso, dijo uno de los caballeros,

cuenta usted con nosotros para todo lo que se ofrezca, y por ahora nos retiramos para que usted pueda hablar libremente con esa desgraciada.

Doña Refugio se quedó sola con la desconocida.

Las demás personas de la comitiva habían ido entrando poco á poco á sus respectivas habitaciones, de manera que doña Refugio y la desconocida pudieron platicar libremente.





CAPÍTULO III.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE Á EN-
CONTRAR Á UNA CONOCIDA SUYA.

REDUCIDA por las circunstancias de mi familia á vivir por cierto tiempo en un pueblo corto, cuando apenas tenía yo diez y seis años, quiso mi mala suerte hacerme esposa de un hombre con quien jamás me ligaron los vínculos del cariño.

—Mi inexperiencia, y no sé qué ofuscamiento fatal por parte de mis padres, decidieron este enlace de una manera violenta.

—Cuando se tiene diez y seis años, señora,

está uno muy lejos de imaginarse que haya en la vida otra cosa que delicias y comodidades, especialmente cuando ni un día solo se ha probado la amargura de un desengaño.

—Yo me creí feliz, pero ¡ay! cuánto me engañaba; creí que mi marido iba á sustituir el cariño de mis padres y que podría yo amarle sin échar de menos los mimos á que estaba acostumbrada.

—Muy poco tiempo tardé en perder estas ilusiones y en ver que el matrimonio era para mí una carga insoportable; mi marido cambió desde los primeros días, y de atento y amable, se convirtió en déspota absoluto, en tirano, en verdugo. No abrigaba en su alma más pasión que la de los celos; y esta pasión, señora, cuando arraiga en un corazón como el de mi marido, es el infierno mismo.

Hizo aquella mujer una pequeña pausa como para tomar aliento, y continuó:

—Debo advertir á usted, señora, porque mi aspecto lo desmiente ya del todo, que yo era hermosísima.

—No lo dudo, dijo doña Refugio, ni lo

dudará quien estudie los rasgos de la fisonomía de usted.

—Mi familia hubo de abandonar el lugar donde me casé y quedé sola; sola y á merced de aquel tigre que me había tocado por suerte.

—Sufri en silencio y lloré, lloré sin cesar; mi marido se enclababa de su sombra, del viento, de la luz, de todo, por que se había apoderado de él una monomanía feroz, sin más origen que mi funesta hermosura.

—Así sufrí tres años.

—Durante este tiempo, mis ojos se cansaron de llorar, yo no encontraba apoyo en nadie, á nadie veía y mi consuelo era orar; pedía consejo al párroco del lugar, pero siempre me prescribió la prudencia como único recurso.

—Relatar á usted las horribles escenas que diariamente tenían lugar, y á las que daba origen esa infernal pasión, sería cansar la atención de usted, señora, abusar de la bondad con que me escucha.

—La escucho á usted con interés indeci-

ble y estoy dispuesta á oír á usted hasta el fin.

—¡Ay señora! la desgracia tiene un aspecto tan repugnante, que los que son felices no pueden comprender á los que lloran.

—Yo la comprendo á usted, dijo conmovida Doña Refugio, yo también he sufrido; continúe usted, se lo suplico.

—Gracias, señora, mil gracias....

La desconocida se enjugó los ojos y continuó:

—Un día, un día de tantos, lloraba yo sola contando con que mi marido no me vería; pero me espiaba y mi llanto fué de pronto interrumpido por un golpe en la cabeza; me creí víctima de algún ataque cerebral; pero su voz, señora, su voz de tormenta resonó en mi estancia.

—Te he estado observando, rugía, y te he visto llorar; te he prohibido que llores y lloras siempre por.... lloras porque amas á alguno, lloras porque eres ingrata, porque me odias; pero me perteneces ¿lo entiendes? ¿y sabes lo que es pertenecerme? es ser

mía, es no respirar sino por mí y no tener ni lágrimas, ni sonrisas sino por mí.

—Pues por tí lloro, exclamé.

—¡Mientes! rugió mi marido, tú no lloras por mí, porque lo tienes todo; pero debes entender que te vigilo, que te espío, que observo lo que haces.

—¡Qué hombre! ¡Dios mío! ¡qué hombre! murmuró doña Refugio.

—Aquel día acabó por golpearme, continuó la desconocida; vea usted mi frente.

En efecto, en la frente de aquella mujer había una pequeña cicatriz.

—Me estrelló un vaso en la cabeza ¡ay! me hubiera matado!...

—Esto pasaba con frecuencia, llegando al grado de no poder dormir ni comer en varios días y sufriendo todo, sin la intervención de nadie, sin un amigo, sin un pariente, sin el amparo eclesiástico que imploré mil veces en vano, sin el amparo judicial, porque la justicia del pueblo estaba sometida á la voluntad de mi marido.

—Sometida, callada y sufriendo siempre,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

36220

no había pensado sin embargo en cambiar de género de vida, ni en libertarme de tan horrenda tiranía; pero una mañana, la recuerdo como si hubiese sido hoy, ví un hombre.....

—Señora.... en los ojos de aquel hombre leí como un aviso sobrenatural; me pareció que había venido al mundo para redimirme, no sé qué de salvador vi en sus ojos; no sé qué de grande y de terrible en su aspecto, y lo vi.....

—El leyó también en mis ojos tal vez algo como la plegaria de un náufrago.

—No fui dueña de mí misma: le pertenecí.

Yo nunca había luchado, no sabía luchar; nunca había amado, no sabía amar; y fanatizada por una creencia fatal, me creí salvada, me pareció que era yo feliz, me sentí fuerte, me sentí con valor..... amaba.

El amor, señora, era para mí un mundo nuevo y en aquel hombre veía algo mas grande que el mundo; se hizo preciso huír.... él lo quería, él lo mandaba y él..... era mi

rey..... Obedecí..... era preciso ocultar el fruto de nuestro amor que le pertenecía; me dijo que nos iríamos y lo esperé..... lo esperé, señora, y lo he esperado diez años.

—¿No ha vuelto? preguntó doña Refugio.

—No, señora.

—¿Y el.....

—¿Mi hijo? mi hijo, dijo aquella mujer bajando mucho la voz; cometí un crimen.

—¡Cómo!

—Dejé que me lo arrebataran y no me volví loca; supe que me lo habían quitado y seguí viviendo; pregunté por él y no me respondieron.

—¿Y su marido de usted?

—Lo busqué para decírselo, para confesarle mi crimen y que me matara; pero el destino lo alejó de mi lado, y mis cómplices..... porque el crimen siempre tiene cómplices, pudieron ocultarlo todo, todo, señora, hasta mi hijo.

—Me postró la fiebre puerperal, durante la cual murió la mujer que se llevó á mi hijo,

la única que sabía donde estaba, y lo perdí.

—¿Y su marido de usted?

—Los celos lo hicieron borracho, y en medio de este horrible vicio, jugó y se arruinó, se enfermó y está idiota; vive en una casa de asilo.

—¿Y su familia de usted?

—He sabido después que mi marido para explicar sus celos, me calumnió..... me calumnió, señora, antes de que hubiera yo sido criminal y logró que mi familia me abandonara; me lloró muerta..... no, muerta sería mejor; me lloró prostituida.

—¿Y no ha vuelto usted á saber nada de su hijo?

—Sí, señora, he sabido de él, lo voy buscando y lo buscaré hasta el fin del mundo, hasta que se me acaben los piés y la tierra; ya aprendí á caminar y camino.

Aquí pareció que la voz de la desconocida se embargaba y que le faltaban las fuerzas, porque dejó caer los brazos como desfallecida.

Doña Refugio la obligó á pasar al come-

dor que á la sazón estaba solo, pues ya todos los convidados se habían retirado á sus habitaciones.

Pareció á doña Refugio conveniente dejar sola á la desconocida por unos momentos, los cuales aprovechó en reunirse con las personas con quienes había interrumpido su conversación, con motivo de aquel incidente.

Tanto las dos señoras como los dos caballeros, se habían quedado esperando con impaciencia que doña Refugio acabara su larga conferencia con aquella desconocida.

—Yo creo que se trata de amores, decía uno de los caballeros.

—En todo ha de sacar usted los amores, objetó una señora.

—Es natural, yo en todo procedo de esa manera: «¿quién es ella?»

—En fin, decía otra de las señoras, doña Refugio nos va á informar detalladamente de lo que pasa, pues al efecto ha querido quedarse sola con la desconocida, para ave-

riguar hasta los mas insignificantes pormenores.

—De todos modos es bueno que un incidente que toca en lo dramático, haya venido á turbar la monotonía del camino: por mi parte estoy interesadísimo en ese asunto, siquiera porque me dará materia para escribir un artículo de viaje, conteniendo un episodio novelesco.

Aquellas cuatro personas no se ocuparon en todo el tiempo que duró la conferencia, sino en hacer conjeturas sobre el asunto, observando desde lejos los menores movimientos de la desconocida.

Al fin, volvió doña Refugio.

—Ya viene, dijo uno.

—Ahora sí, todo lo vamos á saber.

—¿Qué es ello? señora doña Refugio.

—¿Es realmente una mujer...

—Es una desgraciada ó una perdida?

—Cuéntenos usted, señora.

—Ahora es cuando entra la parte divertida.

|| Si será alguna petardista.

—O alguna espía de los ladrones.

—¡Señores! dijo gravemente doña Refugio bajando la voz, señal infalible en esta señora de que se trataba de asuntos graves: exijo de ustedes el respeto debido á la desgracia; esa señora está bajo mi protección y sus secretos no me pertenecen.

Reinó el silencio en el grupo, en seguida doña Refugio saludó y regresó al comedor, en donde la esperaba la desconocida, la que como habrá comprendido el lector, no era otra que Salomé, la madre de Gabriel.

Apenas se hubo retirado doña Refugio, una de las señoras exclamó:

—Nos ha dejado con un palmo de narices! ¡vaya usted á ver! tomar tan á pechos la historia de una desconocida, y salirnos ahora con que sus secretos no le pertenecen á doña Refugio.

—¡Lástima de tiempo! dijo la más joven de las señoras; he aguantado mi sueño inútilmente.

—En fin, dijo la otra, es necesario con-

formarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado... nada, nada, vale más esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.



CAPÍTULO IV.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ Á LOS
VIAJEROS EN UNA MALA TARDE.

DOÑA Refugio fué la primera que se levantó al día siguiente, y solicitó hablar con Carlos para arreglar la conducción de Salomé.

Apenas estuvieron levantados los viajeros, comenzó á circular la anécdota de la noche anterior, comentándola cada uno á su manera.

Castaños y Luisita, que movidos por los mismos instintos de curiosidad congeniaban en ese y en otros puntos, y que además

formarse, no sabemos qué será lo que pueda haber en esto.

—Yo creo que ha resultado... nada, nada, vale más esperar porque la curiosidad es una cosa que impacienta.

Y aquellas cuatro personas se despidieron, proponiéndose cada una en su interior averiguar aquel misterio.



CAPÍTULO IV.

DE LO QUE LES ACONTECIÓ Á LOS
VIAJEROS EN UNA MALA TARDE.

DOÑA Refugio fué la primera que se levantó al día siguiente, y solicitó hablar con Carlos para arreglar la conducción de Salomé.

Apenas estuvieron levantados los viajeros, comenzó á circular la anécdota de la noche anterior, comentándola cada uno á su manera.

Castaños y Luisita, que movidos por los mismos instintos de curiosidad congeniaban en ese y en otros puntos, y que además

eran compañeros de viaje, fueron los que tomaron mas á pechos el asunto de la desconocida.

—Algo muy grave debe haber visto doña Refugio en todo esto, decía Castaños, para que se hayan tomado ciertas determinaciones. ¿Si iremos saliendo con que la desconocida misteriosa es pariente de doña Refugio?

—Ya me lo había sospechado, dijo Luisita, porque de otro modo no se explica la reserva que desde cierto momento emplea doña Refugio en este asunto.

—¿Y dicen que esa mujer es bonita?

—He oído decir que tiene un porte distinguido á pesar de la traza con que camina.

—¡Pobre mujer!

—Debe ser su historia terrible: algo daría yo por conocerla.

—Lo cual no me parece difícil, supuesto que según todas las probabilidades, á partir de este momento ya la desconocida pertenece á la familia de doña Refugio.

—Si doña Refugio fuera joven, exclamó Castaños.

—¿Qué?

—La enamoraba por averiguar lo de la aparecida.

—¿Y cómo se llama esa mujer?

—Salomé.

—Hasta el nombre es raro.

—Sobre que le digo á usted que aquí hay una grande historia.

—¿Y adonde la han colocado?

—En el último coche.

—¿Sola?

No; la han hecho acompañar por la criada de doña Refugio.

—No ha sido mala la fortuna de la aparecida; por lo visto ya se acabaron sus trabajos.

—¡Quién sabe!

La comitiva montaba á la sazón en los carruajes, y algunos momentos después se ponía en marcha.

Ninguna circunstancia notable hubo en la mañana de ese día. De entre los ginetes había algunos mozos de confianza encargados de explorar el camino, tomando noticias

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTREY, MEXICO

en algunos lugares y separándose del camino, principalmente en ciertos parages, para explorar las laderas, cuando éstas eran monte ó arboledas.

Doña Refugio, que había notado ya el efecto que Salomé había causado entre los convidados, se puso de acuerdo con Carlos á fin de sustraerla lo más posible á las miradas indagadoras de los paseantes, de manera que á pesar de haber muchas personas interesadas en averiguar lo que pasaba, no les fué dado ver á Salomé á la hora del almuerzo.

Sentados todos á la mesa, aunque no con las comodidades del día anterior, sólo se esperaba á Carlos, cuya repentina desaparición empezaba á causar cierta inquietud.

Al cabo de algunos momentos, que al hambre de los paseantes parecieron horas, un criado trajo la noticia de que Carlos vendría después á la mesa.

—¡Malo! dijo Castaños á su inseparable compañera Luisita.

—Malo ¿por qué?

—Esto es un preliminar que no me gusta.

—¿Por qué?

—Porque es señal de que alguna novedad ocurre.

La palabra novedad soltada imprudentemente por Castaños pasó de boca en boca, y produjo un murmullo de verdadera alarma.

—Dicen que hay novedad, decía uno.

—¿Qué clase de novedad es esa de que todos hablan? preguntó otro.

—¿Quién dice que hay novedad?

—Yo, no.

—Ni yo.

—Lo ha de haber dicho Castaños, dijo una señora, quien con esta frase promovió la hilaridad.

—Todo lo ha de hacer Castaños, dijo éste. ¿Quién ha dicho que yo soy el autor de esa noticia?

—Todos, gritó uno.

—¡Es natural! Castaños es el hombre de las noticias.

—Pues nada de eso, señores; pueden us-

tedes tranquilizarse, porque yo no he hablado nada de novedades.

—¡Hueco! le dijo Luisita al oído á Castaños, queriendo darle á entender que había sido imprudente al soltar aquella palabra.

Por poco pusilánimes que fueran los concurrentes, y por poco fundamento que tuvieran los rumores, bastó que circulara la idea de un peligro para que todos los ánimos se sobresaltasen, abultando cada uno según su fantasía la clase de peligro á que iban á exponerse.

Carlos, entre tanto, hablaba á solas y con cierto misterio con uno de los exploradores.

—Pues me dijeron, decía el explorador, que está el camino malo.

—Bueno, contestaba Carlos, ya sabemos que á pesar de todas nuestras gestiones no se ha logrado que compongan el camino.

—No, señor amo, quería yo decir... porque como ya sabe su mercé que ¡no todos los días son iguales, y que los compadres no tienen hora, porque tan pronto se aparecen por aquí como por allá...

—¿Y ha habido quien los vea?

—Dicen en el rancho que por allí pasaron esta mañana como unos seis.

—¿Ladrones?

—Pues eso no se sabe; pero yo creeré que sí, pues cuándo no; dicen que iban bien montados, y que uno de ellos llevaba charreras tagarnas.

—¿No los conocieron?

—Pues á uno dicen que le nombran el Pájaro.

—¿Pero no eran más que seis?

—Eso es lo que dicen, que vieron seis, señor amo.

—¿Y crees que salgan?

—Pos, yo creeré que puede ser, porque si han ido á traer más gente; pues cuando no hacen la lucha, aunque no sea más que por saber como quedan.

—Pues mira, haz que los muchachos alisten las armas.

—Está bueno, señor amo; aunque se me figura que de caernos, será al pardear y en aquellos malos pasos que hay cerca de las

lomas, como quien baja ya *pa* la hacienda.

—¿En las barrancas?

—Sí, señor como quien coje así para el potrero.

—En todo caso, procura avisar con tiempo, coloca á los muchachos de modo que nos den tiempo de prepararnos.

Carlos volvió á la mesa con visible mal humor, y todas las miradas se fijaron en él, en medio del sobresalto general.

—¿Hay algo notable, señor don Carlos? dijo uno.

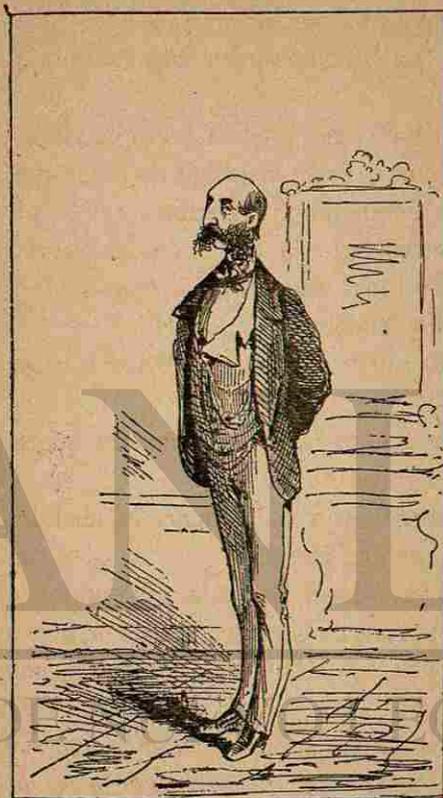
—No, señores; sólo he mandado que se tomen algunas precauciones.

—Hombre prevenido, nunca es abatido; dijo una señora grande.

—Se va á lucir Castaños, dijo un joven picado por los elogios que le habían hecho á Castaños, con motivo de su destreza como tirador.

—Bien es, agregó un diletante, que *non es lo mesmo morire, que parlare de la morte.*

—Ya se vé, agregó otro pollo, que no es lo mismo la placa que el ladrón; porque un



CASTAÑOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFREDO REYES"
MEXICO, 1925

huevo en una botella, es lo más sereno que se conoce en materia de punto en blanco; pero un bandidazo ¡caracoles!

—¡Ay! qué miedo! exclamó una polla.

—Yo me quiero volver, dijo otra.

—Yo me muero! dijo una jovencita de grandes ojos y cabello corto y rizado.

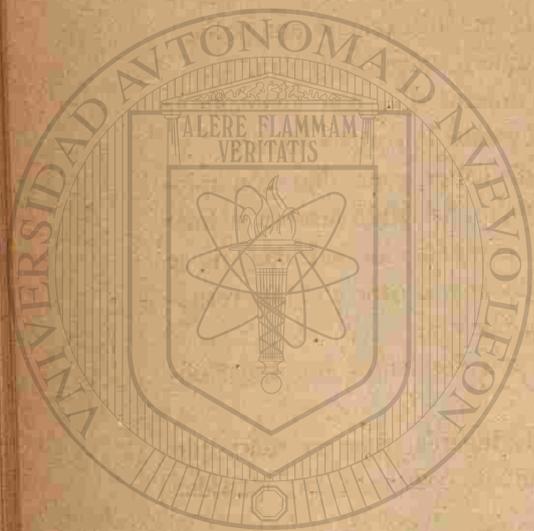
—No ha de haber nada, dijo con aplomo doña Refugio, haciendo resonar su buena voz en el comedor; los ladrones no se atreverán á atacar una caravana tan respetable como la nuestra.

—¿Pero si son doscientos hombres? objetó uno.

—Por estos lugares, dijo un señor que no había cesado de comer, no hay partidas tan gruesas.

—Sobre todo, agregó el pollo, yendo Castaños con nosotros...

—Señores, yo no soy valiente, dijo Castaños picándose; uno es que tire tal cual al blanco, y otro es que me crea con la serenidad suficiente en un lance; yo nunca he sido guerrillero ni mucho menos. ®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Adios de Castaños!

—¡Pero Castaños, hombre!

—¿Qué es eso, Castaños?

—Ese pollo, murmuró Castaños sentándose, me está cargando desde ayer.

El pollo por su parte estaba diciendo á su adlátere:

—Este Castaños es muy pretencioso, cree que solo él sabe tirar, y si nos pusiéramos ¡quién sabe!

—¿Vd. también tira, jovencito? le preguntó un señor grave que estaba á su derecha.

—Sí, señor, tiro; que para eso le ha costado á mi papá buenos pesos y á mí una zurra.

—¿Cómo estuvo eso? le preguntó su compañero.

—Nada, que gasté en el tiro de pistola el dinero de un cobro de mi papá, y me dió mi merecido; pero en cambio aprendí á tirar y saqué el Aguila, hice treinta y una.

—Aquí hay otro tirador, dijo uno.

—¿Quién?

—Santibañez.

—¡Bravo! ya hay un competidor de Castaños.

—Pues con dos Guillermo Tell no hay que tener miedo.

Castaños murmuró:

—¡Me alegro!

Las bromas se sucedieron unas á otras mientras duró el almuerzo; pero en medio de la aparente alegría que reinaba, había quien seriamente estuviera pensando en que había que esperar un peligro positivo.

Al tomar de nuevo los carruajes, Carlos fué entonces, y no D.^a Refugio, quien ordenó la colocación de los viajeros, haciendo que ocupasen las señoras el centro del convoy.

Se aumentó el número de los ginetes con otros dos criados que se proporcionaron en aquel lugar, y después de haber destacado cuatro ginetes como descubierta, los coches emprendieron la marcha.

A poco andar comenzó el terreno á ser mas accidentado y molesto, y la marcha de los carruajes se hacía á cada paso mas y mas lenta y difícil.

De repente se paró el primer coche y tras él todos los que seguían sucesivamente, transmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demás buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesús, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.



CAPÍTULO V.

EL CHUBASCO.

LOS coches debían desfilan por un estrecho sendero, en el que un mal paso había detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algarazara cuando se hubo averiguado la causa de la detención; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecía, pues se había inutilizado una rueda y aquel coche no podía seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sa-

De repente se paró el primer coche y tras él todos los que seguían sucesivamente, transmitiéndose la alarma de uno á otro.

La mayor parte de los hombres saltaron de los carruajes, Castaños y Santibañez pistola en mano, y los demás buscando por todas partes con ávidas miradas á los ladrones.

—¿Qué hay?

—Ahí están.

—¿Qué ocurre?

—Los ladrones.

—¡Fuego sobre ellos!

—¿Cuántos son?

—¡Jesús, María y José!

Todas estas voces se mezclaron en confusa algarabía y la alarma tomó colosales proporciones entre todos los concurrentes.



CAPÍTULO V.

EL CHUBASCO.

LOS coches debían desfilan por un estrecho sendero, en el que un mal paso había detenido el primer carruaje.

La alarma se convirtió bien pronto en algarazara cuando se hubo averiguado la causa de la detención; pero el mal era en realidad mayor de lo que parecía, pues se había inutilizado una rueda y aquel coche no podía seguir caminando.

Reunidos los criados no tardaron en sa-

car el coche del atolladero, pero hubo necesidad de abandonarlo. En seguida se hicieron desfilar los demás y salvar uno á uno aquel mal paso, teniendo para esto que apearse las señoras y que caminar á pié un gran trecho.

Este incidente retardó la marcha por más de una hora, durante la cual, y disipada la primera impresión del peligro, hubo motivo para que toda aquella comitiva se entregara á la expansión de los comentarios.

Ya los viajeros seguían tranquilamente la marcha, cuando un incidente de la misma especie volvió á interrumpirla.

—No hay cuidado, gritó uno, es otro mal paso.

—¡Pié á tierra!

—¡Abajo!

—¡Otra vez!

—¡Hoy no llegamos!

Y la misma algarabía de la escena anterior se repitió, no obstante que aquello comenzaba á contrariar á los menos resignados.

Carlos estaba visiblemente contrariado, y

en más de un grupo se suscitó la cuestión de acriminar al gobierno por el mal estado de los caminos.

—¡Es imposible! ¡si esto no es país! Vea usted qué camino, y en pleno siglo XIX, decía uno.

—¡Y en tiempo del vapor!

—¡Esto no se vé en ninguna parte del mundo!

—Nada, decía otro, mientras no haya caminos, no habrá paz, ni nada en México.

Carlos y Salvador presenciaban, los primeros, el paso de los carruajes y dirigían las operaciones.

—Lo que siento es, decía Carlos, que la tarde va á ser mala; el agua es segura y es preciso darnos prisa.

—¿Lloverá?

—Sin remedio, y á este paso nos van á sorprender el agua y la noche.

—¡Vivo! ¡vivo! gritó Salvador á los criados.

—¡La rueda delantera!

—Ahora la otra.

Y lentamente, y sólo merced al número de hombres que ayudaban, podían salir los coches de cada uno de los atolladeros.

—¡Vicente! gritó Carlos.

Y uno de los cocheros se dirigió á Carlos.

—¿Qué, no hay otro camino mejor que éste?

—No, señor, contestó el cochero, el otro está peor.

—¿Crees que lloverá?

—Yo creo que sí, señor amo.

—¿Y no podremos llegar á tiempo?

—Ahí está no más el agua, vea usted, señor.

Efectivamente, hacia el Oriente el horizonte se ennegrecía por momentos á medida que el sol declinaba.

A poco empezó á soplar un vientecito frío del N. E. que era el que iba á decidir la cuestión.

Al sentir aquella ráfaga húmeda, Carlos comprendió toda la gravedad de la situación en que sin remedio iban á verse colocados. Carlos estaba pendiente, no sólo del paso

de los carruajes, sinó que repetidas veces tendía sus miradas hacia el camino.

—Me impacienta el retardo de los exploradores, dijo Carlos á Salvador.

—¿Ya debían estar de vuelta?

—Hace una hora, según las instrucciones que tienen.

—¿Realmente temes que á pesar de nuestro número seamos atacados?

—Lo estoy temiendo, porque he sabido que no hace muchos días pasó por aquí una partida como de sesenta hombres.

—Pues ya eso es grave.

—Ya se vé que lo es, y luego, que como vamos con señoras, esto va á entorpecer todas nuestras operaciones.

Todavía se presentó un tercer mal paso en el camino, que volvió á detener la marcha de la comitiva, obligando de nuevo á los paseantes á apearse de los carruajes.

No habían pasado los tres últimos coches cuando ya las nubes se habían amontonado sobre la cabeza de los viajeros.

Informes pelotones avanzaban hacia el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

"ALFONSO REYES"

1965 MONTENEGRO, BARRIOS

zenit dibujando con perfiles luminosos sus gigantescos contornos, mientras que en el horizonte se corría un velo ceniciento y uniforme que ocultaba los altos perfiles de las montañas.

De repente se escuchó una detonación prolongada y lejana, pero bastante perceptible para que de la comitiva en masa se levantara un murmullo como el de un enjambre que se alborota.

—¡El agua! gritaron por todas partes.

—¡Viene el agua!

—¡Al agua, patos!

Otra descarga eléctrica hizo rimbombar sus ecos en las montañas; el sol se ocultó tras de negras nubes y la sombra empezó á invadir el espacio.

Se sentía en los carruajes ese sofocante calor que precede á las borrascas. Aquella capa de aire caliente no tardaría en elevarse para ser súbitamente sustituida por una ráfaga tempestuosa.

La electricidad estaba jugando sobre sus inmensas plataformas de nubes ó de capas

de aire enrarecidas; se sucedían en lo alto las corrientes y se desgajaban y se unían aquí y allá enormes masas parduzcas y pesadas que amenazaban desprenderse sobre la tierra.

Comenzó á oírse un chasquido particular, parecido al que produce el maíz al pasar por un harnero inclinado de hoja de lata para depurarse del tamo.

—Ya está lloviendo, dijeron algunos.

Pero ni una gota caía y no obstante, aquel ruido se prolongaba y crecía.

—¿Qué es eso? dijeron algunas señoras, ¡qué ruido tan extraño!

—¡Dios mío! que está sucediendo?

—«*Glorifica mi alma al Señor*» murmuraban por todas partes.

—¡Esto es horrible!

—¿Qué ruido es ese?

—¡Padre! gritó una señora, conjure usted por Dios esa nube, vea usted qué horrible!

—¿Quién trae vela de Nuestro Amo? dijo una señora.

—Yo.

—Y yo.

—¡Enciéndalas pronto!

—Padre, rece usted por nosotros.

—¡Jesús, que ruido!

—Y lo más extraño es, que no cae una gota de agua.

—Y parece que no está lloviendo todavía por ninguna parte.

El padre González estaba entregado completamente á la oración, colocado dentro de un coche que tenía los vidrios levantados, y dos señoras lo acompañaban, vela en mano.

El pánico se había apoderado de las señoras, y en estos momentos ninguno de los coches caminaba porque el primero había sufrido otra avería.

Era aquél un paso del camino en el que para descender, ladeando una pendiente, había que caracolear entre una falda y un precipicio. Los hombres seguían caminando á pié con algunas de las señoras que tenían más temor de ocupar los coches.

Castaños, Santibañez y otros dos, se ha-

bían adherido á un grupo que rezaba, á la sazón que se unían con Salvador.

—¿Qué es esto, qué está sucediendo, señor Don Salvador? preguntó Anita.

—Es un fenómeno muy bonito.

—¡Ay, qué horror! ¿conque á usted le divierte?

—Estoy encantado.

—¡Jesús, María y José! usted no tiene remedio.

—¿Y qué fenómeno es ese? preguntó Castaños abreviando su *Magnificat*.

—Es el granizo que contienen esas nubes que están sobre nosotros.

—¿Pero por qué suenan?

—Porque los granizos impulsados por el viento, se chocan entre sí antes de caer.

—¿Quiere decir que van á caer sobre nosotros? preguntó una señora.

—Á menos que una fuerte corriente de aire desvíe la nube prontamente.

—O que la infinita misericordia de Dios la aleje, por un especial favor hacia nosotros.

—También, contestó Salvador y se alejó.

—¿Usted cree eso? dijo una señora á otra.

—¡Qué voy á creer! figúrese usted si Dios en sus altos juicios....

Entonces fué á Castaños á quien le tocó hacer el papel de hombre instruído.

—Pues créalo usted, dijo fingiendo aplomo y avergonzándose interiormente de haber tenido miedo; la electricidad es una cosa conocida: todo el mundo sabe lo que es la electricidad, y los que hemos estudiado física....

—Pues yo no he estudiado eso, y tengo mucho miedo.

Una nueva detonación fué como el postre aviso del chubasco, porque aquella nube parda que parecía besar ya la montaña, vomitó torrentes de granizo.

Todos se refugiaron en los coches y cerraron los vidrios.

El ruido era espantoso: verdaderas cataratas se desprendían de lo alto, formando una sucesión de blancas columnas que se

estrellaban en las rocas. En pocos momentos el suelo estuvo blanco, y los granizos al azotar contra los cristales de los coches, parecían romperlos á cada momento, porque no era una corriente continuada, sino grandes descargas á cortos intervalos.

El granizo fué haciéndose mas pequeño hasta convertirse en lluvia, á tiempo que algunos truenos rimbombaron prolongados y magestuosos por toda la bóveda, que á poco se entoldó completamente, haciendo mas densa la oscuridad.

El aguacero se desencadenó resueltamente.

Los ginetes que rodeaban los carruajes se habían dispersado, buscando algún abrigo; unos junto á los coches, y otros alejándose, buscando el tronco de un árbol ó un respaldo de rocas.

El aguacero, con intervalos de más ó menos intensidad, duró cerca de cuarenta minutos.

En el Poniente, las nubes se agruparon de manera que no dejaban penetrar un solo

rayo del sol: el camino estaba inundado y se determinaban sucesivamente, después del chubasco, grandes caídas de agua, á medida que se deshacía el granizo en las alturas; no obstante, Carlos dió orden de seguir la marcha.

Pero esta marcha iba á ser precisamente por el lugar mas accidentado del terreno, de manera que los coches fueron descendiendo lentamente al fondo de una parte baja de la barranca para salvar todavía, á favor de la escasa luz de la tarde, los malos pasos.

La marcha se hacía cada vez mas difícil y peligrosa; el camino estaba intransitable para andarlo á pié.

Caracoleando y salvando con frecuencia algunos atolladeros, la comitiva llegó á descender hasta el fondo de la barranca para emprender de nuevo la subida y ganar los llanos para rendir la jornada.

Pero en el fondo de aquel bajío, la oscuridad se hacía mas densa y un nuevo aguacero vino á complicar la situación.

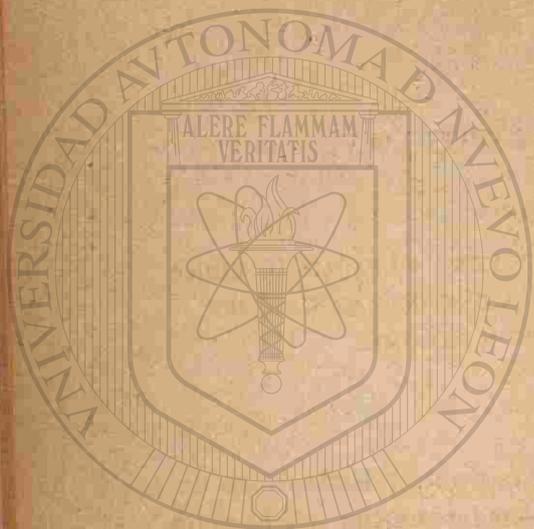
Se oyó de repente el andar de dos caballos que bajaban precipitadamente de la pendiente opuesta.

Carlos saltó del carruaje y fué al encuentro de los ginetes.

Salvador lo siguió.

Eran los dos mozos que habían ido de exploradores y que regresaban haciendo señas con el sombrero.





CAPÍTULO VI.

EN EL CUAL SE VERÁ BAJO QUÉ AUSPICIOS
VUELVEN Á ENCONTRARSE GÓMEZ
Y SALOMÉ.

APARECIERON detrás de los exploradores como seis hombres á caballo.

Carlos y Salvador regresaron para dar la voz de alarma.

Bajaron los hombres de los coches, y desde aquel momento empezó á reinar la mayor confusión y desorden; todos gritaban y ninguno podía entenderse.

Carlos, Salvador, otras dos personas y dos de los criados se posesionaron de un punto avanzado sobre unas rocas.

Los coches ocupaban una larga línea que podía ser atacada por varias partes con ventaja.

Otro pelotón como de cinco hombres apareció por el lado opuesto.

Carlos y Salvador hicieron fuego los primeros con sus rifles, y el grupo de seis hombres contestó los tiros avanzando: por el extremo opuesto se oyeron también tiros, siendo entonces los ladrones quienes descargaron sus armas contra los últimos carruajes.

Era el terreno un callejón sin salida, y los viajeros estaban atacados por los dos extremos del convoy.

Á los fuegos de Salvador y Carlos hubieron de replegarse los seis bandidos que los atacaban, moviéndose sin cesar y haciendo fuego.

—¡Castaños! ¿Dónde está Castaños? gritaban unos.

—¿Y Santibañez?

—¿Dónde están los que tiran bien?

—¡Á ellos!

Cuatro de los criados, de los mas intrépidos, aparecieron sobre la eminencia, en faz de atacar á los seis ladrones.

Carlos y Salvador tuvieron que suspender sus fuegos.

—Cuida el otro extremo y haz que se defiendan, dijo Carlos á Salvador; yo avanzo para sostener aquel ataque.

Salvador obedeció poniéndose en seguida á la cabeza de los que defendían la retaguardia.

Habíase empeñado una encarnizada lucha entre los cuatro criados y los seis bandidos que atacaron primero, mientras que los cinco, á quienes atacaba Salvador con los que le ayudaban, se replegaban incesantemente.

Castaños, aunque había disparado algunos tiros al aire y sin acercarse demasiado al peligro, se encargó empeñosamente, según él decía, de poner á las señoras en puerto de salvamento, haciéndolas descender hasta

el arroyo para resguardarlas de las balas que silbaban sobre sus cabezas.

Á pesar de todos los esfuerzos de Castaños, no pudo lograr que todas las señoras estuvieran juntas.

En el grupo mayor no estaban ni doña Refugio ni Luisita, á quienes no pudo encontrar Castaños.

La noche se presentó negra y pavorosa, y á los dos extremos del convoy se veían claramente los fogonazos de las armas de fuego de una y otra parte; y cada detonación repercutía sus ecos en aquellas desiertas y áridas barrancas, de manera que el fuego parecía mas nutrido de lo que era en realidad.

Los criados de Salvador habían cobrado ánimo y azuzaban á sus enemigos gritándoles improperios, que eran contestados por parte de los bandidos con espantosas maldiciones que hacían estremecer á las señoras, quienes en esos momentos formaban un grupo compacto al rededor del padre González.

Los fuegos se fueron apagando poco á poco y sólo resonaba uno que otro tiro contestado siempre.

Llegó á reinar una oscuridad tan profunda, que asaltantes y asaltados no podían distinguirse sinó cuando disparaban sus armas.

El ataque se hizo de repente mas vigoroso por la vanguardia, y allí acudieron los más de los criados y de los viajeros útiles para defenderse.

Mientras que se concentraba toda la atención en aquel ataque, una escena singular pasaba en el extremo opuesto.

Doña Refugio y Luisita habían sido sorprendidas en su escondite por dos hombres de á pié que las amagaban con puñales, obligándolas á callar y á entregarles las alhajas y el dinero.

Castaños, que había ido en busca de doña Refugio, y que había ya descargado su pistola, llegaba á tiempo de este asalto parcial, pero no habiendo sido sentido se ocultó en unas malezas á algunos pasos de la escena, sobrecogido de pavor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1921 MONTENEGRO, SERGIO

Un tercer bandido amenazaba á otra de las señoras, á quien no podía distinguir Castaños á causa de la profunda oscuridad del lugar.

Los gritos de las señoras se confundían con los de los criados, y todos se perdían en el incesante rumor que producían algunas cascadas que se precipitaban por varios puntos al fondo de la barranca.

Pero á pesar de estos rumores, Castaños pudo hacerse cargo de la situación, oyendo estas palabras:

—¡Mátame, infame! soy yo.

—¿Tú, Salomé, tú? Ven, vámonos.

—¿Por qué no me heriste antes de hablarme?

—Cállate, y no digas mi nombre. Vámonos.

Esta palabra la pronunció Gómez tan alto, que sus compañeros la tomaron por la señal del peligro, y, abandonando á sus víctimas, se perdieron entre las sombras.

Castaños, que había tenido tiempo de poner tres cartuchos metálicos en su pisto-

la, preparó, apuntó á Gómez y dejó ir el tiro.

Gómez dió un grito, que fué seguido de otro de Salomé.

A la sazón se acercaban á aquel lugar dos de los criados con Salvador, y Castaños, saliendo de su escondite, gritó:

—Sr. D. Salvador, por ahí, ¡A ellos! están á pié, y acabo de herir á uno: no deben estar lejos.

Los criados metieron sus caballos entre las malezas, pero éstas eran tan espesas que no pudieron avanzar, y se contentaron con hacer fuego en la dirección que les había indicado Castaños.

El ataque de la vanguardia había cesado completamente.

Carlos había avanzado, con su grupo á caballo, por la parte mas alta del terreno, y todavía hizo disparar algunos tiros en la dirección que habían tomado los asaltantes.

En seguida envió un criado con orden de que sólo las señoras montaran en los carruajes, y que los hombres caminaran á pié y á los lados del convoy.

El cielo empezaba á despejarse y aparecían algunas estrellas: el azul del cielo era claro en cada jirón de nubes que se rasgaba, porque la luna ya estaba bañando con su luz todo el espacio.

Habían resultado algunas señoras accidentadas, entre ellas Carolina, que padecía ataques de nervios.

Doña Refugio y Luisita estaban altamente preocupadas con motivo de la escena que habían presenciado entre Salomé y Gómez.

Se acercó Castaños al coche que estas ocupaban, y parándose en el estribo, preguntó:

—¿Dónde está la mujer?

—¿Quién?

—La protegida de usted, señora; ya habrá usted comprendido que nos hemos echado una víbora al seno.

—¿Usted sabe?

—Sí, señora; yo fui quien disparé sobre el bandido. Yo decía bien: esta mujer es espía de los ladrones.

—¿Y la traemos con nosotros? dijo Luisita.

—Yo ya avisé á Carlos para que la custodien.

—¿Y qué se ha hecho?

—Dijo que si nos volvían á asaltar, mandaba fusilar á la mujer.

—¡Es posible! ¡qué atrocidad!

—Y en llegando va á dar á poder de la justicia.

—Eso sí me parece mas justo, dijo Luisita.

—Hemos sido las únicas robadas, dijo doña Refugio.

—¿Siempre perdieron ustedes algo?

—Los relojes.

—Yo les dí mi bolsillo, agregó doña Refugio.

—¡Cuánto lo siento! exclamó Castaños.

—De santos nos damos, porque peor hubiera sido otra desgracia.

La escena del bandido y Salomé circulaba ya entre todas las señoras, porque Castaños más que de cuidar el camino, se en-

tretenía en llevar la noticia de coche en coche para dar pié á la conversación y á los comentarios.

—¡Bien decíamos! exclamaban las señoras, si esa mujer no podía ser nada bueno; hay que desconfiar ya hasta de los limosneros.

—¿Y qué le harán?

—La van á entregar esta noche á la justicia.

—Harán muy bien.

—Ya se vé que sí.

Ya el convoy había logrado trasponer la altura, y descendía por mejor terreno, y alumbrado por la luna, á la llanura.

A poco andar, Carlos se unió con los demás y preguntó si alguien faltaba.

Tardaron algún tiempo en reunirse todos, y por fortuna no había que lamentar ninguna desgracia, excepto el robo de doña Refugio y Luisita.

Había que atravesar un llano, á cuyo extremo brillaban algunas luces.

—Allí está la hacienda, dijeron algunos.

—¿La hacienda grande?

—No, contestó Salvador, la otra; allí nos quedamos esta noche.

—Ya no hay peligro, dijeron algunos, y el terreno es magnífico.

—Sobre todo, dijo Carlos, no tardarán en venir á encontrarnos.

—Aquí estaban los de la hacienda, dijo un criado.

—¿Y qué se hicieron?

—*Pos* echaron mucha bala á los *mañosos*, y si no ha sido por ellos, se nos meten, dijo otro de los criados.

—¿Tú los viste? le preguntó Salvador.

—Sí, señor amo, sí; por eso no entraron; eran como veinte, pero los de la hacienda los cortaron.

—Pues ahora sí vamos seguros.

—¡Pues vaya, amo, cómo no! si *chinampearon*.

Con esta seguridad, todos montaron en los carruajes.

—Bien lo necesitábamos, exclamó uno

que venía cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empapado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasión para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenía más fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animación reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.



CAPÍTULO VII.

EL RECIBIMIENTO.

AL aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener más armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora, pues su entusiasmo excedía con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estacó su piel en aras de Eu-

que venía cojeando; me he sumido en el lodo hasta las rodillas.

—Y yo estoy empapado.

—Y yo arañado de la cara.

—Pero no nos robaron.

—Nos libró Castaños, dijo el pollo que no desperdiciaba ocasión para provocarlo.

—¿Cuántos mató Castaños? preguntó ingenuamente la polla que tenía más fé en este tirador.

Una risa general acogió esta pregunta.

La animación reinó entre los pasajeros al verse completamente libres de todo peligro, y poco tiempo tardaron en llegar á la hacienda, adonde los esperaban muy diversas y no menos notables impresiones.



CAPÍTULO VII.

EL RECIBIMIENTO.

AL aproximarse la comitiva como á unos doscientos pasos de la finca, rompieron el aire los ecos de una música de viento, que si bien hubiera podido tener más armonía, no por eso era menos estrepitosa, especialmente por lo tocante al que golpeaba la tambora, pues su entusiasmo excedía con mucho á todos los *fortísimos* de la pauta; de manera que el buey que estacó su piel en aras de Eu-

terpe no recibió jamás golpes póstumos menos merecidos.

Frente á la casa de la hacienda había haces de leña ardiendo, que despedían una luz intensa así como un humo insoportable.

Había como hasta quinientas personas frente á la casa, de entre las cuales se elevaban cohetes en todas direcciones poblando el aire de chispas y atronándolo con sus inofensivas detonaciones.

Eran aquellas gentes, casi en su totalidad, peones de las haciendas inmediatas y vecinos de todos los contornos, que, sabedores del magnífico recibimiento que se preparaba allí al dueño de la *hacienda grande*, habían acudido con sus golosinas y sus comestibles, improvisando una especie de feria.

Un acontecimiento de esta especie entre la gente del campo atrae, hasta de muchas leguas en contorno, á los habitantes, deseosos de interrumpir la monotonía de su vida con cualquier pretexto.

Los coches surcaron en aquel *maremagnum*, y los viajeros fueron recibidos con

más pompa y aparato de lo que podían esperarse á aquellas horas y después de los chubascos y de todos los contratiempos del camino.

Desde el lance de la barranca, Salomé había sido colocada en uno de los carros de equipajes y custodiada constantemente por dos de los criados, quienes al llegar no le permitieron apearse, sinó que inmóviles esperaron las órdenes de Carlos con respecto á la presa.

El dueño de aquella hacienda se llamaba D. Homobono Pérez, cuyo aspecto respiraba bonhomía, salud y jovialidad.

Sería un hombre como de sesenta años que conservaba aún la rubicundez de sus mejillas y de su grueso cuello, todos sus dientes y el mejor humor del mundo.

—¡Mi señor don Carlitos, amigo y señor mío! pase su mercé á lo regado.

—¡Señor don Homobono!

—Señoritas, ¿cómo va de susto?

—Muertas de miedo, contestaron algunas.

—Pero no hay cuidado; á tiempo mandé á los muchachos y aún no han vuelto; pero estoy seguro de que pillarán á algunos.

Todos fueron saludando á don Homobono que tuvo para cada uno un cumplimento ó una palabra de franqueza y jovialidad.

—Pues si á ustedes les parece, dijo don Homobono, que hablaba tan alto como doña Refugio; si á ustedes les parece, pasaremos á la sala para que descansen un poco, enseguida les haré conocer mi programa.

—¡A ver el programa! dijeron varios.

—No, en la sala; vamos á la sala.

Efectivamente, los huéspedes tomaron posesión de una sala como de catorce varas amueblada con canapés con fundas de indiana, algunas rinconeras, nichos antiguos y varias pinturas de santos, alternando con una media docena de litografías iluminadas representando la vida de Atala y de René; otras dos litografías en que se veía á Robinsón; un retrato de Iturbide y una Virgen de Guadalupe.

La sala estaba enladrillada y sólo á los

piés de las sillas y de los canapés había largas tiras de alfombra con labor de arco-iris.

Tan luego como se hubieron sentado los concurrentes, don Homobono tomó la palabra.

—Conque.... señores, he aquí mi programa. Tan luego como hayan ustedes descansado, pasaremos al comedor á tomar alguna cosa.

—Aprobado, dijo Castaños, porque el susto nos ha preparado el estómago.

—Continúo, dijo don Homobono.

—¡Silencio! gritó Santibañez, el señor don Homobono va á decir la segunda parte del programa.

—Después de cenar, dijo don Homobono, pasaremos al circo.

—¿Al circo? dijo Carlos.

—Sí, señor; pasaba por aquí una compañía á la que dí alojamiento anoche á condición de organizar una función, que tengo el gusto de dedicar á ustedes.

—¡Bravo! buenísimo! dijeron casi todos los concurrentes. ®

— Puesto que está aprobado el programa, pasemos al comedor.

Todos se levantaron para conducir á las señoras, pero Carlos se acercó á don Homobono.

—Perdone usted, amigo mío; pero tenemos que cumplir antes con un deber.

—Estoy para que usted me mande, señor don Carlitos.

—¿Cuál es la autoridad más inmediata?

—La autoridad.... vea usted, señor don Carlitos, en estos momentos están aquí el alcalde, el juez de San Sebastián, el presidente del ayuntamiento y algunas otras autoridades, así del distrito como de algunos partidos; de manera que en materia de autoridades estamos bien.

—Pues es el caso, que traemos una presa.

—¡Oiga!

—Sí; en mi concepto, y en el de las demás personas que nos acompañan, la mujer que traemos es una espía de los ladrones, ó por lo menos está en connivencia con ellos.

—¿Cómo es eso, señor don Carlitos?

—A la hora del asalto ha hablado con uno de ellos.

—Pues eso es muy bueno, señor don Carlitos; ¿y en dónde está esa mujer?

—En el segundo de los carros de equipaje, custodiada por dos muchachos.

—Bien, muy bien hecho, pues ya tenemos la pista; sería bueno hacerla bajar y que la conduzcan aquí; tengo en la casa una pieza que le servirá de carcel provisionalmente, mientras mandamos llamar á la autoridad competente.

Carlos llamó á uno de sus criados y le dió orden de conducir á Salomé al patio de la hacienda y encerrarla en el cuarto que debía servirle de prisión.

Esta orden, aun cuando fué dada con cierta reserva, circuló como una noticia alarmante entre la gente que estaba formando el tianguis en la plaza, al frente de la casa de la hacienda, y toda la peonada y multitud de curiosos afluyeron de todas partes á rodear el carro donde, según todos

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

decían, venía una ladrona cogida en el asalto de la barranca.

Cestó trabajo á los mozos que custodiaban á Salomé, atravesar la compacta multitud que murmuraba:

—¡La ladrona, la ladrona! ¡ya van á encerrar á la ladrona!

—Era la espía.

—Dicen que por ella robaron á los amos.

Salomé fué conducida á su calabozo, siendo el objeto de las miradas y de las burlas de la plebe, y fué tal su angustia al considerarse complicada en aquel feo asunto, que en vano pretendió la desgraciada levantar la voz para defenderse. Salomé no podía hablar, la vergüenza y la pesadumbre la agobiaban de tal modo, que fué preciso ayudarla á andar, porque sin cesar desfallecía sintiendo que la abandonaban sus fuerzas.

Cuando Salomé se vió sola, se entregó de lleno á su dolor.

A pesar de haber llorado tanto en su vida, hacía mucho tiempo que su amargura no era tan desgarradora.

Entretanto los convidados gozaban alegremente de la cena, cuyos honores hacía don Homobono admirablemente.

El *menú* de aquella cena de hacienda era el siguiente:

«Cabritos asados.

Pollos fritos en manteca.

Ensaladas.

Arroz á la valenciana.

Mole de cecina.

Salsas picantes de chile verde y de chile colorado, etc, etc.»

Hasta seis peones de los más limpios, iban y venían en incesante movimiento, ministrando tortillas calientes á los convidados, circunstancia que es de rigor en comidas de esa especie.

Todos aquellos manjares debían regarlos los convidados, con algunas botellas de vino Burdeos y algunos licores extranjeros, y sobre todo, té y café, bebidas en cuya confeción la gente de aquella cocina no estaba muy diestra.

Castaños objetó que el *mole* de cecina no

debía tomarse con cubierto, sino haciendo por medio de cucuruchos de tortilla, una exacta imitación de las cucharas de Motezuma.

No faltaron pollos y pollas que, á pesar de ser mexicanos, hicieran exajerados aspavientos, al tratarse de comer chile picante, debido á que las costumbres francesas habían logrado poner ya á aquellos mexicanos inconocibles.

Don Homobono, en su calidad de anfitrión, hizo los honores de la mesa con franca urbanidad.

Ya en uno de los corrales de la casa la compañía de cirqueros había improvisado un circo, y multitud de gente estaba colocada en los andamios que servían de asientos.

Aquellos maromeros eran precisamente los compadres que se robaron á Gabriel: las partes secundarias habían sido sustituidas con otros individuos, pero el payaso y el director eran los mismos.

También existía la niña compañera de

Gabriel, y de quien el director y el payaso habían logrado hacer ya una notabilidad ecuestre.

El payaso se llamaba Melquiades Ramos; desde muy niño fué afecto á hacer suertes, y su primer oficio fué el de rebocero; pero próximo á contraer nupcias con una joven *empuntadora*, recibió Melquiades las mas estupendas é innmotivadas calabazas, de cuyas resultas enfermó, y en su convalecencia mitigaba sus pesares con la música; comenzó recitando versos que aprendía de memoria, y después componía canciones y las cantaba.

Una de sus canciones favoritas, tenía por letra la siguiente cuarteta:

Ya va saliendo la luna

Y un lucero la acompaña;

¡Qué triste se pone un hombre

Cuando una mujer lo engaña!

El espíritu de Melquiades encontraba cierto consuelo triste en cantar versos que encerraban un fondo de amargura y desencanto.

Poco á poco su carácter se inclinó al sarcasmo, y en medio de sus expansiones y de su alegría se podía notar siempre en Melquiades algo profundamente amargo.

Melquiades, como poeta, tenía esa salática peculiar de los mexicanos: su metro favorito era la sextilla, siendo de notar que en todas ellas había entre los primeros versos y los últimos cierta incoherencia inimitable que encerraba toda la gracia, y en lo general toda la intención malévola del poeta.

Esta clase de versos es característica de la plebe de México, y por cierto que entre ellos hay pensamientos de notable mérito y de una malicia de lo mas picaresco que se conoce.

Pasaron las señoras y los caballeros al corral, en donde sobre una azotea baja se les había improvisado un palco.

Alumbraban el circo algunos hachones, que consistían en una media esfera formada de aros de fierro sobre un pié derecho, conteniendo un haz de astillas de ocote.

La música saludó á los recién llegados, y

empezó la función con una arenga del payaso.

—Echo de menos aquí á doña Refugio, dijo Castaños en voz bastante perceptible.

—Hay más, dijo Anita, han desaparecido el señor don Carlos y D. Homobono Pérez.

—¿Si estarán ocupándose del negocio de la ladrona?

—Probablemente.

—¡Pobre mujer! exclamó una señora.

—¡Pobres de nosotros! dijo un pollo, porque bien pudo habernos tocado una bala de esos bandidos.

—Ya se vé, continuó Castaños, como que á mí me pasaron cerca: las oí silbar como pajaritos.

—¡Ay, qué horror!

Aquellas señoras tenían razón: efectivamente doña Refugio se estaba ocupando de la ladrona, según la llamaban todos.

Cuando se levantaron de la mesa los convidados, doña Refugio recibió un recado de parte de Salomé.

Doña Refugio no podía comunicarse con

la presa sinó con la intervención de don Homobono, quien para servir eficazmente á Carlos había convocado ya al juez y á algunas de las autoridades que allí se encontraban; de manera que todos reunidos en el cuarto de despacho de don Homobono mandaron comparecer allí á la presa.



CAPÍTULO VIII.

EL PROCESO.

SALOMÉ había caído en la atonía del dolor; sus pasos eran inseguros y vacilantes, y había necesidad de ayudarla á andar.

Al fin se presentó en la puerta, custodiada por dos celadores que habían relevado ya á los criados de Carlos.

Estaban sentados alrededor de una mesa cubierta con carpeta de bayeta verde, hasta cuatro leguleyos.

—Escriba usted, dijo uno, dándole la pluma á su vecino.®

la presa sinó con la intervención de don Homobono, quien para servir eficazmente á Carlos había convocado ya al juez y á algunas de las autoridades que allí se encontraban; de manera que todos reunidos en el cuarto de despacho de don Homobono mandaron comparecer allí á la presa.



CAPÍTULO VIII.

EL PROCESO.

SALOMÉ había caído en la atonía del dolor; sus pasos eran inseguros y vacilantes, y había necesidad de ayudarla á andar.

Al fin se presentó en la puerta, custodiada por dos celadores que habían relevado ya á los criados de Carlos.

Estaban sentados alrededor de una mesa cubierta con carpeta de bayeta verde, hasta cuatro leguleyos.

—Escriba usted, dijo uno, dándole la pluma á su vecino. ®

—No, amigo mío; está en muy buenas manos.

—Pues ustedes, dijo entonces el de la pluma, ofreciéndola á los demás.

—No, señor; usted es mas práctico, y á usted le toca como el mas antiguo.

—¡Adios de antiguo!

—Cabal, dijo otro; D. Nestor vivía en el pueblo cuando yo me casé.

—¡Ah qué usted!

Y luego dirigiéndose á Salomé le dijo:

—Pues entre, señora.

Salomé avanzó difícilmente dos pasos.

—Diga sus generales.

Salomé permaneció callada.

—Que diga V. su nombre, dijo una de las autoridades, traduciendo lo de las generales.

Salomé no podía hablar.

—¿Cómo se llama usted, señora? dijo don Nestor.

Salomé pronunció su nombre con voz débil; D. Nestor escribió:

«En la hacienda de... etc. A los veinte días... etc.»

—Aquí los señores dicen que usted conoce á los ladrones que asaltaron los coches; diga si es cierto.

Salomé no contestó.

Don Nestor, á pesar de esto, seguía escribiendo, y murmuraba: «dijo llamarse como queda dicho; casada, de veintiocho años... etc.,» y agregó en voz alta: diga si es cierto, como lo es, que estaba en connivencia con los ladrones, siendo espía expensada por ellos para darles noticias de las circunstancias de los pasajeros.

Don Nestor escribía velozmente y sin cesar.

—Habla usted, señor, se atrevió á decirle uno.

—Hay muchos testigos del hecho, dijo otra de las autoridades.

—Y todos los testigos son personas de entera fé, agregó otro.

—Si la *reo* no responde se verá precisada la autoridad á aplicarle el tormento, exclamó don Nestor, tomando una actitud severa.

—!Eso es! ¡el tormento! dijo otra autoridad lamiéndose los labios.

—Pido la palabra, agregó uno que no había hablado.

—Tiene la palabra mi yerno, dijo don Nestor.

—Aquí no hay yernos, objetó el que aprobaba el tormento..., en lo oficial... pues diga usted, entonces...

—Es que mi yerno estudió en Querétaro, y sabe leyes y otras muchas cosas.

—¡Adios! si el señor no es letrado.

—Pero ejerce.

—Estábamos hablando del tormento.

—Sobre eso rolaba la discusión, dijo el que había estudiado.

—Habla el señor, dijo don Nestor señalando á su yerno.

El yerno tomó la palabra.

—Eso del tormento, dijo, me parece que es anticonstitucional.

—Lo que el señor quiere decir, agregó una de las autoridades, es que el tormento

está prohibido por la constitución, en uno de sus artículos.

—¿Qué artículo?

—No lo sé, pero es fácil averiguarlo.

—El señor don Homobono nos hará el favor de prestarnos un ejemplar de la constitución.

—¿De 57? preguntó don Homobono.

—La misma que viste y calze, dijo gravemente don Nestor y luego agregó.—Se suspenden los procedimientos mientras el señor don Homobono nos proporciona un ejemplar de la constitución.

Y al decir esto don Nestor, ofreció cigarrillos á los circunstantes y luego dijo en voz alta:

—Puede retirarse la reo al fondo de la sala, mientras fumamos un cigarro.

Los dos celadores que custodiaban á Salomé, armados con dos grandes fusiles, estaban descansando sobre las armas y tenían puesto su gran sombrero de palma en señal de que estaban de servicio.

A la voz de mando de don Nestor, los

dos celadores *terciaron* las armas al lado izquierdo, dando una fuerte palmada en el fusil con la mano derecha, según se le exige al recluta en la formación, adelantaron el talón del pié derecho, y, girando, dieron *media* vuelta á la izquierda, dejando ver sus bayonetas que tenían pendientes del *ceñidor*.

Salomé antes de seguir el movimiento de sus guardianes, dirigió una mirada tan suplicante á doña Refugio, que esta señora no pudo menos de exclamar dirigiéndose á las autoridades:

—Voy á hablar con la presa entre tanto, si ustedes me lo permiten.

Las autoridades se vieron unas á otras.

—Señora, dijo D. Nestor, la reo está incomunicada y con centinela de vista, según está usted viendo.

—Ya usted vé, señorita, agregó otro, que estos asuntos son muy delicados.

—Y luego, dijo el yerno de D. Nestor, que como usted todavía no da su declaración en forma....

—Pero sea cual fuere el crimen de que

se trata, á todo reo se le permite tener un defensor.

—En hora buena, contestó D. Nestor, pero no una defensora.

—Además, agregó el yerno de D. Nestor, se necesita que el defensor sea letrado.

—¡Cabal!

Doña Refugio comprendió que su situación se hacía embarazosa y que Salomé corría el peligro de ser víctima de una alcaldada de aquellas autoridades; y como por otra parte, doña Refugio había hablado con Salomé lo suficiente para conocer que se trataba solamente de una mujer desgraciada, y no de una criminal despreciable, se decidió á protegerla á toda costa.





CAPÍTULO IX.

DE CÓMO LA JUSTICIA PREFIRIÓ
LA MAROMA Á LOS PROCEDIMIENTOS.

APARECIÓ por fin D. Homobono, trayendo el ejemplar de la constitución.

Doña Refugio se aprovechó de los momentos en que aquellos hombres consideraban en suspenso su investidura judicial, y habló de esta manera:

—Señor D. Homobono. Veo con sentimiento que los procedimientos judiciales van tomando en este asunto un carácter

que bien podría ser inconveniente: para mí está fuera de toda duda que es una barbaridad y un crimen la aplicación del tormento, y que tal proceder está expresamente prohibido, no sólo por las leyes del país, sino por la civilización y por la humanidad.

—La persona á quien ustedes consideran ya como reo, complicado en el delito de robo con asalto, tengo para mí que no es más que una mujer desgraciada, que se encuentra en una situación horrible, sin tener de su parte nadie que la defienda ni abogue por ella, y en tal caso, si entre ustedes no hay uno solo á quien le interese la desgracia, si todos son indiferentes á los padecimientos de una mujer desvalida, yo, á nombre de la justicia, la defiendo y la amparo, porque tengo la convicción de su inocencia; tengo, más que ninguna de las personas que nos han acompañado, motivos para poder juzgar á esta señora y para asegurar, que no ha tenido ni tiene parte alguna en el asalto que hemos sufrido.

—¡Salomé! dijo en seguida dirigiéndose

á la acusada, hable usted, defiéndase y no vacile usted en decir la verdad; pruebe usted su inocencia y no tenga usted embarazo en revelar los antecedentes de su vida, de la que conozco ya una parte; justifíquese usted, Salomé, no tenga usted temor, porque ahora le repito á usted lo que le he dicho: estoy dispuesta á proteger á usted, á ayudarla, á defenderla, porque su situación es para mí muy interesante.

Reinó por un momento profundo silencio en la sala, y por fin D. Nestor exclamó:

—Todo esto es ilegal; yo no tomaré parte en un asunto en que se empieza por destruir la rutina de los procedimientos, y sobre todo, cuando una persona tan respetable como la señora que está presente, ofrece proteger á la reo; probablemente toda nuestra energía como autoridades que somos, va á estrellarse contra ciertas influencias; y á este negocio se le echará tierra, con menoscabo de nuestra justificación y de nuestro deber.

—Nada de ilegal tiene, a mi modo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
8
"ALFONSO REYES"
1915 MONTERREY, MEXICO

ver, dijo doña Refugio, que se le permita á la acusada defenderse; hable usted, Salomé, se lo suplico.

Salomé hizo un esfuerzo y dijo:

—No sé cuál es el crimen de que se me acusa; yo no conozco á los ladrones.

—Entonces, preguntó don Nestor, ¿por qué uno de los bandidos ha dicho: «ven, vámonos?»

—Lo ignoro.

—Ha dicho más, agregó el yerno de don Nestor, ha dicho el bandido: «No digas mi nombre.»

—Lo cual prueba, interrumpió don Nestor, que entre la acusada y el bandido existen relaciones, cuando menos de parentesco, ú otras.

—¿Qué contesta usted? preguntó el yerno.

—Diga si es cierto, como lo es, que ha hablado con uno de los foragidos que atacaron esta tarde á la familia y amigos del señor don Carlos, dueño de la hacienda grande.

—No es cierto, contestó Salomé.

—Quien todo lo niega, dijo don Nestor, todo lo confiesa; y tomó la pluma para asentar probablemente la confesión de la acusada.

—Voy á persuadirla de que debe confesar la verdad, dijo doña Refugio. ¿Se me permite que la convenza de su error? Tal vez después de hablar conmigo á solas, logrará la justicia lo que pretende averiguar.

—Si es para esclarecer el hecho, se le permite á usted, señora.

—¡Mil gracias! dijo doña Refugio, y se dirigió á Salomé, que permanecía al extremo de la sala.

—¿Por qué se niega usted á decir la verdad, dijo á Salomé, cuando por desgracia ha habido testigos de esa escena? yo misma lo he oído.

—¡Señora! dijo Salomé muy quedo, ¿usted también pretende que sobre ser desgraciada, sea yo infame?

—¿Por qué?

—¿Recuerda usted mi historia?

—Sí.

—Busco á mi hijo y á mi amante.

—¿Y bien?

—Si el que me habló fuera mi amante, ¿deberé denunciarlo aun cuando sea el autor de mis desgracias? ¡Ah! señora, yo no puedo delatar al hombre á quien más amo en el mundo; estoy dispuesta á arrostrarlo todo, hasta la muerte, pero nunca me vengaré cometiendo una villanía.

—¿Pues qué, él es....?

—Sí, señora; figúrese usted cuál habrá sido mi aflicción al volver á encontrar á ese hombre después de algunos años de llorar su ausencia, teniendo que arrojar un grito de terror en lugar de entregarme á la alegría de mi dicha! ¿Él robando, señora? ¿él ladrón? ¡Ah, no! estoy segura que me seguía, y que tal vez el robo no era otra cosa que un pretexto para acercarse á mí.

—Pues confiese usted eso? diga al menos que, conociendo á quien le habló, está usted segura de que aquello no era más que un robo simulado; pero que en todo caso no se trata más que de un asunto de amores.

—No espere usted, señora, que de mis labios salga jamás este nombre, y si lo que me pasa es una expiación de mis faltas, estoy pronta á sufrir resignada hasta morir.

La secreta conferencia se prolongó más de lo que podía esperarse, al grado que las autoridades comenzaron á estar impacientes y á tener más deseos de divertirse en la maroma, que de ejercer su elevado magisterio aquella noche.

Doña Refugio, por su parte, hizo cuanto le fué posible para obligar á Salomé á decir la verdad; pero todo fué inútil, y don Homobono fué quien puso término á aquella situación, persuadiendo á los jueces de que por lo pronto era mas conveniente concurrir á la función de circo, que entretenerse en cosas de justicia.

En tal virtud se procedió á poner á la acusada en sitio seguro, sin omitir el consabido centinela.

Doña Refugio aún permaneció al lado de Salomé por todo el tiempo necesario para proporcionarle alimento y algunas comodi-

dades, que cooperaron á hacerle mas llevadera su situación.

D. Homobono con todos los curiales, se presentó en el corral del espectáculo, en donde Castaños, Anita y los demás convidados habían disfrutado de las delicias que les proporcionara Melquiades con sus canciones y sus pantomimas.

Acababa de pasar el ejercicio de la percha egipcia, y el payaso amenizaba el intermedio con una de sus canciones favoritas.

Para comenzar echó una mirada á la concurrencia, y se fijó en una pareja en la que creyó sorprender señales inequívocas de que hablaban de amores.

Ella era la joven galopina de la casa de Carlos, y el galán era nada menos que Angulo, el famoso varillero que conocen nuestros lectores.

Debían tratar, en efecto, asuntos de la mayor importancia, pues ni las barbaridades acabadas de ejecutar en la percha egipcia, ni la canción del payaso habían logrado llamar su atención; era, tal vez, la única

pareja que, entre toda la concurrencia, se manifestaba indiferente á la diversión.

Tenemos razones para creer que, en efecto Angulo y la galopina tenían entre manos asuntos de no escasa importancia, pues en aquellos amores, asaz inocentes por parte de la galopina, tocaba Angulo, á la sombra de la ingenuidad de su amada, no pocas cuestiones de trascendencia y criminalidad.

La galopina estaba, á la sazón, relatando á Angulo las peripecias del asalto, y Angulo, por su parte, aglomeraba datos á los que de antemano había recogido entre todas aquellas gentes, que tenían á Angulo como el comerciante mas inofensivo y como el mozo mas puro de costumbres.

La mirada del payaso dirigida á la pareja, había sido acompañada de esa mímica grotesca con que estos entes originales saben acentuar el sarcasmo y el epigrama, hasta ponerlos al alcance de los mas rudos espectadores.

Melquiades estaba frente á frente de la galopina, y no contento con señalarla con

el dedo y con llamar la atención de la concurrencia hacia aquella escena, hizo comprender por medio de sus señas, que iba á dedicarles el intermedio; de manera que cuando empezó su canción, los espectadores sabían todos á quien iban dirigidas las pullas.

Una seña de Melquiades bastó para que la música supiera también cual era la canción elegida por el payaso.

Este comenzó cantando el siguiente estribillo:

«Qui-qui-ri-qui-ri-qui
Canta el gallito,
Que yo te quiero querer
A tí solito.»

Este estribillo repetido dos veces, fué acompañado por la música, y en seguida colocándose Melquiades en el centro del circo, prorumpió en un tono declamatorio imposible de describir:

«Va una moza á la maroma
Con su enagua de castor,
Pensando.... que no hay quien coma

Si no hace antes el amor.
En esto viene un señor
De sombrero galoneado
Que se coloca á su lado
Para relatarle historias.
Y ella está tan en sus glorias
Que ni me pone cuidado.
Qui-qui-ri-qui-ri-qui
Canta el gallito,
Que yo te quiero querer
A tí solito.»

Este estribillo lo cantaba el payaso dando vueltas en el circo con un paso de baile; accionando, lanzando miradas furtivas á la pareja amorosa y fingiendo que una risa maliciosa, que no podía contener, le impedía cantar.

Cada una de estas demostraciones, era acompañada por la risa de los espectadores.

Cesó la música y Melquiades declamó su segunda décima:

«Es el lance divertido
Pues se dicen cosas buenas,

Que hay muertos que no hacen ruido
Y son mayores sus penas.
Porque las dulces cadenas
Con que nos une el amor,
Son de tal modo, señor,
Que nos ponen como en misa,
Mientras se muere de risa
Este payaso hablador.
Qui-qui-ri-qui-ri-qui
Canta el gallito,
Que yo te quiero querer
Á tí solito.»

La segunda salva de risas, hizo por fin levantar la cabeza á Angulo, y calcúlese cuál sería su sorpresa al enterarse de que casi sin excepción todas las miradas de la concurrencia estaban fijas en él.

La galopina también recorrió con una mirada la concurrencia, y no se podía explicar la causa de aquella atención y de aquella hilaridad.

Pero Melquiades que, como sabía ser cáustico, sabía también la manera de ser clemente, se dirigió al director para decirle:

—Señor Martínez, ya cuanto há que no hacemos nada y esto no es justo. Hágame usted favor de disponer otros pasos diferenciando de los anteriores, ¿ó me va usted á salir con que está cansado?

La respuesta del director fué tronar el látigo amenazando al payaso, procedimiento que es en lo general la chanza mas usual en el circo.

—¡No me pegue usted, señor Martínez, ni se sulfure por tan poca cosa, siquiera por respeto á la respetable concurrencia!

Aunque Chona y Salvador estaban lejos de creer que el payaso se atreviera á dirigirles una pulla, se abstuvieron desde la escena que acababa de pasar, de continuar sus interesantes diálogos.

Instintivamente y como si se hubieran puesto de acuerdo, guardaron silencio.

Lola, Castaños y Anita, no abandonaban su tarea de observarlo todo, y á pesar de las gracias del payaso, seguían comunicándose sus observaciones con respecto á la ausencia de doña Refugio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
"ALFONSO REYES"
1925 MONTEVIDEO, URUGUAY

—Yo apuesto, decía Anita, que en estos momentos está con su protegida.

—Ella dijo, observó Castaños, que se retiraba indispuesta.

—Debe estarlo, porque la tal limosñera parece un pájaro de cuenta, á juzgar por la confianza con que la tratan los bandidos.

—¿Y será capaz todavía de abogar por ella?

—Ese es el fuerte de doña Refugio; tiene unos protegidos, que más le valiera pensar en redimir cautivos como los antiguos frailes mercenarios, que echarse esas víboras en el seno.

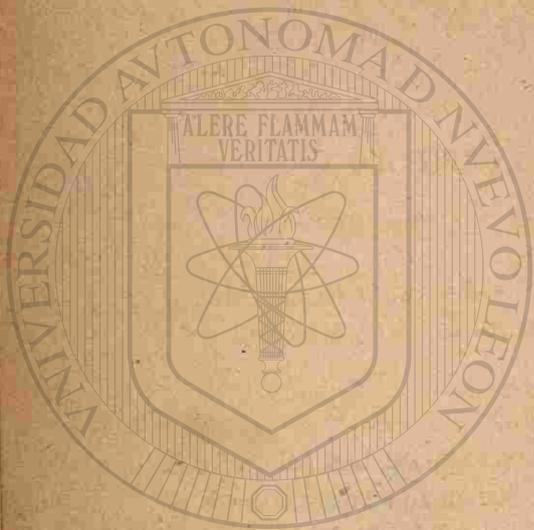
—Hasta D. Homobono me parece preocupado; lo veo menos expansivo que al principio.

—Ya lo creo, después de dos horas de debates, es natural que esté fastidiado.

Las criadas de la casa de Carlos, se ocupaban entretanto en dirigir bromitas á la galopina, cuyos amores desde aquel momento empezaron á ser motivo de rencillas y celos por parte de aquéllas que, conside-

rándose superiores á la galopina, no habían sido preferidas por Angulo, quien, según opinión de la cocinera, no tenía más defecto que la manera de colocarse el pelo sobre la frente.





CAPÍTULO X.

DE CÓMO DOÑA REFUGIO PREFERÍA
EL CALABOZO Á LA MAROMA.

PONDREMOS al tanto al lector de lo que en aquellos momentos estaba pasando entre Salomé y doña Refugio.

Cuando Salomé se vió libre de sus jueces y al lado de doña Refugio, habló de esta manera:

—Señora, la Providencia no me ha abandonado, en el hecho de tener á usted á mi

lado, y de ser objeto de un celo y de una solicitud que me llena de ternura hacia usted... ¡Ah! usted no lo puede comprender, porque tal vez nunca ha sufrido; pero yo que he llorado tantos años, yo que vivo abandonada de todo el mundo, yo que no he recogido desde que fui culpable más que reproches y censuras, más que desengaños y penas, yo sé valorizar las acciones de usted, yo comprendo todo lo que valen sus servicios, todo lo caro que son para mí sus sacrificios.

—No hago más que cumplir con un deber, y sobre todo yo gozo con socorrer á los desgraciados; no hay para mí mayor placer que consolar al que padece.

—¡Es usted muy buena, señora! y no tiene usted una idea de lo que siento al pensar que nos van á separar, y que no siendo usted, señora, no habrá quién se interese por mí.

—Me he propuesto amparar á usted y tengo empeño en cumplirle mi palabra. Deseo por lo mismo que me cuente usted

la parte de su historia que quedó pendiente. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, señora; debo decir á usted de qué manera he llegado á tener noticias de mi hijo.

—En la terrible noche en que di á luz á este hijo desgraciado, vi ahogarse mi alegría maternal en el sopor de la fiebre; y ni ese momento, señora, ni el único momento indemnizador de mis amarguras, ni el momento en que iba á oír el primer acento del hijo de mis entrañas pudo servir de compensación á mis desgracias.

—Salí de aquella fiebre como si volviera de nuevo al mundo, y lo primero que hice fué preguntar por mi hijo.

—Nadie me contestó; circularon á mi alrededor algunas miradas de inteligencia, y pretendieron hacerme creer que mi hijo había muerto. Querían consolarme y persuadirme de que aquello era providencial y que debía estar gozosa por su muerte; pero ¡ah! aquellas mujeres no eran madres y no sabían que una madre sabe cambiar su vergüenza por una caricia de su hijo!.....

—Mas tarde supe que la única persona que podía darme una noticia cierta había muerto y ya no me quedó ninguna esperanza.

—Pero una noche (algunos años después) supe que había desaparecido un niño huérfano que estaba en poder de un maestro herrador: tenía la edad que debía tener mi hijo, y oí, muerta de emoción, que aquel niño había sido abandonado, y se decía que el padre del niño había conocido á la que le dió el sér, en un cementerio..... y allí, señora, efectivamente, en un cementerio fué donde yo conocí á..... á mi amante.

—Desde aquel momento corroboré el presentimiento que había acariciado de que mi hijo vivía, y la certidumbre de su existencia, señora, fué entonces para mí el mas desgarrador de los tormentos.

—Llorar sobre una tumba cierta, es un consuelo triste; pero llorar desgracias que se adivinan, peligros que se sueñan, ideas de desolación que nos sorprenden á todas horas; llorar dudando, señora, es el mas punzante de los dolores.

—Mi hijo era una copa que depositaba todas mis alegrías mezcladas con todas mis lágrimas; ese sér desconocido era la encarnación de mis dichas pasajeras y de mis largas amarguras; y..... no lo conocía, no había podido recoger ni su primera sonrisa, ¡ay! siquiera una vez lo hubiera visto!..... Pero..... las madres tenemos otros ojos, señora, vemos á nuestros hijos al través de las distancias, y yo veo á mi hijo, porque lo siento en mi dolor y lo conozco en mis lágrimas; cuando veo mis lágrimas que caen sobre mis manos veo en ellas á mi hijo..... ¡es lo único que tengo de él! ¡Ah! estoy segura que lo conocería, lo adivino, sé cómo ha de ser, porque.... yo no creo en sueños.... pero muchas veces lo he visto dormida..... nada más durmiendo es como lo he visto!....

Reinó por un momento un penoso silencio, durante el cual se percibían á lo lejos los ecos de la tambora del circo y algunas notas de la música.

Doña Refugio estaba profundamente conmovida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
vol. 1425 MONTERREY, MEX.

Salomé, arrojando un suspiro, exclamó:

—¡Qué terrible es la expiación de la mujer culpable, señora! Si lo pudieran comprender todas las infieles, se dejarían matar antes que ser culpables!

—¡Es cierto! dijo impensadamente doña Refugio, no sabemos cuan caro se paga ese delito, porque.... nunca, nunca se queda impune. ¡Hay algo mas cruel que el verdugo, mas terrible que el castigo.... el remordimiento! ¿No es verdad?

—Sí, señora; el remordimiento es mas amargo que todo lo que el hombre pudiera inventar.

—Pero en fin, usted me ha dicho que tiene ya noticias ciertas de su hijo.

—Sí, señora. Había en el pueblo dos compadres que habían logrado hacerse notables por estar dotados de un espíritu de investigación extraordinario; pero no fué sino después de algunos años cuando llegué á enterarme de esta circunstancia; y valiéndome entonces de Gertrudis, mi criada

de confianza, logré hablar un día con uno de los compadres curiosos.

—Me enteró sin dificultad de que había observado mis citas nocturnas, y de que había visto á la mujer que me arrebató á mi hijo.... (¡Dios la haya perdonado!).... me aseguró que el maestro herrador era quien había tenido la dicha de adoptar al niño.

—Con estos datos procuré hablar con el herrador, y hé aquí lo que me pasó en aquella entrevista:

—Yo, señora, me dijo el herrador, es cierto que no soy muy amante de los muchachos, pero qué quiere usted; aquel niño me cayó en gracia; ¡y vaya si me cayó, pues resistí el enojo de mi pobre mujer! porque.... ¿pasará á creer su mercé que llegó á encelarse?... pues sí, señora, y más de un altercado tuvimos por la criatura; pero á pesar de todo la recogí, y con mucho gusto la bauticé en la santa parroquia, y le puse por nombre Gabriel, mi santo arcángel.

—¿Y así se llama? interrumpió doña Refugio.

—Para mí se llama Alberto.

—¿Por qué?

—Porque.... su padre me encargó que al hijo que íbamos á tener, le nombrara Alberto, y hasta en esto, señora, he creído encontrar no sé qué misterio, pues al hacerme tal encargo mi amante, me suplicó que nunca le preguntara las razones que tenía para que su hijo se llamara Alberto; yo respeté sumisa el secreto, y desde entonces, cada vez que llamo á mi hijo á solas, pronuncio ese nombre: Alberto, y ya hace como diez años que le llamo así.

—Siga usted, dijo doña Refugio.

—Aquel hombre, continuó Salomé, me contó con una nimiedad suma todas las peripecias de la vida de su hijo adoptivo, me relató minuciosamente todo lo que el niño hacía, y me dijo, por último, que mi hijo era el encanto de aquella pobre familia; y cuando aquel hombre llegó en su relato al momento en que perdió á Gabriel.... ¡ah! cuánto se lo agradezco, señora! aquel buen hombre lloró! Era mi hijo ya, me dijo, haga

usted cuenta que era mi hijo, porque yo le hice probar las primeras gotitas de leche, yo lo cuidé y lo mimé con toda mi alma.

—Mas tarde supe, continuó Salomé, que las compañías de maromeros suelen robarse á los niños para enseñarles el oficio; é inquiriendo y recordando fechas, vine á averiguar que la desaparición de Gabriel coincidía con la marcha de la compañía de acróbatas que había estado dando funciones en el pueblo.

—Entonces, todas mis pesquisas se dirigieron á seguir el derrotero de la compañía, y hoy mi vida, señora, es caminar de pueblo en pueblo buscando en las compañías de acróbatas á un hombre que se llame Melquiades, que fué, sin duda alguna, el que se robó á mi hijo.

—¿Pero ha tenido usted posteriormente algunos datos para asegurarlo?

—Sí, señora; supe que un año después de la desaparición de mi hijo, la compañía que había estado en el pueblo presentaba á la espectación pública un niño y una niña

acróbatas, y que el niño podía tener de seis á siete años.

—Hoy, señora, á estas horas debía yo haber hablado ya con el payaso de esta compañía que está aquí trabajando; ya he visto varios payasos, pero ninguno se llama Melquiades, ni ha estado en el pueblo donde nació mi hijo; y quién sabe si este payaso sea el que yo busco. Calcule usted cuál será mi aflicción al verme incomunicada.

—No tenga usted cuidado, interrumpió doña Refugio, que yo haré sus veces; hablaré con ese hombre, y si fuere el que usted busca sabrá usted cuanto sea necesario, porque yo le haré hablar.

—¡Mil gracias, señora! es usted mi angel tutelar! ¡Ay! mi situación no puede ser mas horrible; ya no podré seguir buscando á mi hijo, porque tal vez esté destinada á morir desesperada en una prisión; tiemblo ante los jueces; la palabra justicia me hace estremecer, y creo que todas las gentes leen en mi frente un letrero que revela mi primer delito... ¡Y estar presa, señora, cuan-

do después de diez años he vuelto á oír la voz del hombre á quien amo!... ¡Ay! me pierdo en un mar de conjeturas, de sospechas y de terribles ideas.

—¿Pero será posible que ese hombre sea ladrón?

—No, señora; yo lo juro, es un hombre muy honrado, ha sido mayordomo de una hacienda y lo fian y responden de él personas de suposición y de respeto.

—Entonces ¿por qué teme usted decir su nombre, y por qué él mismo encargó á usted que no lo dijera?

—Esa es una duda que me mata; y cuando llego á pensar que tal vez el despecho ó no sé qué otra causa haya podido inclinarlo á llevar una vida criminal, tiemblo ante esta idea, señora, y me basta vacilar siquiera, para que de mis labios no salga ese nombre que me convertiría en su delatora.

La concurrencia se retiraba en estos momentos de la maroma, y doña Refugio creyó conveniente sustraerse á las miradas de los curiosos, y no llamar la atención de sus

compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.



CAPÍTULO XI.

CAE EN PODER DE LA JUSTICIA
UN PÁJARO DE CUENTA.



la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aún en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo

compañeros de paseo, quienes tendrían abundante pasto para sus habladurías, una vez convencidos que doña Refugio había preferido á la maroma, el hablar con una cómplice y espía de los ladrones.

De manera que, despidiéndose cariñosamente de Salomé, doña Refugio tuvo tiempo de entrar en su habitación y de recogerse sin ser notada.

Salomé se quedó sola sentada en su lecho, y entregada del todo á sus amargas reflexiones.



CAPÍTULO XI.

CAE EN PODER DE LA JUSTICIA
UN PÁJARO DE CUENTA.



la mañana siguiente, Castaños fué el primero que salió de las habitaciones, para respirar el aura matutina, teniendo el indisputable placer de oír el canto de las golondrinas y ver la ordeña, con camisa limpia, pues Castaños no era hombre que descuidara su tocador ni aún en las circunstancias mas difíciles; porque merced á ese refinamiento, según hemos dicho ya, no pasaba día por Castaños; había en la reunión personas que lo

habían conocido con catorce años menos, absolutamente igual á como estaba á la presente.—Castaños «era así».

La curiosidad de Castaños encontraba siempre un objeto en qué fijarse, y esa mañana tuvo algo más que ver, que vacas de ordeña y golondrinas; vió á doña Refugio hablando con un personaje que al pronto no conoció Castaños.

Dejando pendiente su curiosidad, pondremos al tanto al lector, de lo que pasaba entre doña Refugio y el payaso; que no era otro quien en aquellos momentos tenía la palabra.

—Señorita, decía á doña Refugio, me han dicho que tiene usted un negocio conmigo.

—Efectivamente.

—Pues estoy para que usted me mande.

—En primer lugar, ¿me hace usted favor de decirme si es cierto que se llama usted Melquiades?

—Sí, señorita; Melquiades es mi nombre y lo ha sido desde que nací, y estoy bautizado en el pueblo de.....

—Es suficiente, dijo con cierta autoridad doña Refugio y luego continuó:—Supongo que usted en su ejercicio, tiene lo necesario; pero como yo podría hacer á usted un obsequio en caso de que me dijera la verdad en lo que voy á preguntarle, creo que tendría usted la amabilidad de aceptarlo.

—Sí, señorita; y..... puede usted mandar lo que guste.

—Se trata simplemente de averiguar el paradero de un niño, que hará como seis años estuvo en la compañía de que forma usted parte; y en todo caso debo advertir á usted que no le parará en perjuicio cualquiera revelación que pueda usted hacerme sobre el particular, pues no se trata más que de consolar una madre afligida.

—¿Una madre?

—Sí, ese niño tiene madre.

—Nosotros tuvimos un niño, pero no tenía padre ni madre; que es como los necesitamos.

—¿Cómo se llamaba?

—Gabriel.

—Pues el mismo.

—El mismo que?... Pues vea usted, señorita, y yo he de decir la verdad; porque al fin usted es una señorita de respeto, porque... aunque es cierto que nosotros, quiero decir, mi compadre Martínez y yo, tuvimos á Gabriel, pero fué porque él quiso irse con nosotros diciéndonos que no tenía padre ni madre, y el muchacho estaba contento y se le trataba muy bien... ¡Vaya! sobre que yo lo quería como si fuera mi hijo, y nunca se le castigó ni se le hizo nada; pero el muchacho así como vino se fué; y el día menos pensado, adios aprendiz! Y vea usted, señorita, iba saliendo el chico de primera; ¡qué agilidad y qué viveza de criatura! era cosa que ya lo presentábamos en público.

—Pero en fin, ¿usted no ha vuelto á tener noticias de ese niño?

—No, señorita; y lo que es más, no hemos vuelto desde entonces á pensar en eso, porque hay cosas que olvidarlas es lo mejor.

Ya Castaños había llamado á Anita, para comunicarle sus impresiones.

—¿Qué tiene usted que decirme? le preguntó Anita.

—Nada, hija, que vea usted lo que está pasando.

—¿Qué pasa?

—Vea usted hacia el corredor de la izquierda.

—¿Doña Refugio?

—La misma.

—¿Con quién habla ahora?

—Con un personaje que no conozco.

—¡Aguarde! ya sé quien es.

—¿Quién?

—El payaso.

—¡Otra te pego! exclamó Castaños apretándose las narices, para que su risa no fuera una estrepitosa carcajada; ¡el payaso! ¿con que ese es el payaso? ¿pero está usted cierta, hija de mi vida?

—Ciertísima, sí; yo no sé cómo usted no lo ha conocido!

—¡Bravo, bravísimo! Sabe usted, hija

mía, que esta doña Refugio es un personaje muy interesante?

—¡Contrae unas amistades!

—¡Si será doña Refugio demócrata!

—Decididamente se ha propuesto proteger al pueblo; pero no como lo hacen nuestros gobiernos, en masa y por escrito, sino de palabra é individualmente.

—¡Pues no se ha echado encima mala tarea!

—Le aseguro á usted que entre la ladrona y el payaso, no sé á cual ir.

—Ni yo tampoco.

—¿Si querrá hacer feliz también al payaso?

—Y luego que ni lo ha visto trabajar.

—Yo creo que por eso lo protege; porque si lo hubiera visto anoche, es seguro que ese personaje no sería hoy de su devoción.

—Por lo menos á mí me fastidió soberanamente.

—Pero doña Refugio tiene unas tragaderas, que es de temerse que vaya haciendo amistades con los carreteros y con lo peor, en fin, que pueda darse.

—No; yo creo que hay en todo esto un gran misterio, y si nó, ya verá usted como no le hacen nada á la presa.

—Dicen que anoche presencié doña Refugio las primeras diligencias.

—A mí me han dicho que hasta tomó parte en los debates.

—Es muy posible; ya la conoce usted, que por hablar en público y dar su opinión se sale de misa doña Refugio.

Esta anécdota no tardó en circular en forma de secreto entre todas las señoras, y Castaños, por su parte, tuvo ocasión de formarse corrillos á quienes entregar aquella nueva especie, para pasto de la conversación y solaz de los paseantes; porque según el mismo Castaños decía, alguno había de costear la diversión, y doña Refugio estaba llamada á ser la heroína de la crónica en el viaje.

Se había dispuesto dar doble descanso y doble pienso á los animales, y no emprender la marcha para llegar á la hacienda grande sino después del medio día.

Era tal la afluencia de noticias misteriosas que circulaban entre las personas de la comitiva, que Carlos empezó á darles desfavorable interpretación, creyendo que se trataba de su persona.

Redobló su vigilancia, y á pesar del profundo disimulo de Chona y de Salvador, Carlos corroboraba, momento por momento, sus sospechas.

—¡Si todos esos cuchicheos, decía Carlos para sí, tendrán por origen el miserable papel de marido que estoy haciendo!.... ¡Él! ¡Salvador! ¡Salvador traicionarme! pero ya se ve, en París nos reíamos de todo esto; en París proclamábamos en presencia de más de una hermosura, que la felicidad es una quimera y el matrimonio una preocupación; y lo peor es que yo iba adelante, yo comuniqué á Salvador mi filosofía, yo lo induje á no creer en nada, al grado de serle todo indiferente. Qué mucho que ahora practicando mis reglas, me haga su víctima por haber sido su maestro!.... Esto no puede seguir así, voy definitivamente á tener una aclaración

con Salvador.... ¡Qué diablos! es preciso que esto tenga un término.

Se dirigía ya Carlos en busca de Salvador cuando acertó á aparecer don Homobono.

—¡Mi señor don Carlitos amigo! ¡qué le dije á usted!

—¿De qué? preguntó Carlos.

—De mis muchachos.

—No comprendo.

—¡Vaya, señor! pues los muchachos que cortaron ayer á los mañosos. ¿No le dije que los fueron siguiendo?

—Sí, es cierto.

—Pues no volvieron; anduvieron toda la noche, y cogieron dos.

—¿De los de anoche?

—¡Pues no!

—¿Y dónde están?

—Ya vienen; *nomas* mandaron avisar.

—¿Y llegarán aquí á tiempo para que los veamos?

—No, señor, han de haber cortado para la hacienda grande, porque los muchachos han tanteado que no nos encontrarían aquí.

—Tiene usted razón, señor D. Homobono; ellos no pueden saber que hemos diferido la hora de la marcha.

—De manera que en llegando á la hacienda les veremos las caras. Entretanto hay lugar de continuar las primeras diligencias acerca de la espía y ya tendremos adelantado todo eso en la causa, que le aseguro á usted, señor D. Carlitos, que va á estar buena.

Doña Refugio logró ver á Salomé á pesar de la incomunicación.

—¿Qué noticias me dá usted, señora?

—He hablado largamente con ese hombre.

—¿Y es Melquiades?

—El mismo.

—¿Y dijo?

—Dijo que tuvo á Gabriel en su compañía; pero....

—¿Pero qué, señora? ¿qué sucedió?

—Que el niño se les escapó y no lo han vuelto á ver.

—Eso no es cierto, no ha de ser cierto.

—¿Y qué, no había anoche en el circo algún

niño como de diez años, no había ninguno que pudiera ser?....

—No lo sé. Como usted vió, yo no estuve en el circo.

—Pregunte usted, señora, pregunte usted á todos, si había anoche un niño en el circo.

—¡Ah! ¡si fuera mi hijo, si después de tanto tiempo tuviera, al fin, el gusto de verlo, olvidaría todos mis padecimientos!... pero ya usted lo ve, señora, creo que está decretado que he de llorar siempre sin consuelo; porque cuando se comete una falta como la que yo cometí, no se recogen más que dolores todos los días. ¡Ah! ¡qué dichosa es usted, señora! Estoy segura de que usted jamás ha probado esta desazón, porque si ha tenido usted hijos, habrá tenido el gusto de verlos, de amarlos, de verlos crecer recibiendo sus caricias, contemplando sus gracias y siguiendo paso á paso el desarrollo de sus facultades, midiendo los vestiditos y guardando con placer el que ya no le vino. ¡Ah! ¡qué hermoso ha de ser todo eso, porque ver crecer á los niños es lo mismo que ver

abrirse las flores! ¿No es verdad, señora? ¡Y privar á una madre de ese consuelo, hacerle soñar en esa dicha sin alcanzarla jamás, es el mas cruel de los tormentos!

Doña Refugio había estado oyendo á Salomé, primero con atención, y después con enternecimiento, hasta que acabó por apoyar la frente entre las manos y derramar abundantes lágrimas.

—He hecho mal en hablar á usted así, señora, y temo haber abusado de su bondad; pero es tan nuevo para mí encontrar quien tome parte en mis desgracias, que me sentía con deseos de depositar estas tristes confidencias, esos negros secretos en el seno de una persona que supiera comprender á los que lloran.

—Tiene usted razón, Salomé, dijo al cabo de un rato doña Refugio enjugándose las lágrimas; es un consuelo muy dulce tener á quien comunicar uno sus pesares, y por mi parte debo ser leal: la comprendo á usted, no porque sea yo buena, sinó porque también.... sí, no debo ocultárselo á usted, so-

mos hermanas; yo también he llorado como usted, yo también he devorado esas horas amargas de la desolación y de la desgracia.

—¿Usted, señora?

—Sí; sólo que mis dolores están cubiertos con esta careta que es preciso usar en la sociedad.

—¡Apenas puedo creer lo que usted me dice, señora!

—Pues no hay nada mas cierto; y como no quiero engalanarme á los ojos de usted con virtudes que no poseo, no quiero que siga usted atribuyendo el interés que usted me inspira á un rasgo desinteresado de buen corazón, no; me intereso por usted, porque en mi vida hay, por desgracia, algunos puntos de contacto con los pesares de usted.

—¿Es posible?

—Sí, también he sido culpable, y como culpable, desgraciada.

—¡Ah, señora! usted tal vez se calumnia, y es tanto mas sorprendente para mí esa confesión, cuanto que estaba cierta de que

no había en el mundo quien sintiera lo que yo siento!

—¿Por qué creía usted eso?

—Porque sé, porque he visto que hay madres capaces de abandonar, espontáneamente, al hijo de sus entrañas, haciendo al sér indefenso é inocente, la víctima de una falta que no tiene más que una responsable.

—¡Ay! exclamó doña Refugio con profunda amargura, pues yo he sido de esas madres, yo he sido capaz de cometer después de una falta, otra mayor para subsanarla, y obligada por mil gravísimas consideraciones sociales á dar tormento á mi corazón, he sabido disimular mis tormentos y hacer mi papel de mujer feliz en el gran mundo, cuando no merezco más que la desolación y el remordimiento como fruto de un amor tan desgraciado como culpable.

—Yo también he callado muchos años, pero la situación de usted ha hecho en mi ánimo una impresión tan profunda, que he sentido la necesidad de dar libre curso á mis ideas y de hablar, por fin, de lo que tanto tiempo

ha permanecido oculto en el fondo de la mas negra reserva.

Hubo una larga pausa en la que, á la perplejidad de Salomé, se agregaban sólo algunos sollozos íntimos de doña Refugio.

—De hoy en adelante, prorrumpió, arrosstraré con la indignación de los que han creído apreciarme por lo que valgo y tornaré á ser madre; recogeré á mi hijo, lo pondré á mi lado, y afrontaré con la humillación antes que continuar dando á mi corazón esta tortura muda y perenne, para la que se necesita tener un valor que he perdido completamente desde el momento en que he visto representado en usted el mas terrible cuadro de los dolores que he sabido disimular, y que hoy, rebosando en mi alma, me obligan á cambiar de conducta. Usted ha despertado en mí este deseo amortiguado y me ha hecho comprender que, efectivamente, una falta de la naturaleza de la nuestra, trae consigo la mas dolorosa y lenta de las expiaciones.

—Señora.... murmuró Salomé estrechan-

do entre las suyas una de las manos de doña Refugio.

—Sé que desde este momento, dijo ésta, me aprecia usted menos de lo que me apreciaba; he bajado en la estimación de usted, porque no son ya virtudes sinó faltas las que nos ponen en contacto.

—No pretenda usted rebajar el mérito que ha contraído usted á mis ojos; y la misma ingenuidad con que usted me revela sus secretos, correspondiendo á la confianza de una pobre mujer desgraciada como yo, es para mí un título de doble estimación y sobre todo de cariño; porque si la desgracia ha querido unirnos, ésta se hace menos cruel desde el momento en que, pobres desheredadas del placer, nos va á unir un vínculo triste, es cierto, pero no por eso menos íntimo y seguro.

—Es usted muy buena.

—¿Yo señora?

—Sí, y al devolverle á usted estas palabras que usted varias veces me ha dirigido, se las digo sintiéndolas brotar de mi corazón.

—La confesión de usted, señora, contestó Salomé, tiene un mérito de que carece la mía, porque la posición que usted guarda, ni la obligaba á hacerla, ni puede compararse con la de una mujer desgraciada como yo que tocando á las puertas de la miseria, vive como una triste paria entre las gentes.

—¡Ah! yo me siento indemnizada de mis padecimientos porque por primera vez confío mis penas á quien es capaz de comprenderme; siento un placer inmenso al contarle á usted mis amarguras.

—¿Es posible, señora?

—¿Señora? dígame usted amiga.

—Sí, somos amigas y lo seremos siempre.

—Y nos uniremos á nuestros hijos y seremos felices.

—El de usted.... ¿sabe usted dónde está?

—Sí.

—Es usted muy feliz; ¿y vá usted á unirse con él?

—Sí, y en esta resolución usted tiene una parte muy directa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MAY 1925 MONTERREY, N.M.

—¿Yo, por qué?

—Porque ha sabido usted despertar en mi corazón un sentimiento amortiguado á fuerza de disimulo y de falsedades; usted me ha revelado una verdad que me empeñaba en desconocer. ¡Si supiera usted los episodios de mi vida, que se ligan á la desgracia que nos ha unido!

—Va usted á contármelos ¿no es verdad, amiga mía?

—Sí, ¿usted lo quiere?

—Es la sanción de nuestra amistad.

—Bien, pues aún temiendo cansarla le hablaré.

—Vea usted, el centinela se ha dormido y.....

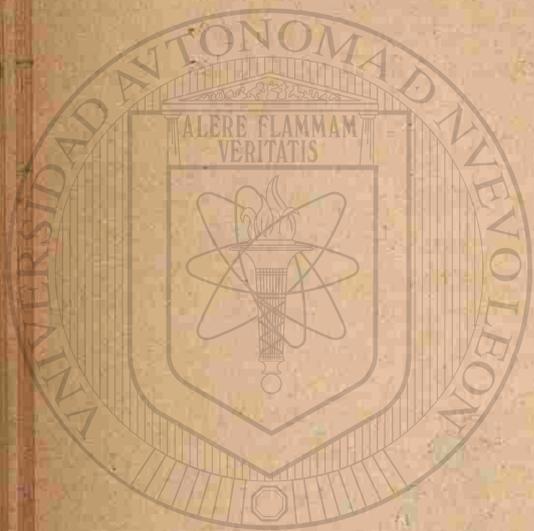
—Efectivamente, debe estar desvelado para dormir tan profundamente, interrumpió doña Refugio, y esto nos proporciona el placer de poder platicar, sentándonos á la orilla de ese arriate, en vez de seguir respirando la atmósfera de este cuarto inmundo, donde ya no se puede vivir.

Había en efecto á corta distancia de la

puerta del calabozo, un hermoso fresno, cuyo pié circundaba una banda circular.

Con suma precaución salieron las dos nuevas amigas del calabozo y se dirigieron al patio, para sentarse en el arriate, quedando á la vez veladas de la vista de los curiosos.





CAPÍTULO XII.

EN EL QUE CONTINÚA EL ASUNTO INICIADO EN EL CAPÍTULO ANTERIOR.

DOÑA Refugio comenzó la narración de su vida de esta manera.

—Vivía yo tranquila en el seno de mi familia, mimada y rodeada de cuantas atenciones y comodidades pueden imaginarse.

—A la edad de diez y ocho años no había yo aprendido más que á despreciar á los hombres, pues el orgullo ha sido el distintivo del carácter de mi familia. ®

—Rica, hermosa y considerada, me pareció que era para mí tan fácil el casarme bien, que desprecié cuantos partidos se me presentaron, y prodigué todo el hielo de mis desprecios, casi sin más razón que la exajerada idea que tenía yo de mi mérito.

—Llegué á los veinte años, y en el círculo de nuestras relaciones, no faltaba tal vez ninguno de los jóvenes que me rodeaban que no hubiese hecho al menos un ensayo para vencer mi aversión á un enlace prematuro; llegué á adquirir fama de esquivia ¿y lo creerá usted? en esto encontraba un placer extraño que saboreaba incesantemente segura de que el día en que quisiera por fin decidirme al matrimonio, podía elegir des-cansadamente entre todos los que me pretendían.

—Alguno de estos contrajo por despecho, un matrimonio en el que es actualmente desgraciado; otros se alejaron corridos y los más se propusieron tratarme con una circunspección que rayaba en extravagancia.

—El casamiento de uno de mis mejores

amigos, me hizo más impresión de lo que yo podía esperar, lo cual me hizo entrar en un nuevo género de ideas. Pensaba que mis desdenes iban á acabar por alejar de mi lado á todos mis amigos, y que al fin tendría que resignarme á vivir aislada.

Entonces me decidí á fijarme, pero ya era tarde; en vano esperaba yo por parte de aquellos hombres, que más me simpatizaban alguna señal de insistencia en sus pretensiones y.... lo diré de una vez, al conocer mi aislamiento tuve que recurrir á esos pequeños recursos, que las mujeres sabemos emplear tan bien cuando se hace necesario; en una palabra, tuve necesidad de ser coqueta; pero ¡ay! entonces la lucha moral que emprendí con mi propia posición fué terrible, porque empecé á recoger desdenes en pago de los míos y comprendí que había equivocado el camino.

Hubo quien me burlara, pagándome mis pasados desprecios con indiferencia y con burlas que me hirieron profundamente.

Mis amigas se casaban y los hombres

huían de mí. A la sazón un joven, el mas joven de todos mis amigos, era el único en quien encontraba buena voluntad hacia mí: yo no lo quería; había más, le tenía aversión; pero una noche en un gran baile, necesitaba yo hacerle ver á cierta persona que aún había quien se acordara de mí, y contraje unas relaciones que me fueron funestas: fui burlada cruelmente y obligada en mi situación difícil á cometer un delito, para el cual tuve por desgracia muchos cómplices.

—Apenas se comprende, dijo Salomé, como hay quien espontáneamente coopere á que se cometan faltas de esa especie.

—Qué quiere usted, la sociedad es inexorable, y por otra parte, se cree que lo mas grave de esas faltas es el escándalo.

—¡Adentro la presa! gritó de repente el centinela.

Aquellas dos mujeres se estremecieron de pies á cabeza.

Los viajeros se disponían ya á seguir la

marcha, los criados iban y venían acomodando bultos, y Castaños y Anita empezaron á comunicar á los demás sus temores de que doña Refugio hubiera desaparecido.

Don Homobono Pérez se encargó de guardar á la presa y mandarla al día siguiente bajo segura custodia al lugar de su destino, para que la causa comenzada siguiera sus trámites de estilo.

Llegó para Salomé el momento mas cruel; iba á despedirse de su única amiga, de la única persona que se había interesado por ella en mucho tiempo.

Tiernísima y larga fué la despedida de aquellas dos mujeres á quienes habían identificado delitos del mismo género, pero cambiándose mútuas promesas y juramentos, se separaron al fin.

Acrecía en estos momentos el rumor de las despedidas, los agradecimientos y los encargos; y esa alegre algarabía que produce una nube de viajeros que emprenden la última jornada, llenos de ilusiones por el deseado arribo.

Salomé, que había vuelto á su calabozo, oía desde el fondo de aquella triste prisión, el rumor alegre de los convidados, el incesante ruido de las herraduras de los caballos en el patio, contrastando con la desolación que amenazaba á la presa que iba á quedar á merced de las consabidas autoridades, partidarias del tormento.

A poco rato, empezaron á desfilar los carruajes, y algunos momentos después, el patio de la hacienda volvió á tomar su ordinario aspecto, y volvió á reinar el silencio mas completo.

Había precedido á la salida de la comitiva un viajero, cuyas piernas estaban acostumbradas á devorar leguas con la facilidad de un camello: este viajero era Angulo, que cargaba á las espaldas su varilla, cubierta con un hule amarillo.

Angulo iba mas preocupado de lo que hubiera podido estarlo un simple vendedor de baratijas, porque, según todos los datos que había recogido, el golpe preparado por Gómez y el Pájaro iba á dar sin duda lugar

á sérios trastornos y consecuencias entre sus amigos.

Angulo conocía las veredas, que es la ciencia del caminante pedestre, y sabía cortar leguas al grado de llegar al lugar de su destino, casi al mismo tiempo que los que iban á caballo ó en carruaje.

Tenía razón Angulo de estar temeroso y preocupado, pues después de media hora de camino, aparecieron á lo lejos algunos ginetes por la falda de una loma, y como dirigiéndose al camino que llevaban los viajeros.

Dos de los criados arrancaron sus caballos hacia el punto por donde venían los ginetes, y este movimiento produjo desde luego la alarma. Carlos mandó parar los coches, y esperaron todos con impaciencia el regreso de los ginetes.

Angulo observaba también en esos momentos, sólo que él lo hacía desde la loma inmediata por donde atravesaba para cortar el camino.

Se percibían á lo lejos como seis bultos,

que poco tiempo después resultaron ser seis ginetes.

Los dos exploradores se juntaron con ellos y los ocho reunidos se dirigieron al lugar en que se había parado la comitiva.

—Son los muchachos de don Homobono, dijo uno de los criados, que traen á un mañoso.

—¡Qué buena vista tienen éstos! exclamó Castaños; yo no distingo nada.

—Y ya *éste*, dijo otro, refiriéndose al criado, dá las señas y relata hasta las costumbres del sexto de esos ginetes que se perciben apenas desde aquí.

Tardaron algún tiempo en llegar aquellos ginetes, y adelantándose uno de ellos hacia donde estaba Carlos, trajo la noticia de que en la refriega de la noche anterior habían logrado atrapar á uno de los compadres, que probablemente era el jefe por lo bien plantado que estaba.

A poco rato se pusieron á la vista de los coches los seis ginetes, de los cuales cinco venían en faz de escolta de seguridad, tra-

yendo en su centro un ginete, que embozado en un zarape saltilleño hasta los ojos, y con el sombrero calado hasta las cejas, no dejaba que se le observara exactamente. Traía unas chaparreras de piel de venado, cerradas con profusión de pequeñas correas que caían á los lados como un fleco abundante: el sombrero de aquel hombre era notablemente rico, pues brillaba á los rayos del sol por lo recamado de oro y plata, y aún se podía notar, si bien se examinaba que á los lados de la copa brillaban algunas piedras preciosas.

El ginete no venía ya en su propio caballo, sinó en uno de los de la escolta, pues á haber estado sobre su arrogante cabalgadura, no hubiera habido piés para seguirlo, ni bala que le hubiera alcanzado en su carrera.

El ginete, por lo tanto, estaba dado, al sentir bajo sus piernas la enclenque armazón de un *pizcle* de hacienda, en vez de experimentar los nerviosos movimientos de su caballo de campaña.

Los soldados de la escolta eran algunos criados de la hacienda de don Homobono Pérez, y todos ellos se habían echado hacia atrás sus grandes sombreros, como para dejar rebosar en sus semblantes la expansiva satisfacción de su hazaña: traían sus armas en las manos, haciendo ostentación de ellas ante el preso desarmado, y al notar aquellos ginetes que eran observados por las señoras que venían en los coches, comenzaron á moverse en sus caballos, con esa ostentación de destreza que constituye la coquetería del jinete mexicano; finjían que aquellos caballitos, tal cual despiertos y ágiles, tenían toda la ley de los grandes caballos de raza, y ya hincándoles las espuelas, ya excitándolos, los hacían caracolear y dispararse, arrancar y rayar, corcobear y tascar el freno con espumosa boca.

Este alarde, que contrastaba con la actitud tranquila y resignada del preso, que había tenido el desdén de no tomar la rienda de su cabalgadura, daba á aquella escena toda la significación necesaria para juzgar,

como en un cuadro, del asunto, por solo el aspecto de las figuras.

Por todas las portezuelas, asomaban las cabezas de las señoras para ver al ladrón, en todos los carruajes se trataba con calor de aquel asunto, y quién se entusiasmaba figurándose el valor de aquellos rancheritos que habían logrado atrapar á aquella fiera de los caminos; quién opinaba por la guillotina; quién por la horca; quién, proclamándose abolicionista, optaba por la penitenciaría, no sin producir cierto escándalo en algunas señoras del régimen antiguo y partidarias acérrimas del asesinato legal.

Algunas señoras, pasada la primera impresión, sentían compasión por el preso y exclamaron «¡pobre hombre!» y quién, en fin, deseaba que llegase el momento de rendir la jornada para ver de cerca á aquel personaje, que causaba tantas emociones entre los viajeros.

Durante todo el camino, el espectáculo del preso fué el pasto de la conversación en todos los carruajes, y la cuestión de la pena

de muerte estuvo largamente á discusión.

Por fin, se avistó la hacienda, situada ventajosamente sobre las ondulaciones de un terreno accidentado, por donde serpeaban arroyuelos y crecían espesas arboledas: parecía que un respaldo de montañas de color azul oscuro, resguardaba aquella pintoresca posesión de los vientos del N. E. Sobre el mismo fondo azul de la montaña, se destacaba, como una garza blanca, la capilla de la hacienda, elegante y moderna construcción dirigida por el hábil ingeniero Santiago Méndez.

El padre González y Chona se asomaban á la portezuela del carruaje para devorar con sus miradas la nueva capilla, de cuya torre se desprendían los sonorosiecos de sus campanas, saludando á los amos.

Ya estaba la comitiva próxima á la calzada que, ornada de árboles, servía de entrada á la finca, y el administrador, con algunos dependientes y convidados venían al encuentro de los viajeros.

Pendían de trecho en trecho, de uno á

otro de los árboles de la calzada, esos grandes flecos vegetales que caracterizan nuestras fiestas de pueblo: los arcos de tule, en fin, salpicados con amarillos *zempatzochiltl* daban un aspecto risueño á la calzada, en cuyo término se distinguía una masa compacta de gente que avanzaba al encuentro de los dueños de la hacienda.

Empezaron á percibirse los ecos de la música y las detonaciones de los cohetes que poblaban el aire en todas direcciones

Toda la atención de los viajeros se concentró en el aspecto risueño que ofrecía la hacienda con su peonada alborozada, con sus músicas chillonas, con sus rancheiros vestidos de gala y con su profusión de arcos, festones, guirnaldas y banderas que por todas partes flotaban, ostentando los vistosos colores de mascadas de la India, de cortinas de la iglesia, de sobrecamas y pañuelos de todos matices y tamaños.

Entretanto, los cinco ginetes que custodiaban al preso habían esquivado la calzada y, haciendo un rodeo, se dirigían á la ha-

UNIVERSIDAD AVT
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMAULIPULCO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
MAY. 1925 MONTERREY, MEXICO

cienda para deshacerse pronto de aquella carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguía cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura, que caminaba también con la cabeza caída, como animal de recua, ó como si también para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.



CAPÍTULO XIII.

EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD
DE UN CERTIFICADO
PEDIDO Á TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorrumpían en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestación del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenía un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.

cienda para deshacerse pronto de aquella carga embarazosa y entregarse á sus anchas á los regocijos de la fiesta.

El preso, por su parte, seguía cabizbajo y preocupado sin tomar las riendas de su cabalgadura, que caminaba también con la cabeza caída, como animal de recua, ó como si también para el caballo fuese carga poco lisonjera la de aquella especie de fiera vestida de plata.



CAPÍTULO XIII.

EN EL QUE SE CONOCE LA UTILIDAD
DE UN CERTIFICADO
PEDIDO Á TIEMPO.

INDESCRIBIBLE fué el regocijo de los paseantes, que prorrumpían en gritos de sorpresa y de alegría á cada accidente, á cada manifestación del aprecio con que eran recibidos.

La casa de la hacienda, recientemente reedificada, tenía un aspecto de alegría á la vez que de magnificencia, que convidaba con sus mil comodidades á habitar en ella.

Grandes patios cercados por amplios corredores; espaciosas habitaciones antiguas en las cuales se notaba todavía alguna que otra puerta, cuya parte alta ostentaba la forma de una gran concha, y en otras un frontispicio en donde estuvieron esculpidas las armas de España entre dos ángeles de piedra sin narices y sin manos, pero atestiguando con sus menoscabadas formas la veneración de los antiguos poseedores por su rey y señor.

Carlos había querido conservar aquellos vestigios, que patentizaban la antigüedad y nobleza de los ascendientes de Chona, de manera que aún había poyos revestidos con azulejos, cocina con brasero, y lavaderos de estilo monástico, baño en forma de *placer* y otra porción de recuerdos, que no había sido dado á la mano del arquitecto trocar por otra construcción.

Había una sala decorada al estilo moderno, aunque con los muebles desechados de la casa de México por ser de menos gusto que los actuales; pero en algunas piezas

permanecían aún los sillones de caoba maciza con asientos de baqueta, las pantallas formadas con trozos de espejo, las mesas de bálamo con patas de león y goteras de ondas, algunos grandes cuadros pintados al óleo, ennegrecidos por el tiempo y colocados todavía en sus primitivos marcos de madera tallada de estilo churrigueresco.

Había también algunas astas de venado que recordaban las cacerías, no con trompetas ni con trahillas, sino los solaces poco ostentosos de los antiguos dueños, á la acertada puntería del niño grande de la hacienda, que había matado su venado en sus primeras vacaciones hacía muchos años.

Todo fué objeto de estudio y de curiosidad para las visitas, quienes por todas partes encontraban objetos raros en que fijarse y que cada cual comentaba á su manera.

Castaños y Anita, que como sabemos eran muy curiosos, representaban netamente esa parte de nuestra sociedad que, cogida por la red de una ignorancia supina, ha sabido adquirir cierto aire de suficiencia, y cierto

aplomo para la mas necia crítica; y poniéndose sobre todo lo que la rodea, se convierte en censura perenne de cuanto se le pone delante.

Estos entes son refractarios á todas las impresiones de lo maravilloso y de lo grande; nunca se conmueven, y son fríos por cálculo más que por temperamento: temiendo siempre elogiar una barbaridad, se rien de lo que no es risible, y no elogian sinó después de haber pillado su opinión á personas que les merecen crédito.

Castaños y Anita «eran así.»

Para Castaños era malo todo lo de México y sublime todo lo de Europa, en cuyos países creía de buena fé que no había más que maravillas, y para cuyo progreso tenía Castaños unas tragaderas, que daban por cosa olvidada la navegación aérea, y todas las hipótesis y las aspiraciones de la ciencia.

Castaños «era así.»

Anita era su eco, y Castaños era el oráculo de aquella mujer llena de suficiencia y

de una ignorancia incorregible, porque á su vez también Anita «era así.»

Se rieron los dos de los sillones y de los azulejos, y creyeron que todo aquello eran lunares de la casa.

Los filarmónicos, apenas se hubieron lavado las manos, se apoderaron del piano, que estaba acabado de afinar.

Castaños exclamó con énfasis:

—¡Qué desafinados están los tiples!

—Está el piano insoportable, repitió Anita.

Esto lo estaba diciendo delante de un señor enjuto de carnes y de grandes orejas, que tenía en la mano la llave de las clavijas del piano y á quien se había obligado á adelantarse á los viajeros, con el exclusivo objeto de afinar el piano.

—Ha quedado usted perfectamente, señor Villavazo, le dijo al afinador uno de los filarmónicos, cuando acabó de ejecutar una pieza de Aniceto Ortega.

—¡Qué bárbaro! dijo Castaños al paño á Anita.

—¿Lo oyó usted?

—Sí.

—¡Y así se llaman filarmónicos estos hombres!

—En Europa no hubiera sido esto tolerable, hubieran llevado al afinador ante los tribunales.

—¡Lástima de dinero! exclamó Anita fingiendo que la risa no la dejaba ni hablar.

Todo lo cual no tenía otra explicación sinó que Anita y Castaños «eran así.»

Pasadas las primeras impresiones del recibimiento y del examen de la casa, vino á poner en movimiento y observación á aquellas gentes, la circunstancia de haber entrado al patio de la hacienda, los ginetes que traían preso al ladrón.

La mayor parte de los concurrentes salieron á los corredores, para ver de cerca al bandido; algunas niñas pusilánimes corrieron á esconderse como si hubieran anunciado la aparición de un tigre, y Carlos, conociendo que aquella escena podría cambiar en disgusto la alegría de sus convidados, llamó á uno de los de la escolta y le dijo:

—¿Quién ha dado á ustedes orden de traer aquí al preso?

—*Pos* nosotros dijimos, señor amo, que aquí debíamos traerlo.

—¿Aquí, para qué?

—*Pos* el amo don Homobono, nos mandó decir que á la hacienda grande.

—Bien está, pero el reo vendrá consignado á alguna autoridad.

—En eso, señor amo, nosotros no sabemos y su merced dirá.

—Será bueno, agregó el administrador, que se lleven á este hombre ante la autoridad.

—*Pos* como sus mercedes dispongan, dijo el ginete que sostenía su sombrero con la mano derecha, á corta distancia de la cabeza.

Entretanto el reo había fijado una mirada escudriñadora al administrador y á Carlos, y luego bajándose violentamente el embozo del jorongo que le cubría toda la cara, saltó del caballo y, casi de un salto, y apesar de la escolta, estuvo frente á Carlos.

Este salto acabó de desmoralizar á los espectadores tímidos, que creyeron ver en él una agresión, y hasta Castaños retrocedió dos pasos.

Permaneció el bandido unos cortos momentos frente á Carlos, fijándole aún la vista y en seguida se descubrió quitándose su rico sombrero.

—¡Será cierto! exclamó el administrador.

—Sí, señor; es cierto, soy yo: dijo el bandido.

—¡José María Gómez! exclamó de nuevo el administrador.

—El mismo, para servir á usted; dijo Gómez dejando vagar en sus labios una sonrisa, que bien podía interpretarse como el signo de una perfecta tranquilidad.

—¿Gómez? repitió Carlos, no pudiendo dar crédito á lo que estaba viendo.

Gómez tendía la mano al administrador y éste vacilaba en aceptarla.

—Puede usted tomarla con confianza, señor administrador; soy José María Gómez,

su amigo de usted y que respeta al amo todavía.

El administrador aceptó la mano de Gómez.

Los curiosos se habían ido acercando poco á poco.

—¿Pero usted, Gómez?... dijo de nuevo el administrador, usted....

—Qué quiere usted señor, á todo el mundo le puede suceder una desgracia. Yo venía caminando solo, acordándome del amo, y como se decía por donde quiera que venían los amos, y como hace tanto tiempo que no los veo, dije, pues voy á saludar á los patronos, y á ver cómo están de salud.

—Entonces..... interrumpió Carlos.

—Entonces estos señores, dijo Gómez señalando la escolta, me marcaron el alto; y como el que nada debe, nada teme, me paré.—Eché pié á tierra.—Adios ¿y por qué? les dije.—Ya lo sabrá con la justicia.—¿Y yo de qué?—Jale por ahí—me dijeron, y jalé.—Pero oiga, amigo, le dije al de la escolta, y usted por qué me lleva? y el

señor me dijo que porque habían robado anoche, y que el juez mandaba que aprehendieran á todos; y dije: pues vaya, al fin voy *pa* la hacienda grande, pos nos iremos juntos.—A ver las armas, me dijo otro.—Adios, pos qué les he de hacer, les dije, y con perdón de usted, me dijeron una mala razón—y yo, la verdad, como estaban de *á bola* y metiendo luego los caballos y poniéndome las armas en la cara, dije, pues vamos, que al fin el amo me conoce y está satisfecho de mi persona; y dije, *pos* en llegando cuando no me sueltan; *pos* dónde mejor hemos de ir que á la hacienda grande ¡vaya! pues allá es como mi casa.....

Carlos estaba perplejo.

—¿A dónde aprehendieron al señor? preguntó Carlos al de la escolta.

—Pues bajando la loma.

—¿Iba solo?

—Pos solo y su alma.

—¿Quiere decir que á ustedes no les consta que la persona que traen, es de los que atacaron anoche los coches?

—Pues eso yo creo que lo averiguarán en el juzgado.

—¿Pero entre ustedes, insistió Carlos, no hay quién haya presenciado....

—En cuanto á testigos, dijo el de la escolta, pos la verdad no le diré á su merced que los haya, pero como el señor venía por la loma...

—¿Y qué? le preguntó Gómez acompañando á la palabra una mirada fija á su interlocutor.

—Nada, señor; sinó que como el señor iba y no.... pues como no lo conocen por aquí.

—Es que yo conozco al señor, dijo el administrador en tono que empezaba á tener el carácter de reconvención.

El ginete de la escolta se encogió de hombros.

—Sus mercedes dirán si, á pesar de la equivocación, hemos de ir á ver al juez.

Carlos y el administrador se vieron como consultándose y al fin Carlos dijo:

—En fin, por mi parte no puedo creer

que Gómez, en el tiempo que hace que no viene por aquí, haya cambiado de conducta, y ya usted ve, continuó dirigiéndose al administrador, ya usted ve que Gómez ha sido sentido por nosotros, porque nos consta su honradez.

—¡Ah! en cuanto á eso, dijo el administrador, yo dudaba al pronto de que fuera el mismo.

—Cabalmente, dijo Gómez, traigo la carta del amo que me la eché en la bolsa, para manifestarle que siempre me acuerdo de sus favores.

Gómez sacó su carta de una pequeña cartera que ocultaba en el sombrero.

Ante aquella prueba, desaparecieron las dudas de Carlos y el administrador.

Carlos se dirigió entonces á las personas que le rodeaban y les dijo:

—Señores, parece fuera de toda duda que estos muchachos han cometido una equivocación aprehendiendo al señor, que es José María Gómez, persona cuya honradez nos consta por haberla probado en mil oca-

siones en esta propia finca, de la que ha sido mayordomo.

Una estrepitosa carcajada de Castaños acabó con la ambigüedad de aquella escena y desde el momento en que se trató de reírse, no hubo ya quien siquiera vacilara acerca de que aquel señor Gómez había sido simplemente víctima de una equivocación.

—¿Qué sucedió, preguntaban por todas partes.

—Nada, ha sido un chasco.

—Por qué?

—Pues si es Gómez.

—¿Quién es Gómez?

—Ese señor.

—¿El ladrón?

—Cállese usted, hombre, si no es ladrón, es una persona honrada que ha estado empleada en la hacienda y lo conoce el señor D. Carlos.

—¿Es posible?

—Sí, señor.

—¡Vaya un chasco!

—Á la verdad, pesado.

—¿Con que es Gómez?

—Gómez, el mismo.

—¿Ya sabe usted?

—¿Qué, no es ladrón?

—No, es Gómez.

—¡Ah! ¿pues sabe usted que es un gregorito?

Estas y otra multitud de voces, circulaban por todas partes, entre las risas y la sorpresa de los convidados.

—Pueden retirarse, dijo al fin Carlos á la escolta.

El que había sido interpelado, se apresuró á entregar á Gómez su caballo; otro le volvió su pistola, el de más allá su cuarta y su reata y otro sus espuelas y su espada.

—Vaya, amigos, Dios se lo pague y con su permiso, patrón, dijo en un paréntesis, dirigiéndose á Carlos; ahí están esos medios para que se los tomen de vino.

Y metiendo mano á la honda bolsa de sus calzoneras, entregó al primero de sus guardianes una suma como de doce pesos.

El administrador repuesto de su primera

sorpresa, tendió sus brazos á Gómez y se abrazaron.

Carlos se había separado de Gómez, para hablar con sus convidados.

—¿Qué pasa? le preguntaban algunos.

—¿Qué hay?

—¿Quién es?

—Es José María Gómez, un hombre muy honrado que ha sido mayordomo de la hacienda.

Entretanto habían rodeado á Gómez algunos de los sirvientes que lo habían reconocido, y los convidados comenzaron á dispersarse, dirigiéndose á sus respectivas habitaciones.

—Señor don Carlos, dijo Castaños tomando un tono grave y hablando muy bajo. ¿Está usted seguro de que ese hombre es efectivamente José María Gómez, y el mismo que fué dependiente de la casa?

—Sí, señor Castaños, contestó Carlos, y estoy enteramente seguro de su honradez; sobre que no hemos vuelto á tener otro dependiente mejor que Gómez.

—Es que..... decía yo, que pudiera no ser el mismo.

—Sobre que trae la misma carta firmada por mí y que le dí cuando se separó de mi casa.

—Yo extraño, insistió Castaños, que estos muchachos que lo atraparon, hayan podido padecer una equivocación tan punible.

—Nada mas fácil.

—Es que ellos conocen más que nosotros á esa gente.

—Vea usted, Castaños, el traje, el buen caballo que trae Gómez, y el ser desconocido de los criados de don Homobono, son motivos suficientes para explicarse la equivocación; además, esto pasaba en momentos en que estos muchachos tenían empeño en quedar bien con nosotros: esta es otra circunstancia que disculpa el error: tal vez, señor Castaños, los mismos muchachos lo han aprehendido á sabiendas de que es inocente.

—Precisamente en eso me fundo para

creer, que acaso la equivocación está mas bien de nuestra parte.

—¿Por qué?

—¿Vé usted aquel criado que habla con otros dos?

—Sí.

—Pues á ese le acabo de oír decir, que está seguro de que el tal don José María Gómez, es un ladrón de cuenta.

—¿Es posible?

—Sí, señor don Carlos.

—No lo crea usted, yo conozco bien á Gómez; sólo que últimamente haya dado en malearse.... en fin, veremos.

—En todo caso será conveniente que hable usted con ese criado, y tal vez de sus aseveraciones se pueda deducir la verdad.

—En efecto, y aun cuando no sea sinó por una simple precaución, le daré á usted gusto, señor Castaños.

Carlos enseguida mandó llamar al criado que le había indicado Castaños, y se retiró para hablar con él á solas.

Poco á poco fué despejándose el patio y

ya sólo quedaban en él algunos criados, cuando se pudo notar que Gómez, no muy lejos de un grupo de peones, hablaba con un varillero.

—Un par de mancuernas, lápices, cortaplumas, tijeras muy finas, decía en voz chillona el varillero, y luego agregaba bajando la voz, y enseñando á Gómez algún objeto: Aquí lo entregan, patrón. [Plumas de acero, llaves para relojes.] [Yo sé lo que le digo sáquese pronto.] Cerillos del ruido y del silencio, un par de ligas para la señorita.

Gómez, disimulando, fingía reconocer los objetos que le mostraba el varillero, y cada vez que tenía que decirle algo, se inclinaba hacia la vidriera del cajón de las chácharas.

—Ya saben lo del muchacho en la otra hacienda y hay exhorto. [Navajas de afeitar patroncito.]

—¿Y saben dónde está? preguntó Gomez.

—[No, patrón;] Unas tijeras [pero saben que usted y el Pájaro...] son muy finas, patrón.

—¡Adios! ¿Y cómo lo saben?

—Es lo menos, veinte reales; [Pues como siempre cogieron á Celso...] Son de cuatro hojas, señor amo.

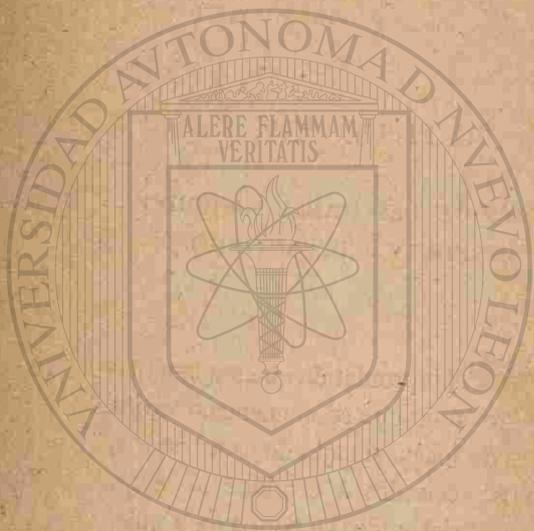
—¿Qué de veras?

—Eso nos cuestan y no ganamos nada. [¿Pues no? si por eso vine;] Es lo menos, patrón. [yo sé lo que le digo; sáquese.]

—Espéreme por ahí.

Gómez dió algunas monedas al varillero, fingiendo que se guardaba algunos objetos, y se dirigió con paso firme hacia el lugar por donde había desaparecido Carlos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



CAPÍTULO XIV.

DE LO QUE LES HABÍA SUCEDIDO
Á GABRIEL Y Á D. SANTIAGO.

POR comprometida que sea la situación en que se encuentran varios de los personajes de esta historia, nos vemos precisados á conducir al lector cerca de Gabriel y de D. Santiago, á quienes hemos dejado hace tiempo en situación no menos difícil y angustiosa.

No pudo calcular el pobre niño el tiempo que transcurriría desde el momento en que la luz de la aurora hirió sus pupilas al través de sus párpados cerrados.

Después de aquel momento, la penumbra rojiza, que creía tener delante de sus ojos, fué obscureciéndose poco á poco, como si un círculo de plomo hubiera ido ensanchándose hacia la circunferencia, y estrechándose hacia el centro, hasta terminar en un punto que se extinguió por fin.

Un rumor parecido al de la mar lejana, fué creciendo por instantes, hasta semejar-se al bramido del torrente: el niño atravesaba la región del ruido, como si al desprenderse del mundo tuviera que pasar por mundos intermedios hasta perderse en el infinito.

A la luz, habían sucedido las tinieblas: al ruido, debía seguir el silencio.

El dolor, en tanto, clavaba su aguijón en el niño indefenso: la conciencia vaga de su situación se hacía sensible por la punzada aguda de sus sienes, y por la estrangulación de sus extremidades; y como si los mazos y los yunques de sus oídos tomaran dimensiones colosales, golpeaban con furor, produciendo una sucesión de estrépitos ina-

guantables, que terminaron en un colosal gemido parecido al que produce el pito de una locomotora; este gemido fué haciéndose agudo, como si el ruido mismo hubiera estado sometido á la presión de una atmósfera de plomo.

Sucesivamente iba disminuyendo en gravedad y en intensidad el chirrido, que iba siendo gradualmente como un silbo; después, como el vuelo de un insecto; luego, como un soplo imperceptible, que se perdió en la región pavorosa del silencio....

No supo Gabriel qué tiempo transcurrió desde el momento que acabamos de describir, hasta aquél en que volvió á este mundo, como el cadáver que sale del sepulcro en cuya eternidad perdió la idea del tiempo.

La vida, abriéndose paso entre las tinieblas y la nada en que se había sumerjido, asomaba de nuevo, como uno de esos pequeños insectos que triunfan de un montón de tierra que les cayó encima.

La reminiscencia, la vida, el primer albor mental volvían á alentar dentro de aquel

cráneo, cuyas vísceras habían estado expuestas á ser destruídas para siempre.

Parecía que ese huésped que se llama «el alma,» volvía á su hogar después del cataclismo.

Era como el colono que vuelve á contemplar las ruínas de su casa, después del huracán.

Era una alma que iba á emigrar y se volvía arrepentida de emprender tan largo viaje.

Gabriel vivía.

Vivían sus padres.

Vivía la justicia de Dios.

En este despertar, la materia estaba marchita, como la planta cuya vida, que es la sávia interior, lucha en las células para reorganizar al individuo.

Gabriel no sentía aún: el colono iba entrando sin saber si podría vivir allí.

Si la planta arrancada de su tallo pudiera hablar, exclamaría como Gabriel esta sola palabra:

—¡Agua!

Esta voz salió casi sin aire de los pulmones de Gabriel y en seguida sintió, como si en los gases del agua viniera el complemento de la vida, que al tocar sus labios resecos los bordes de una taza fría, se difundía por todo su cuerpo una savia vivificadora.

Gabriel bebió con el placer de la resurrección y tuvo la conciencia de sí mismo.

Los generadores del mundo físico, los gases, ejecutaban sus maravillosos consorcios, sus sabias combinaciones y engendran la sensibilidad y el movimiento.

Resultaba cierta beatitud de aquel despertar; había no sabemos qué voluptuosidad en aquel regreso: la vida volvía haciéndose sentir como un placer.

Gabriel era una máquina que comenzaba su segunda prueba, después de subsanado un dislocamiento.

Todavía Gabriel no participaba del vigor que se necesita, para que el dolor entrara á ser el testimonio irrefragable de la vida.

La vida de Gabriel empezaba como todas, gozando. Hubiera deseado padecer.

Estaba circunvalado Gabriel por las paredes de un recinto en donde el oxígeno no era precisamente lo que más abundara: en lugar de este soplo de Dios, había sulfídrico y carbónico, implacables enemigos de la vida.

El pecho de Gabriel ondulaba con cierta fatiga tormentosa.

—¡Aire! hubiera dicho un hombre entendido, pero al lado de Gabriel no estaba sino una especie de momia dormitando: era una vieja medio idiota, incapaz de ocuparse en cuestiones de atmósfera.

Pero Gabriel tenía un ángel, supuesto que una mano desconocida le había salvado.

El ángel abrió un postigo, y por allí entró con la luz en un torrente de vida.

Gabriel aspiró el aire; y se dibujó una sonrisa de placer en sus labios.

Abrió los ojos. Ya estaba allí la luz; la luz era un pedazo de cielo azul.

—¡Más luz! murmuró Gabriel.

La momia se incorporó como movida por un resorte, y fijando una mirada de reptil en el niño, dijo:

—¿Y para qué quieres la luz, acaso te sirve para algo? ¿no ves que se ha abierto la ventana?

Gabriel fijó la vista en el azul del cielo y no contestó.

—Voy á avisar que has resucitado; porque me parece que de esta no te vas, y eso es porque tienes el cuero duro. Cuidado como te levantas; dado el caso que pudieras hacerlo.

La vieja salió de aquel tabuco, y cerrando la puerta tras de sí, se la oyó por algún tiempo hacer ruido con la llave en la cerradura.

Gabriel no se había movido, porque al volver en sí, no se había acordado de su cuerpo. Reconoció con la mirada aquella habitación.

Contempló sobre su cabeza una serie de vigas ennegrecidas; hacia su derecha una pequeña ventana alta; á sus piés la puerta por donde había salido la vieja; á su derecha se levantaba una pared de adobes carcomida y ensalitrada.

—¿En dónde estoy? pensó Gabriel. ¡Ah! ya no estoy atado al tronco! ¡Gracias, Dios mío! estoy en una cama.

Siento aún el lazo que está quebrantando mis huesos.... sigo atado. ¡Ay! si pudiera moverme.

Y probó á mover un brazo; y experimentó una violenta impresión de alegría al conocer que podía hacer uso de sus movimientos.

No había salido aún Gabriel de su perplejidad, cuando volvió á abrirse la puerta y aparecieron la vieja y otro personaje.

El niño reconoció bien pronto las facciones de su verdugo y experimentó un estremecimiento de terror.

José María Gómez se puso á contemplar á su víctima.

—Ya lo estás viendo, dijo la vieja dirigiéndose á Gómez, si no ha sido por mí, este muchacho se hubiera muerto.

—Adios ¿pues qué le has hecho?

—¿Qué le he hecho? pues acaso será el primer muerto que resucita ¡vaya! en el pue-

blo me decían la resucita-muertos, y si no he hecho otras curaciones, es porque tiene uno que estar cuidando de otras cosas.

—¿Pero con qué recordó?

—Adios ¿pues qué crees que no estaba más que dormido? estaba muerto, José María, yo sé lo que digo, estaba muerto.

—Bueno ¿pero qué le hizo?

—Pues en primer lugar lo jalamos hasta que le tronaran los huesos, para componérselos.

—¡Adios!

—Como te lo digo, todito estaba descoyuntado; luego lo rociamos con una medicina que yo uso y le dimos recio en todo el cuerpo con un costal y lo arropamos hasta que sudó.

—¿Y ya puede hablar?

—¡Vaya! con que me dijo que quería más luz.

—¿Y por eso abriste la ventana?

—Yo, nó: el aire.

—¿Y puede andar?

—¡Adios! pues tú si que..... Lo menos en cuatro días no podrá menearse.

—¡A ver, amigo! dijo José María Gómez, haga por levantarse.

Gabriel levantó un poco la cabeza, iba á hacer un esfuerzo para incorporarse, pero no pudo.

—Lo ayudaremos, dijo Gómez.

Y tomó al niño por los hombros, obligándolo á sentarse.

Gabriel sintió un dolor agudo y en seguida un desvanecimiento.

—Míralo, dijo la vieja, no puede, yo le daré su atole, para que cobre fuerzas, y dentro de cuatro días, vienes para que te lo entregue.

—¿Y para entónces podrá andar?

—Yo creeré que sí.

—Pero cuidado! dijo Gómez á Gabriel que estaba desmayado, cuidado como te haces el mañoso por no caminar; lo que tienes más que todo es taimado, pero te compondrás conmigo.

Esto lo oyó apenas Gabriel, y no quiso moverse.

Gómez salió de aquella horrible habitación y Gabriel volvió á quedar al cuidado de su enfermera.

Después de un rato, el enfermo tomó unos tragos de atole, alimento que la enfermera ministró á Gabriel varias veces durante todo aquel día.

Un sueño regenerador y tranquilo sucedió al alimento, y el enfermo comenzó á rehacerse poco á poco.

Cuando Gabriel pudo hablar, preguntó á su enfermera.

—¿En dónde estoy?

—En mi casa, pues dónde has de estar!

—¿Y mi padre?

—Que sé yo de tu padre, ni sé si lo tienes.

—El señor don Santiago.

—No lo conozco.

—Veníamos juntos.

—Oiga.... entónces....

—¿En dónde cree usted que pueda estar?

- ¿Con que venían juntos?
—Sí.
—¿Y luego?
—Nos asaltaron.
—Ya sé, que ibas á matar al señor.
—¿Qué señor?
—Al que estuvo aquí.
—¿Al ladrón?
—¿Ladrón? ¿qué le sabes? ¡Habrase visto! ¿es qué ladrón? ¿Pues no lo ves, muchacho grosero, que es una persona?...
—Sí; pero él fué quien...
—¡Mientes! gritó la vieja, incomodándose.
—No se enoje usted, señora, dijo Gabriel; á pesar de todo, no le guardo rencor.
—¡Ni tienes por qué!
—En cuanto á eso, puede ser que tenga; ¿pero lo creerá usted, señora, ese hombre me simpatiza; ¡ya se ve, es el primer!...
—¿El primer, qué?
Gabriel iba á repetir la palabra *ladrón*;
—Pues... es el primer hombre que yo veo así... en el camino, y si bien es cierto

- que disparé mi pistola, pero me alegro de no haberlo herido.
—Sí, alégrate; porque te hubiera matado.
—¿Sí?
—¡Vaya! si tiene muy mal genio.
—Pues cuando quiso levantarme para que me sentara, se lo agradecí mucho.
—¡Oiga!
—Sí; y desde ese momento ya no lo aborrezco.
—¿Y por qué lo habías de aborrecer antes?
Gabriel guardó silencio, pero al fin contestó:
—Por nada.
Y al cabo de un rato, dijo:
—¿Si usted me dijera en dónde está mi padre?...
—¿Qué?
—Que á usted también la querría mucho, porque me haría un favor muy grande.
—Pues lo siento, porque yo no sé nada.
—Pero puede usted preguntar.
—¿Yo?

—Sí. ¿Por qué no?

—Tú no conoces al señor; me mataría.

—¿Por eso, nada más?

—Por menos lo hace; ya te he dicho que tiene muy mal genio.

—Pues no se lo pregunte usted á él.

—¿Pues á quién?

—A todos; á quienes usted quiera; pero yo quiero saber lo que ha sucedido con mi padre.

—¿Tiene mucho dinero tu padre?

—Creo que no; al menos, yo no se lo he visto nunca.

—Pues si tuviera mucho dinero, bien le podía dar algo al que le dijera donde estás tú.

—Ya se vé que sí le daría, porque mi padre me quiere mucho.

—Pues yo creo que eso será lo que haga, porque si no sirve el dinero para estos casos, ¿para cuándo, entonces?

Al día siguiente, se presentó otra vez Gómez en el tabuco.

—¿Qué hay, amigo! dijo al entrar, ya nos vamos.

—¿A dónde?

—¿Y cree que se lo voy á decir?

—¿En dónde está mi padre?

—¡Otra! ¿Y qué le importa?

—Es mi padre, contestó Gabriel con energía, y pregunto por él. Yo quiero saber si le ha sucedido algo.

—¿Y qué con que le suceda, pues acaso lo puede remediar?

—Quién sabe.

—¡Adios del muchacho!

—¿Dígame usted, por favor, en dónde está mi padre? ¿dígame usted siquiera que está bueno?

Gómez se quedó pensando y sintió á su pesar, algo á favor del niño, y dijo:

—Pues ya lo verá, no se apure tanto.

—¿Lo verá? ¿es cierto que lo verá? Pues vamos, aunque no pueda yo andar de prisa, iré poco á poco; pero iré.

—Sí; pero eso, depende de él.

—¿Por qué?

—Pues no quiere darnos unos medios que necesitamos.

—Mi padre es muy bueno, y les dará á ustedes todo lo que tenga; yo sé que es capaz de todo por tal de verme.

—Eso no es cierto, porque no quiere prestarnos esos medios.

—Será mucho y no lo tendrá.

—No, no es mucho; todavía le queda bastante.

—Pues si yo le ruego, les hará á ustedes el favor que le piden; pues aunque se quede sin nada, yo trabajaré para mantenerlo; pero para eso es necesario ir á México.

Ya Gabriel estaba sentado sobre un *huacal* que le servía de silla, y había ensayado á dar algunos pasos por la habitación.

—Vaya, dijo Gómez, ya mañana podrá andar, le traeré su caballito y en la noche nos vamos á ver á su papá.

—¡Gracias, señor; muchas gracias! exclamó Gabriel en el colmo de la ternura, y pretendió tomar una de las manos de Gómez para acariciarla.

Gómez se estremeció al contacto de las manos de Gabriel y retiró las suyas.

—¡Diablo de muchacho! pues va á hacer que uno no se enoje con él por nada.

—¡Vaya! dijo la vieja, con que yo tampoco me he podido enojar...

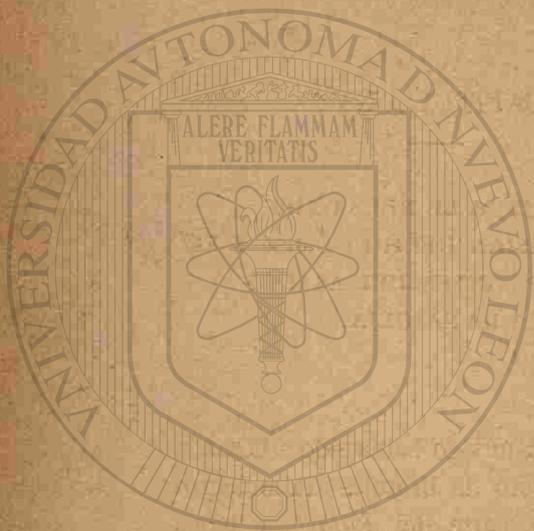
—Es medio *barbero*.

—¡Pues no!

—Con que, prevenido, mi amigote, dijo por último Gómez saliendo de la habitación.

La esperanza reanimó á Gabriel hasta el punto de sentirse capaz de emprender el viaje que se proyectaba; é ingenuamente creía que debía estar agradecido á Gómez, por quien cada vez sentía un simpatía mas viva.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XV.

CONTINÚA EL RELATO DE
LO QUE HABÍAN HECHO GÓMEZ Y EL
PÁJARO, ANTES DEL ASALTO
Á LA FAMILIA.

DON Santiago había sido á la sazón objeto de brutales tratamientos por parte del *Pájaro*, y había pasado ya por las mas crueles angustias y zozobras.

Ignoraba absolutamente la suerte de Gabriel, y se entregaba sin cesar, á las mas negras cavilaciones y conjeturas.

El *Pájaro*, en su calidad de guardián de

don Santiago, había puesto todos los medios posibles para hacerle insoportable su situación. Al Pájaro, solían sustituirlo dos hombres de la cuadrilla, mucho mas mal encarados é incommunicativos que el mismo Pájaro.

Algunas veces estuvo á punto don Santiago de exponer el todo por el todo; y contemplando á su carcelero, medía sus fuerzas, estudiando la manera de iniciar una lucha, una sorpresa ó una celada; pero nunca pudo resolverse, porque no encontró ninguna oportunidad favorable.

Sus guardianes no le perdían movimiento, y varias noches le obligaron á pasársela sentado en una pequeña grieta de las peñas que formaban la cueva.

En vano procuró seducir á sus carceleros, aquellos hombres eran inflexibles y parecían obedecer al absoluto dueño de sus acciones y su vida.

Los compañeros de Gómez y el Pájaro en el asalto á don Santiago, que como recordará el lector habían corrido en segui-

miento de los criados de éste, habían acabado por perder, tanto á sus perseguidos como á sus compañeros; y sólo después de muchas pesquisas lograron, al día siguiente, encontrar la guarida del Pájaro, que era una de las cuevas, que en casos extremos, le servía de refugio y de guarida.

La noticia del plagio de don Santiago no tardó en propalarse por todos los contornos pues los criados al llegar al pueblo pusieron en alarma á los vecinos y á las autoridades, quienes, desde luego, armaron alguna gente y emprendieron la persecución de los malhechores.

Pero Gómez y el Pájaro, que preveían este resultado, habían tomado una dirección opuesta al lugar del asalto, trasponiendo montañas y abriéndose paso por lugares casi inaccesibles, pues según ellos mismos dijeron, lo que más importaba era ganar monte.

El Pájaro, conociendo la situación, determinó ocultar por un tiempo indefinido á sus plagiados, con objeto de que mientras D. Santiago y Gabriel estaban custodiados

y en lugar seguro, los autores de aquel crimen se presentaran en algunos lugares en que eran bastante conocidos para *preparar la coartada*, según el Pájaro decía.

En efecto, la *coartada* era un procedimiento en que el Pájaro era diestro.

Preparaba un robo, tendía todos los hilos, lo dirigía, lo mandaba ejecutar, y á la hora en que debía verificarse, emprendía una riña en lugar en que alguna autoridad pudiera atraparlo.

De manera que al ser acusado el Pájaro por el robo cometido, había siempre una autoridad que pudiera prestar entera fé, de que el día, y á la hora en que aquel robo se había cometido, el Pájaro estaba detenido en tal cárcel y á disposición de tal autoridad por motivo de una simple riña.

El Pájaro, aunque diestro en todas estas peripecias tratándose de robos comunes, no se encontraba muy seguro de sí mismo, en tratándose de un plagio.

Gómez, por su parte, tampoco se consideraba mas expedito que su compañero.

—¿Qué hacemos ahora, vale?

—Pues lo que es yo... á mí no me gustan estos negocios.

—¿Por qué, vale?

—A mí deme usted donde *rifarme* machete en mano.

—Ya se vé, sale uno pronto y todo se acaba; pero andarse con presos....

—¡Y luego, qué presos: el viejo chocho!

—¡Y el maldito muchacho tan delicado, que por poco se muere!

—Bueno; pues lo que yo le digo es que qué hacemos.

—En el pueblo ya saben que el viejo se ha perdido.

—¡Vaya! con que salieron los vecinos.

—¡Adios!

—Por vida de usted, ¿pues qué, no se lo dijo Celso?

—Pero ya se cansarían.

—¡Pues cuándo no!

—Saldrían en *piscales*.

—¡Vaya! si dice Celso que los vió, que

venían en *sardinas* de rancho; el mejor caballo era el del gachupín de la tienda.

—¡Adios! ¿Y Perfecto?

—Pues ese no estaba en el pueblo.

—¿Y los Sedillos?

—Pues tampoco.

—¿Y éstos nos iban á coger?

—Pues éstos.

—¡Pues hora sí nos cogieron!

Gómez sacó un cigarro grueso de Monzón, le deshizo una cabeza, mordió la otra con los colmillos, volvió hacia un lado la cara para escupir con fuerza el pedazo de papel que le había arrancado al cigarro, y alargó la mano izquierda para recibir el puro que estaba fumando el Pájaro.

—¿Qué le ha dicho el viejo, preguntó Gómez?

—Pues dice que dará mil pesos.

—¡Adios de mil pesos!

—Dice que no tiene dinero en pesos; que lo tiene en casas.

—Pero tiene amigos.

—¡Cuándo no!

—Siquiera que duplique.

—Eso es, una talega para cada uno.

—Es poco, porque Celso dice que quiere la tercera parte.

—Pues le pediremos tres talegas.

—Y si no las dá, lo ahorcamos.

—¿Vamos á verlo?

—Vamos.

El Pájaro y Gómez se encaminaron hacia la población mas inmediata y pararon al frente de las primeras casas de uno de los suburbios.

Había una mujer parada en el dintel de una puerta desvencijada. Cerca de esta puerta había una mesita con una servilleta, lo que indicaba que allí se daba de comer al hambriento.

Al pararse los dos ginetes frente aquella mujer no medió ningún saludo; solamente se vieron con esa mirada que revela que los interlocutores se ven con frecuencia.

—¿Se apean? preguntó la mujer, sin cambiar de postura.

Los ginetes en vez de contestar, se diri-

gieron hacia una especie de portal ó cobertizo, que estaba á pocos pasos de allí, se abrió otra puerta frente á ellos, y, agachándose lo más que pudieron, pasaron adelante.

Un muchacho, como de ocho años, salió á recibir á los recién llegados, que se encontraban á la sazón en un patio ó corral cerrado por todas partes.

Tampoco á aquel muchacho le hablaron; pero al verlo, se apearon y le entregaron las riendas de sus caballos.

El muchacho les tocó el encuentro á los caballos, y sintiéndolo caliente, se puso á pasear á aquellos animales al rededor del patio.

El Pájaro se quedó viendo al muchacho, y por agasajo le tiró con la cuarta; el chico la esquivó, la recogió en seguida y continuó el paseo.

Parecía que en aquella casa estaba prohibido hablar; pero si bien se veía, aquella sobriedad de palabras, no era otra cosa que esa especie de reserva y de laconismo, ca-

racterístico en nuestro pueblo; laconismo que muchas veces le hace á uno dudar que puedan entenderse dos interlocutores que mantienen un largo diálogo de monosílabos, en los que ni la mímica interviene para hacerlos mas expresivos, y no obstante, los que dialogan se comprenden admirablemente.

Gómez y el Pájaro llegaron á donde estaba la mujer que los había recibido, la cual estaba ya preparando el almuerzo, ni más ni menos que si los recién llegados lo hubieran pedido terminantemente.

—¿Chile? preguntó el Pájaro.

—¿Qué, no? contestó la mujer sin volver la cara.

—¡Vaya!

Al cabo de algunos momentos, agregó:

—¿Hay fresco?

Se refería al pulque.

—De hora, contestó la mujer.

—¿Qué, sabías?

—Pues no.

—¿Cómo?

—Yo dije.

—No; ¿pero por qué?

—Pues como los andaban buscando.

—¿Quién?

—D. Celso.

—¿Qué dice?

—*Pos...*

—¡Oye!

La mujer volvió la cara para ver á su interlocutor, como si este «oye» quisiera decir: «Mírame.»

—De lo de....?

El Pájaro debió poner un gesto, que quería decir: «de lo del plagio,» porque la mujer movió la cabeza en señal afirmativa.

—¿Y qué dice? agregó el Pájaro.

—*Pos* chismosos que son y monotoneros.

—¿Sí?

—*Pos* dicen que usted y D. Gómez, desde el otro día, quién sabe qué han hecho con un señor grande y con su hijo.

—¿Oiga?

—Y dice que los andan buscando.

—¿Y tú qué dijiste?

—*Pos* yo le dije á Celso, que como no habían pasado anoche, *pos* cuándo no venían ahora á almorzar.

Á la sazón, puso la mujer sobre la servilleta una cazuela con manteca hirviendo, en la que reposaban cuatro huevos; después puso dos platos soperos de loza fina y un bote, que había sido de pomada, lleno de sal no pulverizada; agregó una cuchara de cobre amarillo, y, envueltas en un lienzo de manta, hasta treinta tortillas.

Gómez, que había permanecido callado y taciturno, se echó hacia atrás su gran sombrero.

La mujer colocó sobre la pequeña mesa que casi se llenaba ya con aquellos objetos, un gran jarro con pulque y dos vasos de vidrio delgado de forma cónica.

Mientras los dos bandidos tomaban los huevos, humeaban en la hornilla varios trozos de tasajo, que, una vez tostados, fueron puestos por la mujer en la mesa y acompañados de un *molcajete* donde había triturado chiles con sal y agua, á cuyo manimien-

to daba aquella mujer el nombre de *chile bruto*.

Reinaba cierto silencio soporoso en aquel comedor: no parecía sinó que los tres personajes de aquella escena, tenían más motivos para callar, que para comunicarse abiertamente.

Gómez no había desplegado los labios más que para comer.

El Pájaro fijaba, de vez en cuando, sus miradas en la mujer que los servía.

Esta tendría más de veinte años, estaba demacrada y sucia, y en la manera particular conque era tratada por el Pájaro, se conocía que debían existir entre ellos ligas de cierta especie y asuntos no muy limpios.

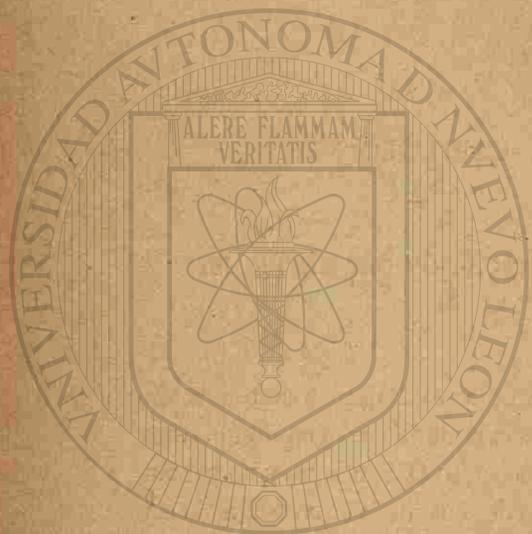
En efecto, aquella mujer *estaba en el mundo*, según ella decía, por el Pájaro. Tenía diez y seis años cuando conoció á este hombre, y pocos días después perdió la tierra y la familia; fué primero la ilusión del Pájaro, ya hora era su esclava; la había obligado á mezclarse en sus malos asuntos

y ya la justicia tenía sobre aquella mujer fatales derechos.

La intranquilidad de aquellas conciencias concentraba el pensamiento de cada uno de los actores de aquella escena, en la que las palabras salían de vez en cuando y después de largas pausas de soporoso silencio.

En aquella casa de triste y miserable apariencia, vivían en el exterior y hacia el camino, dos mujeres: una de las cuales era aquella cocinera, y la otra la vieja, que en una de las habitaciones interiores, era la carcelera de Gabriel.

El Pájaro y Gómez acabaron de almorzar con cierta intranquilidad y precipitación, se levantaron de la mesa, salieron al corral donde les esperaba el muchacho, teniendo del ronzal los caballos, montaron y salieron de la casa sin haber vuelto á dirigir la palabra á la mujer que les había servido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XVI.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

GÓMEZ y el Pájaro tomaron la dirección de la cueva en donde estaba oculto D. Santiago, y no habían andado mucho, cuando vieron venir hacia ellos un ginete á paso apresurado.

—Mire Don.... dijo Gómez al Pájaro.

—Ha de ser el Chato.

—¡Adios! ¿Pues de qué color es el caballo?

—Es el alazán cuatralvo.

Y viene recio.



—Es que nos ha *devisado*.

Acortaron los ginetes el paso para no alejarse del punto en que debían reunirse con el Chato.

En efecto, á poco rato estaban juntos.

—¿Qué hay? preguntó el Pájaro.

—Que esta tarde pasa por las barrancas la familia de la hacienda grande.

—¿Vienen muchos?

—Son *hartitos*.

—¿Y armados?

—Traen sus pistolitas; pero casi todos son catrines de ¡ay mamá!

—¿Y Angulo?

—Ya estuvo con la galopina: dice que sólo ha visto dos rifles; pero que el catrín Castaños y el catrín Santibañez son pelones.

—¿Y los muchachos donde están? preguntó el Pájaro.

—Lo que es los míos, ahí *nomás* en la arboledita; pero á los otros, es necesario avisarles para que vayan llegando á la hora.

—¿Cuántos son por todos?

—Podremos ser como doce.

—¿Qué dice, D. Gómez?

—Que somos pocos.

—¡Adios de pocos!

—No ve que traen rifles.

—¡Pues usted sí que anda templando temprano!

—¡Yo, no: vamos!

—Ya sabe, amigote, que no hay que *rajarse*.

—Yo decía que podíamos dejar á don Santiago en la peña.

—¿Y si se va?

—¡Qué se ha de ir!

—Lo que es por esta noche, lo dejamos con uno que lo cuide.

—¡Eso es, para que el otro venga con nosotros, para que seamos siquiera trece! dijo Gómez, pensando en los rifles de los pasajeros.

—Oiga, don Gómez, dijo el tercer ginete, si viera que don Angulo me contó una cosa.

—¿Qué le contó, amigo?

—Pues dice, que anoche llegó una seño-

ra á la hacienda; pues... una pobre que venía caminando y que no la dejaban entrar.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? dijo Gómez con enfado.

—Yo no digo que tenga que ver, sinó como don Angulo el ratón, rasca por todas partes, me dijo: pues anda y dile á Gómez, que aquí está una señora, que le importa.

—¿A mí?

—Pues eso me dijo: dile que ya sabe que es de la que me ha contado.

—Qué contado, ni que...

—Pues usted hará lo que quiera.

—¿Y quién es ésa?

—Pues me dijo Angulo que una señora, y que estaba muy compadecido y que luego que la vió, dijo: Ay, si la viera don Gómez hasta *muina* le había de dar, de verla en ese estado.

—¡Adios!

—Por vida de usted.

—¿Pero no le dijo cómo se llama la señora?

—Salomé.

—¿Cómo? exclamó Gómez parándose ¿cómo dice que se llama?

—Pues doña Salomé.

—¡Pero hombre...

—Yo digo lo que me dijo don Angulo.

—¿Y usted la vió?

—Yo no, ya sabe usted que no bebo agua por la hacienda; pero lo que es don Angulo, hasta sabe que esa señora pobre y todo como es, creo que es amiga de la señora doña Refugio, la rica.

—Gómez lanzó una terrible imprecación, echándose para atrás su gran sombrero y se dirigió hacia el *Pájaro* para decirle.

—Oiga, amigo; aunque sea con cinco muchachos, pero buenos, les caemos esta tarde.

—¡Adios! mire qué valiente se ha puesto de repente.

—Sí, vale, y lo que es yo, no cojo nada de lo que llevan.

—¿No, pues qué?

—Nada más una mujer que viene con ellos.

—¡Adios! ¿y qué va hacer con otra mujer, pues no tiene tantas? usted si que.....

—No le hace, vale; yo me la llevo por que me pertenece.

Esto lo decía Gómez sin seguir caminando.

—Bueno: dijo el *Pájaro*, usted se la llevará, pero vamos á ver á don Santiago.

—No, vale; vaya usted á dejarlo seguro y á traerse al otro muchacho; yo aquí me quedo mientras llega la hora, porque lo que es esa mujer no se me escapa.

—Ande, vamos.

—No, amigo; yo me quedo y aquí nos vemos.

—Quiere decir que aquí nos juntamos á la tarde.

—Aquí lo espero, vale.

—Pues hasta luego.

José María Gómez arrendó su caballo hacia la montaña vecina, y el bandido que le había llevado la noticia de la aparición de Salomé lo siguió á corta distancia.

Caminaron así por espacio de una hora

sin que Gómez desplegara los labios ni se cuidara del que lo seguía.

Habían llegado á lo mas espeso de una arboleda que se levantaba al pié de una montaña.

El caballo de Gómez se paró allí como obedeciendo á una antigua costumbre.

—¿Pero, es cierto, vale, todo lo que me ha dicho? mire que estoy decidido á todo, á jugar la piel por juntarme con esa mujer.

El vale no contestó, y Gómez se quedó profundamente pensativo.

Diez años de recuerdos se agolpaban en su imaginación: se reproducían con una claridad inusitada y deslumbrante todas las escenas de aquellos amores que habían logrado hacer tan honda huella en el corazón de Gómez, y volvía á sentir las mismas inquietudes de otro tiempo, como si aquel periodo fuera estinguéndose á la viva luz de sus recuerdos.

Se echaba en cara en aquel momento haber sido omiso para buscar á Salomé; conocía que el haberla abandonado había sido

una acción infame, pero recordaba también los mil contratiempos, las prisiones que había sufrido y las mil peripecias de su vida fatigosa é inquieta, y todas estas contemplaciones y recuerdos le hacían probar una amargura profunda y desgarradora.

Pero la idea que más lo atormentaba y que le hacía desear la venida de la tarde, era la de figurarse á Salomé en poder de otro hombre: considerar que ya no le pertenecía y que tendría que arrancarla de otros brazos, lo hacía devorar el fuego de sus celos, reducido á una impotencia que lo entregaba á la desesperación.

Largo tiempo estuvo Gómez entregado á sus tristes pensamientos, hasta que, conociendo que se aproximaba la hora del asalto, salió de la arboleda para reunirse con sus compañeros.

De entre éstos hubo quien diera á Gómez noticias mas fidedignas y pormenorizadas acerca de Salomé; persona que había visto á los viajeros montar en los coches había dicho que la mujer á quien doña Refugio

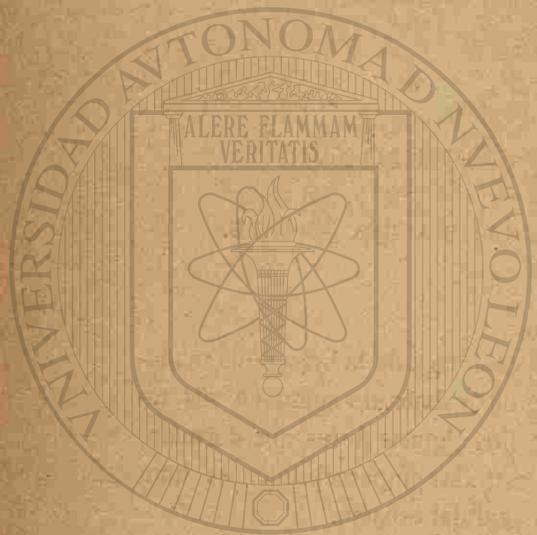
había amparado, caminaba en uno de los últimos carruajes; de manera que Gómez eligió dos de entre sus *valedores* con objeto de atacar el convoy por la retaguardia.

Nuestros lectores saben ya el resultado de esta expedición.

Gómez, según su costumbre, se había dado valor por medio de libaciones repetidas, tanto mas frecuentes, cuanto que se trataba de un asunto de la mayor importancia.

Este procedimiento, si bien por una parte le proporcionó á Gómez toda la suma de valor que necesitaba para afrontar las balas de los pasajeros, le hizo por otra parte llegar á un momento en que, perdiendo la conciencia de sus acciones, creyó deber ponerse en salvo antes de que el caso así lo requiriera.





CAPÍTULO XVII.

LA NATURALEZA AMANTE.

UNA ráfaga de la brisa de la mañana acababa de agitar en sus tallos algunas flores que dormían; y algunas estrellas imperceptibles se hundían en el azul del espacio.

Varios pajarillos despertaron al estrépito de un mugido prolongado que salió del establo de la hacienda, y los gorriones que anidan en los techos de los corredores asomaron la cabeza sobre las gramas secas de su lecho caliente.

Mas listas las golondrinas se habían pa-

rado ya en las blancas molduras del campanario, mirando hacia el Oriente: el crepúsculo en tanto dibujaba el perfil de las montañas en el fondo del primer lampo luminoso.

Poco á poco fué levantándose un rumor sordo que insensiblemente crecía: la paz y el silencio de la noche empezaban á ser turbados por esa serie de ruidos que casi no tienen poder para mover el precioso aparato de nuestros oídos.

La hormiga que arrima las piedrecitas que sirvieron de puerta al hormiguero; el pequeño terrón que rueda desprendido al empuje de un insecto que adivina el día; el broche de las flores que se desprende al impulso de la savia; el despertar de millones de seres que están escondidos en todas partes; las caricias de muchos miles de madres que vuelven á sentir el día y el amor al mismo tiempo, forman un conjunto de mil y mil pequeños ruidos, para que el mundo microscópico preceda en el rumor del himno universal que saluda á Dios todos los días.

Las madres despiertan mas temprano, porque el primer aliento de la naturaleza es de amor: de todos los nidos y de todos los lechos maternales se levantan al cielo las primeras preces; y todavía el sol no ha podido apagar las últimas estrellas, todavía no han enviado al espacio las azucenas su primer efluvio, y ya va atravesando los espacios la oración de la madre.

La naturaleza se rejuvenece cada día en la hora primera, porque en ella recoge los acentos mas puros, por que siente brotar el amor junto con las flores, porque el primer acento del mundo es de amor y de esperanza.

¡Hora sublime de misterios y de caricias que registra en sus goces inefables, y medio velados todavía por el crespón de la noche, fruiciones deliciosas y secretos exquisitos: aves que se besan, pupilas que se dilatan en medio de la penumbra, para volver á contemplar un objeto amado que les veló el sueño; manos cuyo primer movimiento es la caricia, labios cuyo primer roce es un

beso, corazones cuyo primer latido al despertar es de amor!

De todos esos misterios se levanta la verdadera oración de las criaturas, y por eso la primera sonrisa de la naturaleza es inefable.

Después de estos primeros síntomas de la vida real, los sonidos distintos y perceptibles comenzaron por todas partes á formar el *crecendo* de aquel coro universal.

Ya son las vacas de la ordeña que se ven obligadas á apartarse de sus hijos á la hora en que, ricas de vida para ellos, van á dar su sangre al hombre; y tal contravención, tal sacrificio, les arranca un mugido sordo y prolongado, que acaso no es otra cosa que un lamento.

Ya es el rechinar de las puertas de corrales y trojes que se mezcla al múltiple balido de las ovejitas, que se anuncian con gritos para no ser abandonadas por la madre en el tropel del rebaño que sale al campo.

Ya es el cacarear de las gallinas alborotadas en la difícil maniobra de saltar de las altas estacas ó de las ramas de un árbol

seco del corral: ya es el crujir de las coyundas y las lanzas de arado, al resistir las ligaduras que soportarán los bueyes durante doce horas.

Mas lejos comienzan á desfilar las carretas que volverán en la tarde trayendo el grano de los sembrados.

Hacia los dos costados de la casa de la hacienda, comienza á oírse cierto ruido particular de las palmas de las manos, porque en todas las chozas se preparan ya las tortillas de los peones; y un humo azul lame las negras paredes de las casitas, y un olor resinoso y particular se difunde por las rancherías, por que comienza á arder la leña ó la *buñiga*.

Los perros se asperezan y olfatean, pidiendo al basurero un desayuno; los gallos cantan en la casa de la hacienda, y responden en coro los de las cercanías, como transmitiéndose un «alerta»; y se mezclan á la algarabía de las golondrinas y al gorgear de los canarios de la casa, ese ruido inconfun-

dible que hacen los guajolotes en el auge de su bienestar.

El día, en fin, radiante, y rico de alegría y de vida, había aparecido; y el sol, precedido de cien mil girones de colores, que flotaban en el espacio diáfano, como variadas banderolas, iba á aparecer magestuoso sobre los montes.

La naturaleza con sus mil raudales de vida, invitaba al hombre á los placeres de la meditación, al éxtasis de la criatura en presencia del universo; pero las muelles costumbres de la ciudad retenían en los calientes lechos á los viajeros, y á aquella hora galana y rica en armonías, los convidados roncaban aún profundamente.

El jardín de la casa estaba solitario: algunas tórtolas de cuello tornasol, posadas en las puntas de los árboles, recibían con placer, los primeros rayos del sol que se elevaba mientras que alegres bandadas de pequeños pajarillos, buscaban en la tierra las semillas desprendidas del ovario durante la noche, ó los insectos descuidados en su primer salida.

Algunos zenzontlis gorjeaban sobre las altas ramas de los olivos, y los gorriones abandonaban las ventanas y las cornisas de la hacienda y se lanzaban al jardín en busca de sus cotidianas delicias.

Los *coquitos*, esas pequeñas palomas que viven cerca de las casas de campo, bajaban al camino, sabiendo que allí encontrarían granos escapados por las rendijas de los carros.

Hacia un extremo del jardín se elevaban espesas enredaderas cubiertas de flores rojas y azules, trepando sobre las retamas y los sauces, y formando un bosque que cubría casi todo un ángulo del cuadrado.

Se necesitaba una observación detenida, para distinguir entre aquel espeso follaje algo como una balastrada.

En efecto, hubiera podido corroborar esta idea, notar que al través de los intersticios de las enredaderas descendía una figura blanca.

Era Chona, quien, según recordarán nuestros lectores, tenía más motivo que otras

gentes para estimar en lo que valen las delicias del campo.

Descendió Chona al jardín, salvando una pequeña escalera con techo de verdura, y caracoleando por las caprichosas callecitas cubiertas de arena, llegó á una gruta artificial, en cuyo fondo había un surtidor de agua que se despeñaba sobre rocas cuidadosamente sobrepuestas y venía á confundirse en la tranquila corriente de un pequeño arroyo.

Chona había ganado en hermosura; y era de notar que á aquella hora ya paseaba en el jardín, primorosamente ataviada, y peinada de una manera irreprochable.

Había en la fisonomía de Chona esa mezcla de inquietud y deseo, de sobresalto y de arrojo que la acusaba desde luego de llevar á aquella gruta intenciones no del todo candorosas.

Hacia el extremo del jardín, los pajarillos que acababan de bajar de sus nidos volaban en distintas direcciones porque sentían los pasos del cazador.

Era un cazador efectivamente quien causaba su sobresalto; sólo que, lejos de hacer uso de su arma la llevaba colgada al hombro con una cinta de seda, y las intenciones que abrigaba estaban muy lejos de ser hostiles.

Era aquel hombre mas bien un poeta que un cazador; y después de haber dado un rodeo por ciertas callecitas, comenzó á buscar sobre la arena no sé qué flores, que al encontrarlas se retrató en su semblante la alegría.

Aquellas flores eran las huellas de unos piés de mujer, que bien podrían haber sido los de un niño: el cazador las contemplaba adivinando el movimiento de la que las imprimiera, y como queriendo leer en cada una de aquellas marcas pintadas en la arena, no sabemos cuántos signos que sólo podría traducir un hombre enamorado.

Traía el cazador un traje color de plomo, altas botas plegadas, y un finísimo sombrero de paja; terciada traía la bolsa de caza, calzados los guantes de ante, y sobre el

hombro izquierdo una escopeta belga de dos cañones.

Chona sintió los pasos, á los que contestaron los latidos de su corazón, y vió á Salvador acercarse á la gruta.

Un momento después se estrecharon las manos y luego se sentaron en una banca rústica á orillas del arroyo.

Chona dió á Salvador un pequeño ramo de pensamientos y heliotropos.

—Siempre te acuerdas del heliotropo, dijo Salvador.

—Eso es para que te acuerdes siempre de mí.

—Sí; aspiro algo tuyo en su aroma.

—Solo tú sabes decir cosas tan bonitas; dijo Chona.

—Porque las siento, contestó Salvador con profundo cariño.

—¿Por qué estuviste triste ayer?

—Por nada; contestó Salvador, mintiendo de una manera que lo conoció Chona.

—¿Eso se me dice á mí? dijo Chona en tono de cariñosa reconvención.

—Es la verdad.

—No; entre nosotros no existe la mentira ¿por qué has estado triste? dímelo.

—Porque empiezo á hacer mucho caso del mundo.

—¿Á pesar de tu espiritismo?

—Ése es mi pesar, el plazo se prolonga en vez de acortarse.

—¿Empieza á vacilar tu fé?

—Mi fé no, mi resistencia.

—Si vieras que no me satisface tu respuesta.

—¿Por qué?

—Temo que por la primera vez me estés engañando.

Salvador se tardó en contestar.

—No, dijo, no te engaño.

Chona corroboró su idea y se puso pensativa.

—Tú eres ahora la que te pones triste.

—En mí no debes extrañarlo; siempre estoy triste.

—¡Injusta!

—No: sensible. ¿Podemos acaso ser felices como lo son otros amantes?

—¿Por qué no?

—Porque para encontrar la felicidad en el estado excepcional en que nos encontramos, se necesita no tener cabeza ni razón.

—Yo estoy de riña con esas cosas desde que te amo.

—Eso, no es cierto, porque lo que nos ha dado fuerza para luchar con el destino, es tu fé en el porvenir; es esa filosofía que me espantaba al principio y á la cual me acojo hoy como á la única tabla de salvación. Pero, vamos á ver, tú no me has podido negar que estás triste, ¿qué tienes? ¿por qué sufres, Salvador?

—No hablemos de eso.

—Por el contrario: esto es de lo que debemos hablar.

—¿No será mejor que hablemos... del campo, de las flores, de la naturaleza?

—La naturaleza se entristece cuando te veo sufrir.

—La naturaleza... repitió Salvador, yo no

he visto cosa mas egoista que la naturaleza: ella tiene su modo de ser y sus leyes tan inmutables y severas, que ni las lágrimas ni los tormentos de la humanidad, pueden cambiarla jamás. Vuelve la vista en derredor de nosotros: todo sonríe, toda está tranquilo. ¿Quién podría decir que hay otros seres capaces de tomar parte en nuestras tristezas? ¿qué somos nosotros ante todo ese universo viviente; alegre, por que es superior al dolor; orgulloso, por que se basta á sí mismo?

—¿Niegas, Salvador mío, la relación entre la criatura y la naturaleza? te desconozco; hablas movido por un sentimiento de rencor cuya causa me es desconocida.

—No, Chona; hablo con el corazón.

—Otras veces, continuó Chona con tono mas cariñoso y persuasivo, otras veces tú me has hecho comprender la relación misteriosa y providencial que existe entre nosotros y la naturaleza. Escúchame, y verás cómo he aprendido tus lecciones. ¿Te acuerdas cuánto has deseado verme en el campo?

¿Ya olvidaste nuestros sueños y nuestros proyectos? Apenas se han realizado te manifiestas ingrato con lo que tanto habías deseado. Yo no he cambiado, Salvador, yo, si he tocado la felicidad que me hiciste soñar; este sitio, esta gruta, ese chorro de agua, esta sombra que nos prestan los fresnos, las flores que se mecen á nuestros piés, las aves que trinan, todo, todo esto á tu lado, tiene para mí un encanto tan irresistible, que me he creído indemnizada mil veces de todos mis tormentos. Palpitante, loca y ciega, he corrido tras una felicidad, que mujer alguna en el mundo se atrevería á desdeñar; y entonces, Salvador, cuando me he considerado con el tesoro de tu amor entre mis manos, he escuchado el coro de la naturaleza, que entonaba hossanas á mi felicidad; entonces he podido extasiarme en el azul del cielo; entonces, centuplicada mi sensibilidad, he podido saborear todos los deleites de que es capaz el alma arrobada en el éxtasis de la contemplación y del amor; entonces las aves han tenido para mi

oído sus trinos mas melodiosos; entonces me ha parecido comprender hasta esos murmullos apacibles de la fuente, de los árboles, del viento; entonces todo ha hablado á mi alma, porque tú, con tu amor lo llenabas todo, estabas en todas partes, llenando, desde mi imaginación hasta el espacio; y yo, en compensación, lo amaba todo, porque todo cuanto me rodeaba eras tú, había algo de tí hasta en el aire que respiraba; entonces, Salvador, amé la naturaleza, como á una amiga de mi amor, me identifiqué con ella, como me he identificado contigo, y amé como ninguna mujer ha amado en el mundo...

Mientras Chona hablaba, Salvador había estado recibiendo los efluvios de aquel amor, con un recogimiento casi místico; después con arrobamiento delicioso, y por fin, con una ternura profunda.

Del fondo del corazón de Salvador, se habían esprimido dos lágrimas, que asomaron ardientes en sus ojos; y al través de esos prismas radiosos que las lágrimas for-

man en la visión, Salvador contempló á Chona, como una creación celestial.

Chona fijó á su vez su mirada en Salvador, y un torrente de amor corrió entre aquellas dos almas, solas en el mundo.

—Tienes razón, Chona, dijo Salvador al cabo de un largo rato de silencio.

—¿No es verdad, insistió Chona, que la naturaleza no es egoísta? ¡Ay! agregó arrojando un profundo suspiro, ella cambia con nosotros; y así como nos hace gozar cuando gozamos, es inexorable con nosotros cuando.....

—¿Cuándo qué? interrumpió Salvador.

—Cuando somos culpables.

—¿Culpables? no pronuncies esa palabra.

—¡Qué horrible es esa palabra! ¿no es verdad? tiene todo lo mas terriblemente doloroso que pueda sentirse. ¡Ay! Salvador, por desgracia es cierto.

Hay un Dios tan justo, hay una ley tan inexorable, que si cien veces me eleva la ilusión al cielo fingido de nuestro amor, otras tantas descendiendo al abismo donde só-

lo palpo la verdad y á donde sólo devoro el remordimiento.

—¡Chona! por piedad, exclamó Salvador, adivinando adonde debían conducir aquellas reflexiones.

—Sí, Salvador; continuó Chona, la naturaleza también premia y castiga; y si nos hace probar efímeras delicias de un momento á los que no las merecemos, en cambio, nos sumerge bien pronto en el mar de la verdad, á donde todo lo que nos rodea es amargo, y á donde se ven perdidos para siempre los extraviados sueños de nuestra loca fantasía. Entonces, Salvador, entonces el viento que antes nos regaló con murmullos apacibles, se desencadena furioso, y gime y nos amenaza; entonces el cielo que contemplamos diáfano, se preña de nubes negras y espantosas; entonces la noche, la soledad y el silencio nos amenazan, y la formidable voz de nuestra conciencia se levanta como un amago inarticulado y terrible; entonces todo se nubla y se entristece, entonces todo lo que nos rodea es amena-

zante, porque es la intuición de la justicia la que nos marca el hasta aquí de nuestros malos pasos.

—¡Chona! ¡Chona, por Dios! me estás matando.

—Tú también has sabido elevarme hasta el cielo, para hacerme descender después hasta el abismo.

—Ese abismo es la verdad y la verdad no se parece á la muerte: es la luz.

—Es cierto.

—¿Acaso te has arrepentido de amarme, Chona?

—No; pero nuestra abnegación, según tú mismo me has dicho, debe consistir en arrostrar con las consecuencias de nuestro amor y en resistir hasta el torcedor de nuestra conciencia: ya me ves, yo tengo valor, yo no apelo á la mezquina disculpa de crearme ignorante, no, yo sé todo lo que hago, mido el peso de mis acciones, y todas, malas como son y reprobadas por mí misma, las ofrezco en aras de nuestro amor; yo sé levantar la frente ante el deber, co-

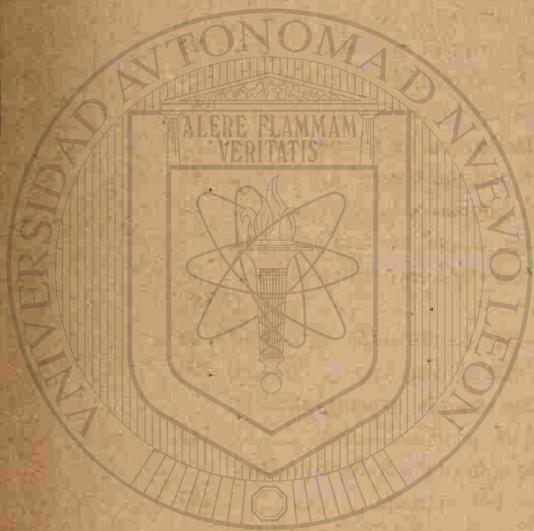
mo sé bajarla ante la reprobación social de que soy digna.

Al dulce canto de las aves, acababa de mezclarse el desagradable chirrido de un cerrojo.

Salvador y Chona se levantaron de su asiento, como movidos por un resorte; se estrecharon las manos con precipitación y casi á un tiempo pronunciaron esta palabra.

—Mañana.

Salvador se escurrió á lo largo de una tapia, y Chona volvió á recorrer las curvas callecitas del jardín, y subiendo la escalera, se perdió en el bosque de verdura, de donde antes había salido radiante de alegría.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

	Páginas
CAPÍTULO I.—La partida.	7
CAPÍTULO II.—La primera jornada.	23
CAPÍTULO III.—En el cual el lector vuelve á encontrar á una conocida suya.	37
CAPÍTULO IV.—De lo que les aconteció á los viajeros en una mala tarde.	49
CAPÍTULO V.—El chubasco.	63
CAPÍTULO VI.—En el cual se verá bajo qué auspicios vuelven á encontrarse Gómez y Salomé.	77
CAPÍTULO VII.—El recibimiento.	89
CAPÍTULO VIII.—El proceso.	103
CAPÍTULO IX.—De cómo la justicia prefirió la maroma á los procedimientos.	111
CAPÍTULO X.—De cómo doña Refugio prefería el calabozo á la maroma.	127
CAPÍTULO XI.—Cae en poder de la justicia un pájaro de cuenta.	139
CAPÍTULO XII.—En el que continúa el asunto iniciado en el capítulo anterior.	159
CAPÍTULO XIII.—En el que se conoce la utilidad de un certificado pedido á tiempo.	173
CAPÍTULO XIV.—De lo que les había sucedido á Gabriel y á don Santiago.	193

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FONDO N.º"
Cada. MES BORTERA

	<u>Páginas</u>
CAPÍTULO XV.—Continúa el relato de lo que habían hecho Gómez y el Pájaro, antes del asalto á la familia.	211
CAPÍTULO XVI.—Continuación del anterior .	225
CAPÍTULO XVII.—La naturaleza amante. .	235

ÍNDICE DE LAS LÁMINAS.

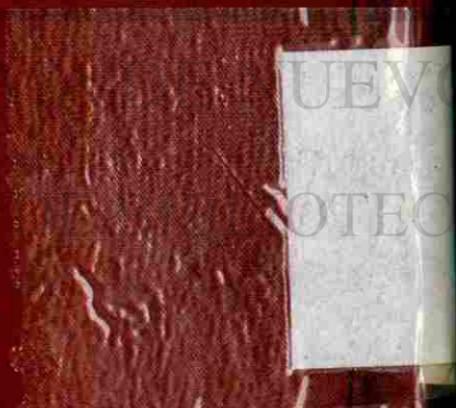
	<u>Páginas.</u>
MELQUIADES EL PAYASO, al cromo, (portada)	
El lacayo y el gato.	19
Castaños.	57

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL